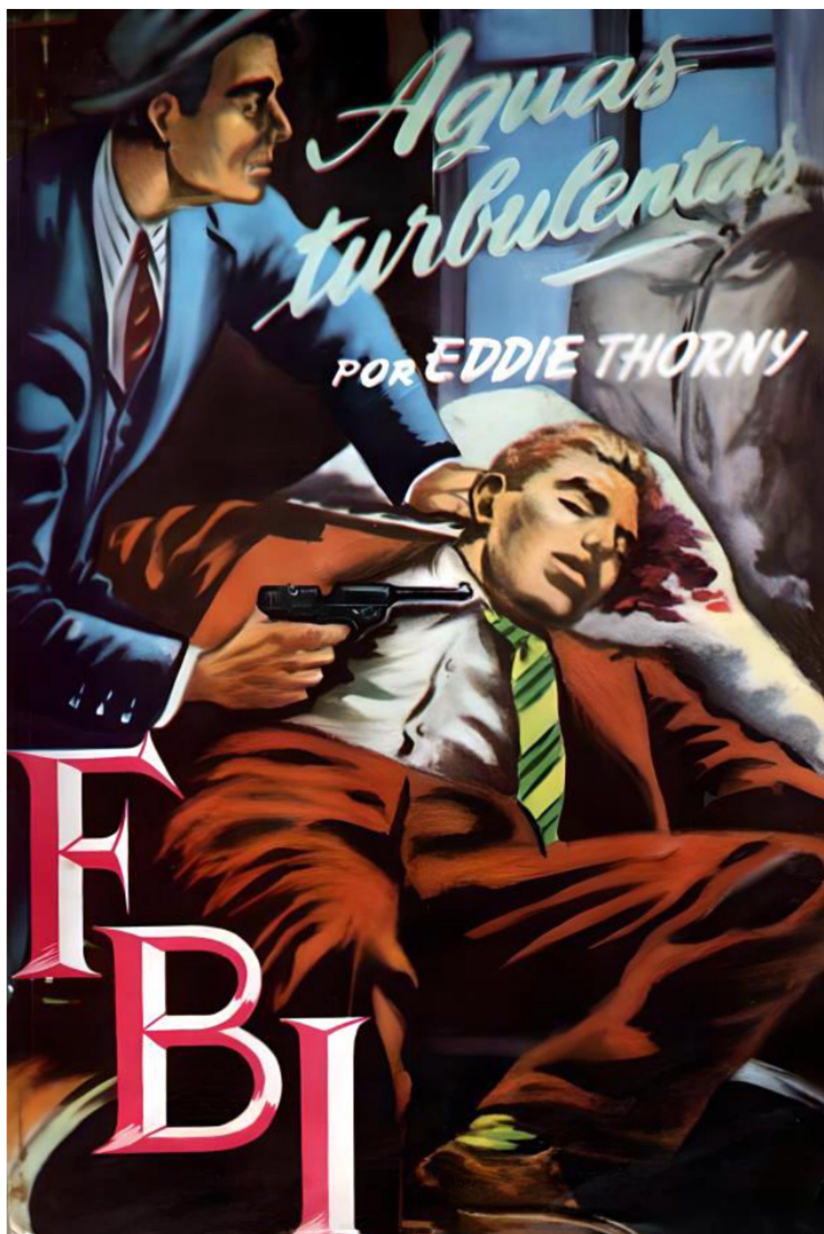

Aguas turbulentas
POR EDDIE THORNY
FBI

OBSCURO DOMINIO



TONY WANTON

OBSCURO DOMINIO

1ª. EDICIÓN
JULIO - 1951

EDITORIAL
Proyecto, 2-T. 284453



BRUGUERA
BARCELONA (6)

OBRAS DEL MISMO AUTOR, PUBLICADAS
EN ESTA COLECCION

3. — SERVICIO ESPECIAL. 9. — CONTRAESPIONAJE.
23. — LA ZORRA DEL DESIERTO. 30. M. I. 5.
35. — COREA. 41. — YO ACUSO. 48. — LA
IMPLACABLE AMENAZA.

PRINTED IN SPAIN

Impreso en Gráficas Bruguera. Proyecto, 2 - Barcelona

A mi amigo don Joaquín Povill, afectuosamente,

T. W.

OSCURO DOMINIO

POR

TONY WANTON



CAPÍTULO I

Se abrió paso, a empujones, hasta llegar al *comptoir*. Era un hombre pequeñito, seco, de escurridas facciones, tostadas por el sol, en las que brillaban un par de ojos de un azul intenso. Nadie reparó en él. El empleado fijó en el menudo hombrecillo la vista y le sonrió con cierta desgana.

—¿Deseaba el señor?

—Tengo habitación reservada, creo; mi nombre es Garry Logan.

La forzada sonrisa del empleado del hotel dejó de serlo y sus pupilas se encendieron un segundo. Murmuró:

—En efecto, señor; tenga la bondad; un momento tan sólo.

Aproximó a él unos papeles que ofreció al viajero mirándole interesado, en tanto que éste los llenaba. Cuando hubo terminado los requisitos indispensables para su estancia en el hotel, el empleado le alargó una llave a la vez que hacía una seña a uno de los botones del establecimiento. El aludido se aproximó intentando coger la cartera de cuero negro con cerradura que Garry Logan depositó cuidadosamente en el mostrador ante él, pero éste rechazó al botones con un gesto significativo al tiempo que, sacando unas monedas, se las ponía en la mano.

—No, gracias, yo la llevaré; no pesa apenas.

—¿Trae equipaje el señor?

—Llegará luego: no creo que tarde mucho.

El botones cambió una mirada de inteligencia con el empleado del *comptoir*, antes de que se decidiese a guiar hasta el ascensor y luego hasta el lujoso piso de primera clase al menudo viajero. Cerróse la puerta de las habitaciones que aquél tenía reservadas y el botones echó a andar por el pasillo, sonando las monedas, mientras Garry Logan, lanzando un suspiro de satisfacción, echaba la llave por dentro. Abarcó el saloncito de estar con la vista y, cruzándolo, abrió la puerta del dormitorio. Sus ojos se movieron inquietos

durante unos segundos antes de entrar y cuando lo hizo fue con la mano derecha metida en el bolsillo de la americana. Sin sacarla de él y sin soltar la cartera que llevaba en la otra, se dirigió al cuarto de baño. Inspeccionó éste, dejando la puerta entreabierta. Un armario empotrado en la pared fue objeto igualmente de examen y terminó éste mirando por debajo de la cama y asegurándose de que tanto el balcón del dormitorio como el del pequeño saloncito estaban perfectamente cerrados.

Entonces volvió a suspirar de nuevo, mientras dejaba la cartera y el sombrero que le cubría, sobre la cama. Del bolsillo de la chaqueta sacó una pistola que colocó en el cajón de la mesita de noche y procedió a deshacerse el nudo de la corbata y a desabrocharse el cuello de la camisa. Una vez hecho esto, se sentó unos segundos en la butaquita próxima prendiendo fuego a un cigarrillo de extraña factura que extrajo de una oblonga pitillera de plata y, tras lanzar al aire unas cuantas bocanadas de humo azul, comenzó a desatarse los cordones de los zapatos. En esta operación se hallaba cuando alzó la cabeza, yendo a fijar la vista en el teléfono que se veía cerca de él. Con un zapato desatado y otro no, se aproximó al aparato telefónico. Marcó un número. Esperó unos instantes mientras fumaba y preguntó de pronto:

—¿Coronel Manning?

—Diga.

—Aquí, Garry Logan. Termino de llegar en este momento.

Se oyó una exclamación de asombro al otro extremo del hilo y, a poco:

—No salga del hotel hasta que yo llegue, ¿entendido? No tardaré más de veinte minutos.

—De acuerdo, no saldré.

Colgó el receptor y en su boca se dibujó una sonrisa. Con el cigarrillo en la comisura de los labios se encaminó de nuevo hacia la butaca, dejándose caer en ella. Se llevaba una mano al zapato que tenía sin desatar para aflojarse los cordones cuando dieron unos golpecitos en la puerta con los nudillos. Escuchó durante unos segundos mientras sus azules ojos se obscurecían y abriendo el cajón de la mesita de noche sacó de éste la pistola al tiempo que se levantaba para abrir. Con ella empuñada dio vuelta a la llave y entreabrió la hoja de madera unas pulgadas tan sólo, pero las

suficientes para que pudiera mirar por la estrecha abertura. El azul de sus ojos volvió a hacerse intenso como antes, y, guardándose el arma en el bolsillo del pantalón, abrió la puerta de par en par.

Un mozo, cargado con un enorme baúl, apareció a la entrada.

—¿Dónde quiere que lo deje, señor?

Garry Long se apartó para dejarle paso y, una vez cerrada la puerta de nuevo, le hizo señas para que lo llevara al dormitorio. Mientras el mozo cumplía la orden, se aproximó a él.

—No esperaba que vinieran tan pronto —dijo.

Lanzó una bocanada de humo y miró al azar el baúl que el mozo terminaba de poner en uno de los rincones del cuarto. Exclamó:

—¡Ése no es mi baúl!

Él mozo se volvió a él mirándole con aparente sorpresa.

—¿Qué dice, señor? ¿Que no es su baúl éste?

—No.

—¡Qué raro! ¿Lo ha mirado bien? Aquí hay una etiqueta con un nombre escrito.

Garry Logan se aproximó a verla y se inclinó un segundo, mientras el mozo se limpiaba el sudor que le corría por la frente, con un enorme pañuelo.

Minutos después salía aquél de las habitaciones cargado nuevamente con el baúl, y el ascensorista, al verle llegar por el pasillo, esperó a que se acercara, ayudándole a entrar con la impedimenta. Cerró las portezuelas y oprimió el botón de bajada. Preguntó, mientras lo hacía:

—¿Se lo lleva otra vez?

—¡Qué quiere! Por lo visto, se han equivocado en la consigna, y no es éste el baúl que debía haber traído.

—¡Vaya bromazo!

—¡Pchs! Cosas de la vida: unos van y otros vienen…

Comentó el del ascensor:

—Lo que uno tiene que aguantar…

El mozo se encogió de hombros, y, al llegar al *hall* del hotel, le hizo un gesto.

—¿Quiere ayudarme, amigo? Este baúl pesa como un demonio.

—¡Claro! ¿Por qué no?

Cargó el baúl a las espaldas del mozo, y éste echó a andar seguido por la mirada del ascensorista, quien movió la cabeza a un

lado y a otro desaprobadoramente. Ya en la calle, se acercó a una camioneta que se veía parada a la puerta del hotel, y el portero le vio dar la vuelta para dejar su carga en la plataforma del vehículo. Éste se puso en marcha y se perdió a lo lejos por una bocacalle.

Transcurrieron varios minutos más antes de que el ascensorista viera a un nuevo mozo que le esperaba para subir cargado con un baúl parecido al anterior. Clavó la vista en el hombre que lo llevaba y esperó a que éste le dijera el piso. Luego cerró las portezuelas y el ascensor se puso en movimiento. A los pocos minutos volvía a descender y el ascensorista salía de la caja, dirigiéndose al *comptoir*. El empleado acudió a él.

—¿Qué ocurre, Toni?

—No lo sé; he subido a un mozo cargado con un baúl para las habitaciones 212, y por más que el hombre llama a ellas no le contestan desde dentro. ¿Quiere decirme si está la llave?

El empleado miró en el casillero.

—No, no está.

Se contemplaron un segundo.

—¡Es raro!

—¿Dices que el mozo…?

—Harto está de aporrear la puerta. ¿Por qué no llama usted por teléfono, a ver si hay más suerte?

El empleado del *comptoir* lo hizo con negativo resultado. Colgó el auricular y miró con asustados ojos al ascensorista. Éste volvió la cabeza un segundo, y, al contemplar el grupo de gente que le esperaba a la entrada del ascensor, apremió al empleado:

—¿Qué hacemos?

Aquél iba a contestar, pero le impidieron que lo hiciera. Tres hombres se le aproximaron, y uno de ellos le interpeló bruscamente:

—¿Quiere dejar ya al muchacho? No vamos a estar esperando toda la mañana por su culpa.

Balbució el empleado:

—Perdone, señor; es que… es que… ha ocurrido algo, ¿sabe?

Los tres hombres se miraron un segundo, y el que habló primero volvió a hacerlo, esta vez apresuradamente.

—Póngame en comunicación con Garry Logan.

El empleado y el ascensorista se contemplaron un segundo, y el primero de ellos replicó:

—Precisamente se trata de él, señor.

—¿Qué le ha ocurrido?

—Pues… no lo sabemos. La puerta de sus habitaciones está cerrada, y por más que llaman a ella…

El agente del hotel se aproximó en aquellos momentos.

—¿Sucede algo?

El hombre que parecía llevar la voz cantante no le dio tiempo al empleado del *comptoir* para contestar. Pidió a éste:

—Deme el duplicado de la llave. Necesito ver lo que ha ocurrido en las habitaciones de mi amigo Garry Logan.

Luego, y cogiendo del brazo al agente, se lo llevó aparte un momento, y al tiempo que sacaba unos documentos de su cartera que mostró al policía, dijo a éste:

—Soy el coronel Manning, como podrá ver, y necesito de su ayuda. ¡Pronto! Diga al empleado que le dé la llave que he pedido.

El agente hizo una indicación al aludido empleado, a la vez que devolvía los documentos al coronel.

—A sus órdenes, señor; cuente conmigo.

Recogió la llave que el empleado le ofrecía, y, seguido del coronel Manning, de los dos hombres que a éste acompañaban y del ascensorista, corrió hacia el aparato. Contuvo con un gesto a las personas que esperaban introducirse en el ascensor, y, cerrando las portezuelas, indicó al ascensorista que oprimiera el botón de subida. Durante los segundos que transcurrieron hasta que el ascensor se detuvo, el mayor silencio acompañó a los cinco hombres. Ya en el piso correspondiente a las habitaciones de Garry Logan, las puertas del ascensor se abrieron para dejar paso al agente y al coronel. Éste y sus acompañantes echaron a andar por el pasillo precedidos por el policía, y al llegar a la puerta marcada con el número 212 clavaron la vista un segundo en el mozo que portaba el baúl, y que había terminado por sentarse en él esperando que le abrieran.

El coronel hizo una seña al agente, el cual, con el entrecejo fruncido y las mandíbulas prietas, introdujo la llave en la cerradura.

Abrió ésta, y durante unos instantes contempló el interior vacío del saloncito. Luego, él y el coronel lo cruzaron de dos zancadas penetrando en el dormitorio. Allí tampoco había nadie. Registraron el armario, el cuarto de baño y miraron por debajo de la cama. Inútilmente. Garry Logan había desaparecido sin dejar rastro, y tan

sólo la consumida colilla de un cigarrillo que se veía en el cenicero de la mesita de noche atestiguaba que el citado Garry Logan estuvo por lo menos durante unos minutos en las habitaciones que encontró reservadas a su llegada a la ciudad.

El hombre que iba al volante de la camioneta se volvió a mirar por encima del hombro.

—¿Fue bien la cosa?

—De perlas, chico; ahí lo llevo en el baúl hecho un paquete, y creo que tardará en despertar.

—¿Hubo lucha?

—No le di tiempo. Cuando se inclinaba, le sacudí con la porra y cayó sin decir ni pío. En mi vida he visto trabajo más fácil que éste.

—Mejor.

Pisó el freno al llegar a un cruce y estuvo atento durante unos instantes a la señal de tráfico. Aceleró, al reanudarse éste.

—¿Cogiste todo?

—Todo. Cuando vayan a hacerle una visita, no verán en las habitaciones más de lo que había en ellas cuando las amueblaron. Me imagino la sorpresa que se llevarán cuando entren.

El conductor emitió un gruñido como respuesta y miró de reojo por el espejo del coche. Dijo, a poco:

—¿No se ahogará ahí dentro?

—No. Hice unos agujeros en el baúl para que pudiera respirar sobradamente, y lo único que echará de menos será la cama. Desde luego, reconozco que estaría mejor en ella.

—¿La cartera?

—La llevo conmigo.

—¿La examinaste?

—Sí; aunque no eché más que un vistazo a su contenido, me pareció que estaba todo en orden.

—¿Viste los planos?

—Desde luego.

El que conducía volvió a mirar por el espejo retrovisor.

—¿Crees que nos seguirán?

—Aun es pronto, pero de todas maneras no te descuides.

Callaron los dos. La camioneta forzó la marcha, y segundos después se metía por una callejuela poco frecuentada a aquellas horas. Un hombre apareció a la entrada de un obscuro garaje y se

apartó de la puerta a que se apoyaba, al verles. La camioneta penetró en él y se cerró la puerta detrás. El conductor y el que hacía de mozo saltaron al suelo.

—¿Listos?

—Ya lo ves —dijo el chófer—. ¿Y tú?

—Esperándoos estaba. El jefe ha llamado por teléfono hace unos minutos.

El conductor de la camioneta consultó su reloj.

—Diez minutos escasos. No me parece que nos hemos entretenido.

—Desde luego que no, pero ya sabéis que aun falta algo por hacer, y es mejor darse prisa. El tiempo que os queda es el justo.

Ayudó a los dos hombres a transportar el baúl de la camioneta a un auto cerrado que se veía próximo, y una vez que aquéllos se hubieron acomodado en el interior se acercó a abrir de nuevo la puerta del garaje. El conductor asomó la cabeza por la ventanilla para decirle:

—Tú tampoco tienes qué entretenerte mucho, hermano; esa preciosidad de camioneta podría perjudicarnos y no poco.

—¡Bah! Dentro de media hora no quedará de ella ni un tornillo en condiciones de venderlo como chatarra.

Hizo un gesto de despedida con la mano, al tiempo que el auto se ponía en marcha, saliendo por la parte opuesta a la que tomaron para entrar en la calleja los dos hombres.

—¿Tienes un pitillo?

El conductor miró al hombre que se sentaba con él en el baquet y le hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

—En mi bolsillo encontrarás el paquete. Paul; dame a mi otro.

El denominado Paul sacó el paquete de cigarrillos del bolsillo del conductor y puso uno de ellos en la boca de su compañero. Tomó él otro y se aproximó más para darle lumbre. Fumó en silencio durante unos minutos, mientras el hombre que se sentaba al volante aceleraba la velocidad al tiempo que consultaba la hora. El auto dio un tirón y Paul miró hacia atrás. El baúl permanecía en la misma posición que lo habían dejado en el piso del interior del carruaje, y por más que prestó oído no pudo percibir la menor señal de que el hombre que sé hallaba encerrado dentro de él diera síntomas de vida.

—¿Llegaremos con tiempo, Eric?

El que conducía hizo un guiño.

—Sí; nos quedan ocho minutos largos.

Ninguno de los dos volvió a hablar hasta que el auto paró de nuevo en otro garaje distinto y a bastante distancia de aquél donde dejaron la camioneta.

Cuatro hombres les aguardaban, y a una señal de Paul sacaron el baúl, mientras éste y Eric se metían por una puertecita, atravesaban varias habitaciones y llegaban, finalmente, a una, en la cual se cambiaron de ropa. A los pocos minutos de haberse vestido salían de la habitación y echaban a andar hasta llegar ante una puerta a través de la cual se oían sus propias voces mezcladas con otras varias y confuso ruido de vasos y botellas. Se miraron un segundo sonriendo y empujaron la puerta, penetrando en la habitación. Era ésta una pieza cuadrada de regulares dimensiones, con una mesa en el centro y varias sillas alrededor, y se encontraban en ella tres hombres y una mujer, que al parecer les esperaban.

Al entrar Paul y Eric, uno de los tres hombres se levantó, aproximándoseles. Tomó la cartera que llevaba Paul debajo del brazo, y, tras mirar su contenido, salió de la habitación sin pronunciar palabra. Apenas lo hubo hecho, la mujer se acercó a Paul, y uno de los hombres a Eric, dejándoles a los pocos segundos despeinados, con las ropas en desorden y con el aspecto de dos personas a quienes el vino se les ha subido a la cabeza. Un ensordecedor ruido de vidrios rotos se dejó oír, al tiempo que los vasos y las botellas rodaban por el suelo derribadas a manotazos y las voces de Paul y Eric sonaban roncas, amenazadoras e insultantes. Derribaron las sillas en un segundo y Paul empujó rudamente a Eric, haciéndole caer al suelo. Se dirigió hacia una puerta que se hallaba enfrente, abriéndola de golpe, y apareció a la vista de los asombrados clientes del bar a que correspondía la habitación aquélla con las facciones contraídas, los ojos echando llamas y presentando en su rostro señales de lucha. La mujer, cubriendo con su cuerpo el centro de la mesa, se apoyaba en ella de espaldas con los brazos extendidos, mientras Eric se llevaba una mano a la mejilla como si le doliera y los otros dos hombres fijaban la vista en Paul. Éste, tambaleándose y fingiendo a la perfección una borrachera fenomenal, contempló durante unos segundos las

caras que se habían vuelto hacia él. Lanzó un juramento con voz ahogada, y, volviéndose de nuevo, cerró la puerta con tan tremendo golpazo que por un momento dio la impresión de que la había hecho saltar de sus goznes.

El barman parpadeó durante unos segundos y emitió un silbido prolongado.

Uno de los clientes, comentó:

—Sí que parece que Paul la ha cogido buena; ¡menuda bronca!

El barman se volvió a él y luego miró el reloj que se hallaba a sus espaldas.

Repuso alto, para que le oyeran todos:

—¡Menuda! ¡No me hagas reír! Llevan cerca de media hora ahí dentro dando voces, y, por lo que todos hemos visto, se ha debido de repartir bastante leña —resumió—. No me extrañaría que esa rubia, Anni, fuera la culpable de todo.

CAPÍTULO II

—Termino diciendo, señores, que hay que estar más alerta que nunca. Si queremos que nos respeten; si queremos no perder el terreno ganado; si queremos mantener la supremacía de nuestra soberanía nacional; si pretendemos, igualmente, que nuestros dominios traspasen las fronteras; que nuestra industria y nuestro comercio tengan ancho campo para sus especulaciones; que seamos respetados; por temidos, en el exterior; que nuestra moneda adquiera el nivel preciso, y que se cuente con nosotros como primera potencia en el mundo… Es preciso, digo, estar alerta. Tengan presente que nosotros todos formamos un Estado dentro del Estado, y que solamente merced a nuestros ojos y a nuestros oídos marchará adelante el barco de la nación. En él lo somos todo: vigía y timonel; cuarto de máquinas y armamento. Si no abrimos los ojos al peligro; si nuestros oídos no perciben la resaca de los traidores arrecifes; si no engrasamos, alimentamos e impulsamos las máquinas; si dejamos que el moho corroa el acero de nuestros cañones, de nuestros tanques, de nuestros aviones, de nuestras ametralladoras y de nuestros fusiles…, la lucha se nos hará imposible por estéril y costosa; el país carecerá de los privilegios obtenidos; será uno más de cuántos padecen hambre, humillaciones e injusticias; no se oirá nuestra voz ni se atenderán nuestras demandas; harán escarnio y burla de nuestra bandera y el barco de la nación irá a la deriva, dando bandazos, sin puerto que lo proteja ni capitán que lo gobierne.

Se hizo un impresionante silencio, al final de las últimas palabras, y el hombre que las había pronunciado tomó asiento de nuevo. Clavó la mirada de sus severos ojos en uno de los asistentes, e inquirió:

—Coronel Manning, ¿qué tiene que decirme de la misión que se le había encomendado?

El aludido se levantó.

—Nada que no sepa, señor; tanto mis hombres como yo hemos fracasado.

—¿No localizaron al hombre que llevó el baúl y al que conducía la camioneta?

—Sí, eso sí, pero ha sido imposible demostrarles nada; tanto el uno como el otro presentaron pruebas y testigos suficientes como para demostrar y convencer al más exigente de los jurados de que a la hora en que desapareció del hotel Garry Logan ellos se encontraban dentro del bar empeñados en una disputa que degeneró en bronca. Así lo atestiguan cuántos estuvieron allí y lo presenciaron.

—No obstante, lo mismo el ascensorista del hotel como el portero reconocieron en ellos al mozo del baúl y al chófer de la camioneta, ¿no es así?

—En efecto, señor; al principio juraron y perjuraron que eran ellos. Luego… comenzaron a titubear y…

—Ya. No es preciso que continúe. ¿Averiguó algo de sus vidas?

—Tengo la ficha completa, señor.

—¿Y bien?…

El coronel Manning sacó unos papeles que llevaba en el bolsillo. Leyó, con voz firme:

—«Paul Le Roy, treinta y dos años, acogido a la Ley de inmigración última dictada. Se hace pasar por técnico electricista, en cuya especialidad posee amplios conocimientos. Trabaja en la “Electric Company Suiza”, aunque no se le conoce empleo determinado en dicha sociedad. Habla correctamente cuatro idiomas, y su pasaporte y documentación son de origen francés, lo que no quiere decir que él lo sea. En Berlín actuaba bajo el nombre de Von Finkel y se decía ingeniero; en Roma se le conocía por Guido Pagano; en Portugal, como Simao Branco; y en Caracas, como José Vega. —Hizo una pequeña pausa, y continuó—: Eric Schwartz, cuarenta años, acogido a la misma Ley. Pasaporte austríaco. Químico. Su origen y nombre son un enigma. Se le vio recientemente en Palestina cuando los últimos sucesos. Se hacía llamar Isaac Herzl y disfrutaba de cierta influencia entre destacados miembros del Vaad Leumi; más tarde apareció en Bélgica como Pierre Good, representando una firma comercial de maquinaria

agrícola; por último, se supone que el desaparecido contramaestre de la fábrica de armamentos checa volada a consecuencia de una explosión que aun no ha podido ser puesta en claro, era él mismo, por más que el nombre que entonces adoptó no guardaba relación alguna con los anteriores».

Dejó de leer.

—¿Nada más, coronel Manning?

—Sí, señor; también tengo las fichas del dueño del bar y de la mujer y amigos que se encontraban con Paul y Eric. ¿Quiere que las lea?

—No. No creo que nos digan nada que no sepamos, o por lo menos que nos imaginemos. ¿Qué piensa hacer?

—Dejarles en paz. De lo contrario, no adelantaríamos nada y sería ponerles sobre aviso.

—Conforme. ¿Encontraron la camioneta?

—No. Sin duda de ningún género la destruirían y fundirían las piezas en un horno.

—Bien. Puede sentarse, coronel. Ahora, escuche: es inútil que sus hombres traten de encontrar a Garry Logan y a los planos que él inventó y que revolucionarán la balística.

Sacó un cablegrama del bolsillo de la chaqueta, y leyó:

> «Prensa de la mañana da conocimiento muerte, en su domicilio, del comandante Atkins, especialista en armamentos. La noticia ha sorprendido, por creerse que el citado se encontraba fuera del país.
>
> »M»

Dobló sin alterarse el cablegrama, y continuó:

—Como verá usted, coronel, Garry Logan, o el comandante Atkins si quiere, fue no solamente raptado del hotel, sino llevado nuevamente a su patria, donde no es difícil suponer que le esperarían para condenarle por traidor y ejecutarle, acusado de haber querido vender su invento a otra potencia. Nuestros amigos allí así lo dan a entender al menos.

Volvióse a levantar, y cuantas personas le escuchaban se pusieron de pie en el despacho. Tras una pausa que invirtió en prender fuego a un cigarrillo, siguió diciendo:

—Es inútil ya que dedique usted más tiempo al asunto de… ese Garry Logan. Los planos estarán bien guardados en los centros militares de la potencia a que pertenecía el inventor, y éste ha terminado, al morirse, de interesar a unos y a otros. Mañana, quizá hoy, es fácil que nuestros diarios den conocimiento a la opinión pública de su muerte, acaecida, para los incautos, en su residencia particular, pero para nosotros, y para otros muchos también, tras los muros de una prisión y a manos del verdugo. Lo único que me gustaría saber sería la forma de qué se valieron sus raptores para sacarle de nuestras fronteras. ¿En avión? ¿A bordo de un submarino?… ¡En fin —terminó diciendo con una fina sonrisa, al tiempo que se mezclaba entre los asistentes, dirigiéndose con ellos hacia la puerta—, lo que verdaderamente importa es que abramos bien el ojo y no nos dejemos sorprender de nuevo! No olviden, señores, lo que les dije hace poco: hay que estar alerta, ¡alerta! La nación lo exige, y, con ella, la seguridad del Estado.

A tiempo ya de salir, se aproximó al coronel Manning.

—Observo, coronel —dijo—, que no parece estar usted muy disgustado por el fracaso sufrido.

—En efecto, señor.

—¿Cómo se explica? No dejará usted de reconocer que ha perdido la partida esta vez en el juego y…

La mirada que le dirigió el coronel Manning le impidió continuar. Éste sonrió de una particular manera, y murmuró, como si hablara consigo mismo:

—No. No crea que he perdido la partida. Aun me queda un as, y ése me dará el triunfo tarde o temprano. Reconozco que en el asunto de Garry Logan llevé la peor parte, pero… el juego continúa y veremos quién hace la próxima baza.

CAPÍTULO III

Bostezó ruidosamente, al tiempo que se desperezaba.

Con los párpados entornados aún para evitar la luz que entraba por los abiertos ventanales, se incorporó en el lecho. Tanteando con los pies buscó las pantuflas, que se colocó sin mirar, y, tras bostezar de nuevo, iba a levantarse, cuando sonó el timbre telefónico. Se dejó caer en la cama, extendiendo el brazo para coger el receptor, llevándoselo al oído.

—Diga.

Como contestación no obtuvo otro resultado que un tenue silbido fraccionado en tres tiempos de parecida duración y de tonos idénticos en el modulado. Abrió los párpados por completo y saltó por encima de la cama hasta encontrarse sentado en ella por la parte correspondiente al aparato telefónico. Su respuesta al absurdo silbido fue más sorprendente aún.

—El café me perjudica.

Apenas hubo dicho estas incongruentes palabras, una voz se dejó oír al otro extremo de la línea.

—Dentro de unos minutos recibirá, por correo, indicaciones; ha llegado el momento de obrar. Se llamará, de ahora en adelante, Dave Jory. No lo olvide.

Colgaron. Con el auricular en la mano permaneció unos segundos antes de dejarlo en el soporte. Luego se levantó, desperezándose una vez más, y, arrastrando las pantuflas, se dirigió al cuarto de baño.

Apenas salió de él, llamaron a la puerta. Se acercó y el portero depositó en sus manos una carta.

—Terminan de traer esto, señor.

Dio las gracias y volvió con ella hacia el interior del dormitorio. Desgarró el sobre y leyó la corta misiva:

«Vaya a las siete en punto del día de hoy a la calle X…, en el chaflán que hace con la avenida Z… Verá un auto gris perla estacionado. Espere a que se aproximen a él quienes vayan a ocuparlo, para acercarse. Una persona llevará un guante en la mano. Quíteselo. Si le llama por el nombre que sabe, el contacto está hecho».

Ni una palabra más, ni firma siquiera. Releyó de nuevo lo escrito hasta aprendérselo de memoria, y, tomando un cigarrillo del paquete que se encontraba en la mesita de noche, lo prendió fuego, acercando la llama después a la carta que acababa de recibir. Depositó ésta, juntamente con el sobre, en el cenicero, dejando que se convirtiesen en pavesas. Tiró éstas por el water del cuarto de baño, y, consultando la hora en su reloj, comenzó a vestirse. Del ropero situado en el dormitorio eligió un traje de tonos claros, que se puso no sin antes vaciar los bolsillos, examinando meticulosamente lo que contenían. Apartó todo ello formando un montón, que ocultó en un departamento secreto del armario, y del mismo extrajo un paquetito de papel de seda cuidadosamente envuelto. Dentro de él se hallaba una cartera sin estrenar, que se guardó en el bolsillo interior de la chaqueta, después de meter en ella unos billetes y repartir la moneda fraccionaria que tenía en los demás bolsillos. Del mencionado departamento volvió a sacar un envoltorio, que colocó encima de la cama. Descubierto éste, quedaron a la vista un pequeño cuchillo de fina y acerada hoja y una pistola automática tipo «Mauser» de nuevo modelo, calibre 7x63 milímetros y recámara para diez tiros. El cuchillo lo ocultó entre los pliegues de la chaqueta, por la parte de atrás, en un bolsillo disimulado en las costuras del forro, y la pistola, una vez cargada de nuevo y colocada una bala en la recámara, la introdujo en el bolsillo derecho de la mencionada prenda.

Se arregló el nudo de la corbata frente al espejo, contemplándose en él. Satisfecho del examen, lanzó una ojeada al dormitorio antes de abandonarlo, persuadiéndose de que nada de lo que sacó del armario había quedado fuera. Convencido, por último, de haberlo dejado todo en completo orden, salió del cuarto, dirigiéndose a la calle. Cerró la puerta del piso, echándose la llave al bolsillo del pantalón, y con el aire más ingenuo del mundo bajó

la escalera. Al llegar al portal devolvió con un gesto el saludo que le hizo el portero al verle y echó a andar por la acera con resueltos pasos, consultando nuevamente la hora en el reloj. Aun tenía tiempo de sobra para acudir a la cita. Dirigió sus pasos a un restaurante famoso, comiendo en él, y cuando consideró llegada la hora salió de nuevo a la calle.

Fumando un cigarrillo caminó con elásticos pasos hasta llegar al lugar que le dijeron. Volvió un segundo la cabeza para contemplar la elegante silueta de una preciosa mujer que pasó por su lado, y, maldiciéndose en su fuero interno por el género de vida que llevaba, continuó andando sin prisa y con el mismo aire ingenuo de costumbre. En la esquina designada vio parado un magnífico auto, cuya carrocería de color gris perla relucía a la pálida luz del atardecer. Se detuvo ante la luna de un escaparate, no lejos del coche, mientras observaba a éste. No tuvo necesidad de aguardar mucho tiempo. Vio cómo un grupo formado por dos elegantes damas y un caballero se aproximaba al vehículo, y observó que una de las damas llevaba uno de los guantes en la mano jugueteando con él descuidadamente. En dos zancadas se les aproximó en el momento mismo que se abría la portezuela y era empujada desde dentro por el chófer. Sonriendo de una forma encantadora arrebató el guante de la mano de la dama, deteniéndose al hacerlo. Ésta se volvió rápidamente y sus hermosos ojos contemplaron un segundo, al parecer incrédulos, a la persona que tenía ante ella, a la vez que el caballero lo hacía también con gesto duro y la mujer, que había puesto un pie en el estribo, se ladeaba dispuesta a hablar.

—¡Dave! ¿Eres tú?



—¡Dave! ¿Eres tú?

La exclamación, seguida de la pregunta que identificaba a la persona que la había dicho, logró el milagro de que la sonrisa del así mencionado se ampliase, mostrando una doble hilera de blancos y apretados dientes. Sus pupilas chispearon de júbilo y una divertida luz asomó a ellas.

Antes de que la dama supiera lo que ocurría, se sintió apretujada en los brazos de aquél y besada en los labios. Parpadeó. Dave se había echado hacia atrás y la contemplaba absorto.

—¡Querida! ¡Cómo iba a imaginar que te encontraría de nuevo!…

Continuaba sujetándola por los brazos, fijando la vista en ella, y había algo en su actitud que verdaderamente no era fingido. Tenía ante él a una bellísima joven de esculturales formas, morena, con dos graciosos hoyuelos en los carrillos que se le marcaban al sonreír y unos ojos que parecían el anuncio luminoso de una nueva revista. Tan grandes eran. ¡Qué faros!, pensó para sus adentros. Ella no le dio tiempo para continuar el examen. Librándose de los brazos que la sujetaban, a la vez que se ruborizaba levemente bajo el maquillaje, repuso, sin dejar de sonreír:

—Verdaderamente, yo no lo sospechaba tampoco. —Hizo una breve pausa, y, volviéndose al caballero, continuó—: Permita que le presente a mi amigo Dave Jory. Dave, éste es Wesley Julyan; y —añadió, indicando a la rubia que continuaba con el pie en el estribo — Anni Favell, mi mejor amiga.

Cambiaron todos ellos un breve saludo. Mientras lo hacían, ella observaba a Dave desde las puntas de los pies hasta el rizado pelo rubio que había quedado al aire al descubrirse él para saludar. Admiró su gallarda apostura, la anchura de sus hombros y los trazos de su cara. Aunque no se le podía considerar alto, no era bajo tampoco, y sus rasgos característicos eran los ojos azules, de soñadora e ingenua mirada, y la boca de finos labios que parecía sonreír siempre. El mentón se le acusaba firme y poseía el don inapreciable de la simpatía y del perfecto dominio.

Preguntó:

—¿Dónde vas?

—¡Pchs! No lo he decidido aún. Me eché a la calle y…

Se encogió ligeramente de hombros, sin terminar, mientras recorría con la vista el rostro de Anni y el soberbio cuerpo de ésta. La rubia le devolvió la mirada entornando los párpados, brillantes las pupilas como si quisiera calibrar en aquel instante, a través de las sombreadas pestañas, la belleza varonil de Dave.

Entreabrió los labios, para decir:

—¿Por qué no le invitas, Susie? Puede venir con nosotros y así

tendréis más tiempo para charlar juntos…

—¿Qué dices a eso, Dave? —inquirió la joven—. Vamos a casa de un amigo, y supongo que te gustará bailar un rato. ¿Aceptas?

—Siendo tú quien me lo pide, no veo la manera de negarme a ello. —Guiñó imperceptiblemente a la rubia, y terminó: —Reconozco que no me creía tan afortunado.

Anni y Susie penetraron en el automóvil, seguidas de Dave, quien se acomodó entre ellas en el asiento posterior, mientras Wesley lo hacía en uno de los trasportines y el chófer cerraba con un golpe seco la portezuela.

—En marcha, Digby.

Arrancó el auto y Dave se llevó la mano al bolsillo, sacando el paquete de cigarrillos, que ofreció a la rubia. Ésta tomó uno y esperó a que los demás lo hicieran para aproximarse al joven, aguardando a que le diera lumbre.

Clavó en él la vista y le sonrió. Dave se echó hacia atrás en el asiento mientras fumaba. Dijo, mirando por entre las volutas de humo a Susie, al tiempo que no perdía ninguno de los movimientos de Wesley:

—¿Sabes que estás más bonita que nunca?

Los ojos de la morena se fijaron en los suyos, divertida.

—¿De verdad te lo parezco, Dave?

El joven suspiró y entornó los párpados. Los abrió de nuevo, y, encarándose con Wesley, un tipo demasiado correcto para su gusto, de rasgos duros y acusados, nariz afilada y ojos de un mirar frío y penetrante, preguntó a éste:

—¿Qué dice usted, amigo? ¿Es o no es bonita Susie?

—Lo es, y mucho.

—Gracias. Celebro que seamos de la misma opinión.

La conversación se generalizó en el coche hasta llegar a la casa donde iban. Anni monopolizó por completo a Dave durante el trayecto, y cuando el auto se detuvo podía decirse que el hielo se había roto. Wesley se alzó de su asiento, abriendo la portezuela, y ayudó a salir a las muchachas. Segundos después se hallaban en el interior de un elegante piso, y a la pregunta que Wesley dirigió al criado que les salió a abrir obtuvo contestación afirmativa. Atravesaron varias habitaciones hasta llegar a un iluminado saloncito donde bailaban algunas parejas, mientras varios hombres

y mujeres permanecían sentados, unos, y otros se apiñaban en el improvisado bar consumiendo bebidas. El dueño de la casa les salió al encuentro.

—¡Vaya, creí que no iban a venir!

Dave le observó de reojo. Era un hombre de madura edad y sin ningún rasgo sobresaliente, a no ser la viveza de su mirada. Correspondió al saludo que le hizo y registró su nombre en la memoria: Masterson. Le vio dedicado por entero a Anni, y se volvió a Susie. Desde que entraron en el salón no había cruzado palabra con ella, y aprovechó el momento que la orquesta atacaba de nuevo para invitarla a bailar. Aceptó Susie con una sonrisa, y ambos se deslizaron por el encerado piso. Enlazó firmemente la cintura de la muchacha y aproximó su cara a la de ella.

Murmuró junto a su oído:

—¿Están Paul y Eric?

—Sí.

—¿Puede indicármelos?

—Desde luego. Dé la vuelta y fíjese en los dos tipos que ahora están hablando con Anni. El más alto y fuerte es Paul; el otro, con cara de intelectual, es Eric.

Dave hizo lo que Susie le indicaba y a poco volvía la espalda de nuevo.

—Ya los he visto, encanto; no creo que se me olviden fácilmente.

—Bien; ya que les conoce, puede dejarme cuando quiera. ¿Tiene otra cosa que preguntarme?

—Sí. ¿Qué papel juega Wesley en esto?

—Lo ignoro. Es usted quien tiene que averiguarlo.

—Ya. Y usted, ¿qué papel juega?

—El mío ha terminado en este momento.

—¿Qué dice?

Respondió ella con otra pregunta:

—¿No irá a hacerme creer que le importa quedarse solo?

—No; efectivamente, no es eso; pero… pensé que no me dejaría.

—¿Puedo saber para qué me quiere?

Dave la miró fijo a los ojos.

—Me gustaría volverla a besar.

Susie le sonrió, al tiempo que notaba sonrojarse como la vez

anterior.

—Se ve que es usted muy aficionado a ello. Si quiere que le diga una cosa, puedo hacerlo ahora: Anni no le quita la vista de encima, y eso quiere significar que no le desagradaría estar a su lado. ¿Por qué no baila con ella?

—Lo haré, ya que usted me lo indica. ¿Cuándo nos volveremos a ver?

—Trabajo en las oficinas de la «South Oil Company» y soy la secretaria de Masterson; éste es uno de los directores de la firma, y él y Wesley…

—¿A qué se dedica Wesley?

—Masterson me dijo que a la compra de terrenos.

—¡Hum!

Dieron unas vueltas más, y Dave preguntó de pronto:

—¿Y Anni?

—Es la secretaria de Wesley.

—Parece que le gusta a Masterson.

—Sí; no sé cómo se las ha arreglado, pero ha conseguido volverle loco. No ve más que por ella.

—¿Se llevan bien Masterson y Wesley?

—Al parecer, sí.

—Otra pregunta: ¿qué debo contar de mi persona?

—Esperaba que me preguntara eso. Lo mejor será decir que nos conocimos en una pensión, de la que salió usted para… para… ir de viaje. Así puede decir lo que mejor le parezca.

—Conforme.

Cesó de tocar la orquesta y se separaron. Juntos fueron a reunirse con la rubia, quien, al parecer, mantenía una conversación íntima con Masterson, que rompió a la llegada de Dave y Susie. Paul y Eric no estaban allí y no le fue difícil al joven localizarlos en el bar, donde les vio entretenidos en saborear el licor de las copas que tenían delante. Wesley se hallaba sentado en una butaca fumando un cigarrillo, y la mujer, una preciosa criatura, que se encontraba a su lado, daba la impresión de estar pendiente de sus palabras.

La rubia aprovechó la ocasión que se le presentaba para decir a Susie:

—Estábamos esperando que vinierais para tomar algo. —Se

volvió a Masterson, para añadir: —Vamos, amigo mío, ¿qué hace que no nos invita?

Se dirigieron al bar. Dave pidió un *brandy* con soda y Masterson una absenta. Susie y Anni, combinados. Paul y Eric se levantaron en aquel momento de sus taburetes, dejando sitio a las muchachas, y se adentraron en el salón, mezclándose con las parejas. La rubia se había colocado junto al joven y le miraba provocativamente a los ojos. Masterson y Susie comenzaron un diálogo breve sobre el trabajo, relacionado con la oficina. La orquesta inició los compases de un bolero, y Dave se deslizó del taburete. Guiñó a la rubia.

—¿Bailamos, nena?

Anni le acarició con la mirada y se dejó conducir por él a la pista. Masterson no pudo evitar una leve crispación de los músculos del rostro. El joven la observó y sonrió para sus adentros. La rubia se estrechó en sus brazos y le miró recta.

—¿Se divierte?

—Lo sabré más tarde, guapa; todo depende de lo que una preciosidad como tú haga para ello.

Anni se ciñó más a él, quemándole con el aliento, al tiempo que se reía.

—Creo que «tú» y yo nos entenderemos, Dave; eres un chico muy simpático.

—¿Tanto como Masterson?

Las cejas de la rubia se fruncieron un segundo, pero al contemplar la seria cara de Dave se volvió a reír, a la vez que se apretaba contra él y le rozaba el cuello con la mano, deslizando los dedos sabiamente.

—¿Celoso? —preguntó, en un susurro.

—Oye, nena: si no quieres que terminemos de bailar, apártate un poquito para que pueda pasar el aire. Cuando una filigrana como tú se me echa encuna como lo estás haciendo, me mareo fácilmente y te juro que no sé lo que digo ni lo que hago.

—No he visto que te ocurriera eso con Susie.

—¡Bah! No niego que ella sea bonita; pero tú, guapa, te llevas el premio. En la vida he visto una carretera con tantas curvas.

—¿De verdad?

—Escucha, monada: ¿tanto te interesa el viejo?

—Ahora, no.

—Lo creo; mi tía me decía siempre que las chicas se encontraban a gusto a mi lado.

—Y tú, ¿qué decías?

—Que tenía razón.

—Me hubiera gustado conocer a esa tía tuya.

—No lo dudo; pero ahora, encanto, se te ofrece la ocasión de conocerme a mí.

—No veo la forma.

—Te la diré cuando estemos solos.

—¿No puedes anticiparme algo?

—No, rica; piénsatelo y avísame cuando lo hayas hecho.

—Lo pensaré, Dave, y te contestaré cuando vaya a irme; aun es pronto para dejar a los amigos.

—¿Lo dices por Masterson?

—No seas bobo; a él le quiero por otra cosa.

—¿Puedo saberla?

Anni desprendió su mano derecha de la del joven y le aplicó el pulgar sobre los labios.

—No preguntes más. Terminaría por no saber qué decirte, y eso no me gustaría tratándose de un chico como tú. ¿Te han dicho alguna vez que tienes una cara muy interesante?

—Oye, guapa; si has pensado que te vas a reír de mí, lo mejor será que volvamos con Susie y con el viejo. No sé si tendré la cara interesante; pero lo que puedo decirle es que el chupón me lo quitaron hace tiempo de la boca.

—No seas grosero, Dave; estaba pensando darte un beso, y lo has echado todo a perder. Te clavaría las uñas.

—¿Por qué no lo haces?

—No quisiera arrepentirme luego.

Juntó su cara a la del joven y dejó que los labios de éste rozaran el lóbulo de su oreja. Se estremeció ligeramente, y susurró, desfallecida:

—Llévame a tomar algo, ¿quieres? Otro combinado no me vendría mal.

Del brazo se dirigieron donde se encontraban Susie y Masterson; a éstos se les había unido Wesley acompañado de la deliciosa criatura que estaba con él y que le fue presentada a Dave como la hija del dueño de la casa. Anni pidió una nueva bebida, apoyándose

mimosa en el brazo del joven, y ayudada por éste se encaramó a uno de los taburetes que había quedado libre. Susie cambió una mirada con Dave y le sonrió con los ojos. Masterson y Wesley hablaban en voz baja, y le pareció al joven que el primero de ellos daba señales de impaciencia. Sin perder de vista a ninguno de los dos, se inclinó sobre el oído de Anni para decirle una galantería, que la rubia acogió echándose encima de él y poniendo los ojos en blanco, al tiempo que le pellizcaba. Mirando de soslayo, Dave divisó a Paul y a Eric a un extremo de la barra con la vista puesta en Wesley. Creyó sorprender un significativo relampagueo en la mirada que éste dirigió a los ya mencionados, y se puso más alerta que nunca. Pidió un nuevo *brandy* e hizo que sirvieran otro combinado a la rubia. Ésta se empeñó en que el joven tenía que beber en su copa, y se vio obligado a hacerlo, con el consiguiente disgusto de Masterson, quien no les quitaba ojo. De pronto, el dueño de la casa se puso de pie y Wesley imitó su movimiento. Aquél se dirigió a su hija.

—Atiende a los amigos, Eva; volveré dentro de unos minutos.

Se aproximó a Anni.

—Perdone, querida; he de hablar algo con su jefe. —Miró significativamente a Dave, y prosiguió. —Supongo que no se aburrirá, entre tanto.

Echó a andar. Wesley iba junto a él, y antes de desaparecer por una de las puertas del saloncito volvióse a mirar de nuevo. Dave sorprendió la mirada, y le pareció, al volverse, que Paul y Eric hacían un gesto de inteligencia. Les vio apurar el contenido de las copas que les habían servido y luego salir juntos también por otra puerta del salón. Con el pretexto de un cigarrillo se aproximó a Susie, y, al tiempo que se lo ofrecía, susurró, bajo:

—Entretenga a la rubia.

Se excusó con ésta como pudo y salió fuera. Anni le vio alejarse fumando, y comentó, con una lánguida mirada, dirigiéndose a Susie:

—Verdaderamente, Dave es un chico encantador.

Se llevó el combinado a los labios y entornó los ojos. Mientras, en el despacho particular de Masterson, éste y Wesley, sentados frente a frente en sendos butacones, se observaban con recelo. Tamborilearon nerviosos los dedos de Masterson un segundo sobre

el brazo del asiento que ocupaba, y exclamó, de súbito:

—¡Estoy harto, Wesley! Le he dicho mil veces que es inútil que insista y no quisiera repetírselo más. Lo que me propone es un absurdo.

Wesley se apartó el cigarrillo de la boca y sacudió la ceniza con la uña del dedo meñique. Una desagradable sonrisa animó su rostro un instante, y replicó, deliberadamente despacio:

—Se equivoca, Masterson; no veo el absurdo de que me habla por ninguna parte. Lo que le he propuesto no es más ni menos que una operación igual a las que usted y yo hemos efectuado en multitud de ocasiones, y no veo el porqué ha de negarse ahora. ¿Le parece poco la cantidad estipulada para la venta?

—No solamente me parece poco, sino que no estoy dispuesto a discutirla siquiera. Esos terrenos tienen un valor incalculable, no únicamente para la compañía que represento, sino para el Gobierno de mi país, y no pienso cedérselos a usted de ningún modo. No podría hacerlo, por otra parte, sin contar con el beneplácito del Ministerio correspondiente.

—¿Contó con él otras veces, Masterson? Me parece recordar que ha hecho usted pingües ganancias conmigo y puede continuar haciéndolas si accede a venderme esos terrenos. Para la «Couth Oil Company» nada significan; y, en cambio, tanto usted como yo podemos beneficiarnos mucho. Tengo un buen comprador que no regateará el precio que yo estipule. Piénselo bien y no sea terco. Es una oportunidad de las que caen pocas.

—No me interesa, Wesley; es mi última palabra.

—¿Tiene otra oferta mejor, acaso?

—No; no tengo otra oferta.

—Lo supongo. No creo que la hiciera nadie por los títulos de propiedad de un vicio chiflado como Ernst Stein.

—Conque chiflado, ¿eh? ¿Quiere usted decir que el viejo Stein no ha sido uno de los mejores cateadores (buscadores) de petróleo? En toda su vida no hizo otra cosa, que yo sepa, y…

—¡Bah! Los títulos de concesión están hechos por un sultán a quien ni usted ni yo fiaríamos nada. ¿Sabemos si en realidad existe? Verdaderamente, ahora que lo pienso, me parece un poco atrevido el negocio, caso de que llegara a realizarse. ¿Ha examinado usted bien los paneles esos y el plano que los acompaña?

—Hice más, Wesley: mandé a uno de mis mejores geólogos para que examinase el terreno, y hace ya días que espero recibir un cablegrama suyo.

—No creo que llegue nunca ese cablegrama, Masterson; al menos —se corrigió— en los términos que usted confía. Los terrenos de Stein no tienen más valor que el que usted sabe, y es tonto si se obceca en no vendérmelos. Por cierto —añadió, al observar que su interlocutor parecía no hacerle caso—, ¿quiere enseñármelos otra vez? Me gustaría asegurarme de que verdaderamente es un sultán quien los firma.

—Se los enseñaré, Wesley; no tengo inconveniente alguno, ya que aun los conservo en mi poder hasta que mi geólogo escriba. Entonces irán a la caja de la «South» y daré conocimiento de ellos a la central para que envíen los hombres y el material necesario para la instalación de los *derricks* (torres de sondeo) en aquella parte del globo.

Se alzó de la butaca, aproximándose a su mesa-despacho, y de uno de los cajones sacó unos papeles, que puso en las manos de Wesley. Éste los examinó durante unos minutos, dirigiendo después a Masterson una sonrisa.

—Bien. Cada vez me afirmo más en la creencia de que esto no vale ni el tiempo que estamos perdiendo en la discusión. Eso no obstante, mantengo mi oferta y añado un millón más a la parte que a usted le corresponde de beneficio. ¿Qué me dice ahora?

—Que no.

—¿Lo ha pensado bien?

Las pupilas de Masterson llamearon.

—Lo tengo bien pensado, Wesley.

La sonrisa de éste se hizo helada.

—Lo dudo; permítame que le recuerde lo que le dije antes: no es la primera operación, parecida a ésta, que efectuamos juntos.

—¿Qué quiere darme a entender?

—Sencillamente, que la «South Oil Company» podría llegar a enterarse de ello, y no creo que le favoreciese nada. Por otra parte, tiene usted una hija, y…

—¿Me amenaza?

—Estoy tratando de advertirle única y exclusivamente.

Masterson le arrebató los papeles de entre las manos.

—Creí que me conocía, Wesley; no soy hombre que se doblegue por la fuerza.

Aquél se limitó a encogerse de hombros, al tiempo que se levantaba.

—Confío en que rectifique a tiempo: nunca se sabe lo que puede ocurrir.

Masterson arqueó las cejas y se dirigió a la mesa-despacho, dispuesto a guardar de nuevo los papeles. Titubeó un segundo antes de hacerlo, y al fin se los guardó en el bolsillo interior de la chaqueta. Clavó la mirada en Wesley.

—Creo que tiene razón; esta noche dormirán los títulos de propiedad en la caja fuerte de la «South».

Salieron del despacho. La figura de Dave se recortó tras ellos, y cuando éste hubo desaparecido, unos ojos brillaron en la obscuridad siniestramente.

Minutos después, Masterson y Wesley entraban en el iluminado salón, y, al llegar allí, el segundo buscó con la vista a Paul y a Eric, a quienes hizo una imperceptible señal que fue captada por éstos y correspondida por otra.

Dave apareció a poco, y, al ver a Susie y a Anni donde las dejó, se dirigió a su encuentro. Paul y Eric se le anticiparon por segundos, y mientras el primero se acercaba a la rubia sacándola a bailar, el segundo hacia lo mismo con Anni, quien aun tuvo tiempo de sonreír al joven antes de confundirse con las demás bailarines en la pista. Dave se aproximó a la barra, sentándose junto a la hija de Masterson.

—¡Vaya, parece que nos han dejado solos!

Eva iba a decir algo, cuando se les acercaron Masterson y Wesley. Éste sonrió a la muchacha.

—¡Cómo! —exclamó—. Le hacía a usted bailando.

—Pues ya ve que no; no me he movido del bar desde que se marcharon ustedes.

—¿Tan cansada estás, Eva? —preguntó Masterson.

—Nada de eso, papá; lo que ocurre es, simplemente, que aquí me encuentro a gusto.

—Siendo así, me parece bien; de todas formas, no creo que nuestra compañía sea la más indicada para una muchacha como tú. Terminarás por aburrirte.

—Tiene razón su papá, Eva —medió Wesley—. Por mi parte, procuraré que eso no ocurra.

La invitó con un gesto a que bailara con él, y ya iban ambos a hacerlo, cuando se les aproximó Anni seguida de Paul. Cogiendo por el talle a la muchacha, exclamó la rubia:

—¡Cómo! ¿Va a bailar ahora? Si lo hace, procure que su pareja sea mejor que la mía. Termino de dejar a Paul —añadió, sonriendo—, ante la imposibilidad de entenderme con él.

La soltó y miró a Masterson acariciadoramente, sin al parecer darse cuenta de la presencia de Dave, quien la contemplaba de soslayo. Se aproximó a aquél, y continuó diciendo, mimosa:

—¿No me ha oído, Masterson? ¿Qué espera?

Éste la ofreció el brazo y las dos parejas se dirigieron a la pista. Dave observó de nuevo la mirada que se cruzaba entre Paul y Wesley, y también la que dirigió éste a la rubia. Apoyóse de codos en el mostrador y solicitó un nuevo *brandy*, que le fue servido, en tanto que Paul tomaba asiento en uno de los taburetes, y, prendiendo fuego a un cigarrillo, contemplaba las evoluciones de las parejas. Transcurrieron varios minutos sin que Dave notara nada que le llamara la atención. Apuró la copa de un trago y se dedicó por espacio de cierto tiempo a examinar con el mayor disimulo posible los rostros que veía, sin que ninguno de ellos pudiera decirle nada en concreto. Susie continuaba bailando con Eric y la vio reír en más de una ocasión, como si verdaderamente tuviera gracia lo que aquél decía. No obstante, le pareció advertir, las veces que pasaban cerca de él, que Susie le miraba con cierta insistencia, y se preguntó si ello obedecería a interés particular de la joven, o más bien quería darle a entender con sus miradas que abriera bien los ojos y estuviera más alerta que nunca. Por último, creyó comprender el verdadero significado de aquello. En una de tantas ocasiones como pasó frente a él, coincidió con la pareja que formaban Masterson y Anni, y, siguiendo la dirección de las miradas de Susie, se fijó en la rubia. Ésta bailaba echada materialmente en los brazos de Masterson y le embrujaba con el poder de sus ojos y le volvía loco con sus sonrisas y coqueteos. Sonrió Dave y buscó con la vista a Wesley y a Eva. La muchachita parecía a su vez encontrarse encantada con el mencionado, por más que no dejase de lanzar miradas de disgusto a Anni cada vez que

ésta extremaba con Masterson sus sonrisas sus insinuadores gestos. Miró de nuevo a Paul. Éste había vuelto a acomodarse frente al mostrador y saboreaba la bebida que el barman había colocado junto a él. Dave entornó los ojos, y de pronto le pareció que alguien le miraba. Fue una sensación parecida a como si terminara de recibir una descarga eléctrica. Continuó sin moverse durante unos segundos, sin que su rostro reflejara alteración alguna, aunque los músculos se le pusieron tensos y los sentidos todos se le agudizaron. Con naturalidad, al cabo de unos instantes de quietud, se volvió ligeramente, al tiempo que abría los ojos.

—¡Hola, Ted! ¿Es posible que no me hayas visto?

Una estupenda mujer se encontraba a su lado. Parpadeó un segundo. La sonrisa asomó a su boca.

—Perdone, monada: no me llamo Ted.

—¿No? ¡Qué raro! —Arqueó una de las pintadas cejas y le contempló fijamente. Hizo un gesto burlón, y siguió diciendo—: Comprendo, Ted: te he visto bailar con una rubia y supongo que no quieres que te molesten. Me alojo en el «Imperial». Si te decides a ir, es posible que te perdone lo que me hiciste en Suiza.

Se ladeó un instante para mirar al hombre que la acompañaba y que se había quedado unos pasos detrás. Éste se aproximó y ella se colgó de su brazo.

—¿Me invitas, Joe? —Y añadió, con una sonrisa indicando a Dave—: Había tomado a este caballero por un amigo.

—¡Claro, Berta! —repuso el llamado Joe, lanzando una mirada de través a Dave—. Tú mandas.

Se acomodaron en un extremo de la barra y el joven recuperó su posición de nuevo, al tiempo que volvía a entornar los párpados. ¿Qué hacía allí Berta? La recordó al instante y también recordó, sin necesidad de que ella mencionara a Suiza, el asunto en que se vio envuelto y del cual pudo escapar con vida por milagro. Sonrió al pensar la forma en que se burló de ella, y se dijo que sería un imbécil si acudía a la cita que le dio antes de alejarse con Joe. ¿Quién seria éste? No recordaba habérselo encontrado nunca. Pero la forma como le miró le bastaba para catalogarlo dentro de la única clase de hombres que podían hacerlo como él lo hizo. Pensando en ello, llegó a la conclusión siguiente: cuando llegase la ocasión, tendría que trabajar con rapidez y sin reparar en los

medios que empleaba.

La orquesta había dejado de tocar y el cascabeleo de unas risas a sus espaldas le obligó a volverse. Masterson y Anni se le acercaban, y no lejos de ellos lo hacían igualmente Eric y Susie y Eva y Wesley. La rubia se apoyaba con las dos manos sobre el brazo en flexión del dueño de la casa y le miraba descaradamente a los ojos. Volvió éstos un segundo para fijarlos en el joven, quien sonrió burlón al ver el doble juego de Anni. Ésta, sin dejar de reír provocativamente, pidió un nuevo combinado, tomando asiento junto a él. Susie lo hizo también a su izquierda, y en breve se cruzaban entre los hombres y las damas frases alegres, ingeniosas y de doble sentido. De pronto, la rubia se dirigió a Masterson. Parecía que el último combinado había hecho efecto sobre ella y se mostraba más efusiva en sus zalamerías y coqueteos.

Irguióse en el asiento, imponiendo silencio a todos.

—Amigos —dijo en alta voz—, nuestro querido señor Masterson va a enseñarnos su pequeño museo de antigüedades. ¿Quién quiere verlo?

Se alzó en el saloncito un murmullo de voces que en vano trató de apagar el dueño de la casa con vanas excusas. Anni se había puesto de pie y, sin soltar el brazo del anfitrión, tiraba de él. Un numeroso grupo de invitados se formó en torno a ellos, y Dave sintió la presión de una mano entre las suyas. Se volvió. Susie clavaba en él los ojos.

—¿No vienes, Dave?

—¡Claro!

En aquel momento la rubia le miró, invitándole a que la siguiera. Tomó por el brazo a Susie y echó tras ellos, no sin darse cuenta de que Berta y Joe lo hacían de igual modo mezclándose entre los invitados. Aprovechó la ocasión para decir, bajo, a Susie:

—Oiga, preciosa: no me gusta nada esto y no sé lo que se tramará. Procure no dormirse. ¿Entendido?

—Entendido. ¿Cómo van sus relaciones con Anni?

—Bien. Es una chica bastante aplicada.

—Ya me di cuenta cuando les vi bailando juntos; ahora que… usted no me parece menos aplicado.

—Depende de quién me tome las lecciones, nena; con usted resultaría un genio.

—Ya me lo pareció nada más verle.

Dave sonrió y apretó el paso, yendo a reunirse con Masterson y la rubia, quienes se habían detenido para esperarles. Se abrió paso hasta llegar a ellos, y Anni se le cogió del brazo libre, a la vez que decía a Susie:

—¿Sabes, querida? El señor Masterson ha prometido que nos enseñará todo su museo sin dejar nada. Yo ya tengo unas ganas terribles de ver si, en efecto, es tan hermoso como dicen. —Y añadió, apretando el brazo del joven: —¿Y «usted», Dave, no tiene ganas de verlo?

—Si he de decir la verdad, no me gustan las antiguas; no se me ocurre nada cuando las tengo delante.

Masterson le oyó y le lanzó una mirada oblicua. Replicó, ácido:

—Ya me he dado cuenta, amigo; los hombres como usted prefieren perder su tiempo de otra manera.

Salieron del salón. Después de atravesar varias habitaciones, llegaron ante una puerta que Masterson abrió con una pequeña llave que llevaba sujeta de una cadenita, y, al hacerlo, se apresuró a dar las luces. Los invitados que se aglomeraban a la entrada quedaron sorprendidos y un intenso rumor se fue extendiendo entre ellos a medida que penetraban en la espaciosa pieza. Verdaderamente, era magnifico el museo y no faltaba detalle. Había de todo: desde extraños grabados representando escenas y paisajes, obras de hábiles maestros, pasando por estatuillas, tapices, orfebrería, raros adminículos y colecciones de maravillosa porcelana, hasta un verdadero arsenal de armas de todas clases, antiguas y modernas, en las que no faltaban el yatagán, la cimitarra, puñales florentinos, revólveres, pistolas y escopetas. Los invitados se desparramaron por el museo fisgoneando a su antojo, sin hacer apenas caso de las explicaciones que daba Masterson, algo alejado del grupo principal, y que iban dirigidas a Anni, quien parecía divertida con todo aquello a juzgar por el inusitado brillo de sus pupilas y la infinidad de preguntas que hacía continuamente al dueño de la casa. Dave la observaba de reojo, al tiempo que no perdía de vista a Wesley ni tampoco a Paul y a Eric, quienes formaban parte de los pocos que escuchaban las indicaciones que Masterson hacía respecto a diversos objetos de su colección. La rubia no se conformaba con oír, sino que también de vez en vez

tomaba alguna de las valiosas piezas que se guardaban en las vitrinas, aparecían expuestas en las paredes o distribuidas artísticamente en las mesitas que se veían por doquier; y, con infantil curiosidad, las miraba desde todos los ángulos, prodigando continuamente frases de encomio, de admiración y de sorpresa. De pronto se detuvo ante una pistola de dos cañones que colgaba de una panoplia, y con ella en las manos se aproximó a Masterson.

—¿Esta cargada? —pregunto a éste.

—No; ninguna de mis armas lo está. Es de la única forma que evito el que pudiera suceder algún accidente desgraciado.

—Entonces, si quisiera suicidarme con ella, ¿no lo lograría?

—Desde luego; ya le he dicho, querida, que está descargada.

La rubia hizo un mohín y clavó la vista en Masterson. Daba la sensación de hallarse algo pálida, y a Dave se le figuró que aquel cambio lo había sufrido al apoderarse de la pistola. Jugueteó con ella durante unos minutos, y, esbozando una sonrisa, volvió a decir:

—Nunca he tenido semejante idea, pero no sé si resistiría la tentación de hacerlo si alguna circunstancia me obligase. Dicen que se necesita bastante valor para apretar el gatillo. Voy a probarlo.

Se llevó el arma a la altura de la cabeza sin dejar de sonreír, pero Masterson la detuvo.

—¡Vamos, Anni, no sea chiquilla!

Ella se soltó de la mano que le aprisionaba, al tiempo que sonreía de nuevo.

—¡No, no, amigo mío; déjeme! Quiero convencerme de si tengo o no valor para ello. Supongo que el ruido del martillo al caer causará una sensación al oído como ninguna otra; y… ya que he decidido «suicidarme», no quisiera hacerlo sola en estos momentos. Primero veré si soy capaz de hacerlo yo; luego, tendrá que ser usted quien lo haga.

Masterson trató de disuadirla nuevamente, y Eva y Wesley intercedieron a la vez, con negativo resultado. La rubia, aunque pálida aun, estaba firmemente decidida a llevar a cabo su experimento, y fue inútil cuanto le dijeron unos y otros. Se apoyó en el brazo del anfitrión, a la vez que le envolvía con una mirada ardiente, y musitó, al tiempo que elevaba la pistola:

—Prométame que más tarde me dirá si tuve miedo.

Movióse a un lado y a otro abarcando con la vista el grupo que

se había hecho a su alrededor y dijo en voz alta:

—¡Apunten! ¡Fuego!

A Dave le pareció que desviaba el arma, aunque no hubiera podido asegurarlo.

En el momento de decir «¡fuego!» sintió en su brazo la presión de la mano de Susie y creyó observar en los ojos de Wesley una leve inquietud, que desapareció tan pronto como se oyó el seco golpe producido por el percusor de la pistola. Las voces se habían apagado un segundo antes, pero se alzaron de nuevo clamorosas vitoreando a la rubia. Ésta, soltándose del apoyo que el brazo de Masterson le ofrecía, entrególe el arma.

—Bueno. Creo que tuve valor. Ahora le toca a usted.

Las miradas se clavaron en Masterson, y éste, azorado en grado sumo, contemplo la pistola sin saber qué hacer con ella. Eva se adelanto unos pasos, para decirle:

—¡Basta, papá! No me parece oportuno que cometas semejante tontería.

Se hizo un impresionante silencio que cortó Anni.

—Es cierto, Masterson; Eva tiene razón: no veo por qué ha de «suicidarse» conmigo.

El mencionado trató de sonreír, y la sonrisa le salió forzada. Apartó con un gesto a su hija, y, llevándose el arma a la sien derecha, hizo un guiño a los invitados.

—¿Que dicen ustedes, señores? ¿Creen verdaderamente que cometo una tontería siguiendo la broma de Anni?

En aquel momento, Dave, soltándose de Susie, quiso acercársele, al tiempo que replicaba por todos:

—Por lo menos a mí me lo parece, Masterson. Deme esa pistola y déjeme que yo lo haga.

Éste se le quedó mirando un segundo, y respondió, cáustico:

—¿Sí? Lo siento, joven; no cedo mi sitio a otro. —Y continuó, al ver que Dave seguía aproximándose—: ¡Atención! ¡Apunten! ¡Fue…!

Las luces se apagaron y una detonación espantosa se dejó oír. Dave dio un salto intentando en la obscuridad acercarse a Masterson, pero le fue imposible hacerlo. Tropezó con una muralla humana que obstaculizó su camino, al tiempo que el penetrante grito de una mujer sonaba en la sala, seguido de otros más y de

juramentos hechos con ahogada voz. El joven rechinó los dientes y dando un poderoso empujón se lanzó hacia adelante. En el mismo momento tropezó con el bulto de un hombre que se encontraba agachado y que, al incorporarse, se le echó encima. Luchó con él unos segundos, mientras el griterío aumentaba y la confusión se hacía indescriptible, y cuando creyó que había conseguido desembarazarse de él, recibió un tremendo golpe en la nuca y se desplomó como un fardo.

CAPÍTULO IV

Cuando abrió los ojos, las luces estaban dadas de nuevo. Al principio no pudo darse cuenta de nada, ya que el dolor que sintió al tratar de mover la cabeza le obligó a cerrar los párpados otra vez y hacer un gesto amargo. Luego, una voz sonó cerca.

—Parece que el pájaro ya mueve las alas, jefe.

Dave abrió los párpados otra vez, al tiempo que se llevaba una mano a la nuca.

—¿Qué —le dijo la misma voz a sus espaldas—, duele mucho?

Esbozó una sonrisa. El hombre que le hablara se había plantado delante de él tapándole la visión. Era un tipo alto y fuerte con mandíbulas cuadradas y ojos de mirada despierta y aguda.

—Bastante —replicó el joven.

Aquél sonrió, a la vez que se hacía a un lado. Dave enarcó las cejas. No lejos de donde se hallaba se veía el cuerpo de Masterson tirado en el suelo donde cayó, con los ojos desorbitados cubiertos por el velo de la muerte. Un espantoso agujero se le veía en la sien derecha y su cabeza reposaba sobre un gran charco de sangre. Antes de que el joven se repusiera del todo, uno de los hombres que parecían examinar detenidamente el museo de parte a parte se acercó a él.

Clavó la mirada en Dave, a la vez que se le acercaba.

—Bueno, amiguito, ya iba siendo hora de que pudiéramos hablar. ¿Quiere decirnos cómo se llama?

—¿Yo?

—¡Claro! No se lo he preguntado a otro.

El joven parpadeó confuso durante unos instantes tratando de dominar la penosa impresión que sentía y el agudo dolor de cabeza. Su cerebro trabajaba a golpes, interrumpidos éstos por lacerantes punzadas en el cráneo, que parecía iba a estallarle de un momento a otro. Tardó bastante en poder coordinar las ideas, sin dejar de

frotarse la nuca con la mano y hacer muecas significativas. Por último se incorporo y echó una mirada circular. A la vista del cuerpo de Masterson, del silencio que reinaba en el museo, donde únicamente se oían los amortiguados pasos de los hombres que husmeaban sin cesar volviendo de vez en vez la cabeza para mirarle, al darse cuenta de que era él el único de los invitados que se encontraba allí y también al fijarse en los rostros que le contemplaban, recordó lo sucedido y volvió a rechinar los dientes al comprender su fracaso.

Ayudado por el hombre que primeramente habló se puso de pie, teniendo necesidad de apoyarse para no ir nuevamente al suelo. El que le había interrogado volvió a la carga.

—Bien; ¿qué me dice?

Dave ensayó de sonreír.

—Creo que no será mucho. Ante todo, quisiera saber una cosa: ¿se suicidó Masterson?

—¿Masterson? ¡Ah, sí, el dueño de la casa! Pues no, joven; demasiado sabe usted que no se suicidó: le asesinaron.

—Lo suponía. Estaba cargada la pistola, ¿verdad?

—Sí, estaba cargada.

—Ya. Entonces…

—Entonces… —le interrumpió su interlocutor—, lo que necesito saber yo es por qué le pegó usted un tiro.

—¿Que yo le pegué un tiro? No comprendo. ¿No hemos quedado en que la pistola estaba cargada?

—En efecto, la pistola estaba cargada, pero no fue la bala que en ella había la que le causó la muerte. Fue la de esta automática que encontramos en uno de sus bolsillos.

Al terminar de hablar mostraba en la palma de la mano una pistola que puso ante los ojos de Dave, quien la contempló atónito.

—«Schmeisser», ¿no?

—¡Vaya! Veo que la reconoce. Pues sí, es una «Schmeisser» calibre 25 y se le encontró en el bolsillo de la chaqueta. No es que tenga nada que decir, aparte de que no es costumbre asistir a los bailes cargado con una automática; pero… da la casualidad de que falta un proyectil en el cargador y me supongo que estará alojado en el cerebro de Masterson. ¿No le dice nada esto?

Cambió una mirada de inteligencia con el hombre que acusó

primero a Dave y contempló por último a éste con sorna.

—Bueno. ¿Quiere decir ahora por qué disparó?

El joven miro a su interlocutor firmemente a los ojos.

—Siento desilusionarle: esa pistola «Schmeisser» no es mía.

—¿No?

—Desde luego. La mía es una «Mauser» del 7x63, y espero que también la haya encontrado en mi bolsillo.

Volvieron a mirarse los dos hombres. La puerta del museo se abrió en aquel instante y un agente uniformado apareció en ella. Se dirigió hacia el grupo que formaban los tres hombres.

—Terminan de traer un cablegrama a nombre de Masterson, jefe —indicó al que tenía la automática—. ¿Quiere leerlo?

Le tendía un papel plegado que aquél se apresuró a tomar. Cuando lo terminó de leer lanzó un silbido de sorpresa. Dave intentó aproximársele, pero le sujetaron bruscamente.

—¡Quieto!

El joven se desprendió de un tirón. Había recobrado por completo el dominio y las energías, y se dijo que era necesario proceder con la máxima rapidez. Lanzando una nueva mirada al caído cuerpo de Masterson, recordó algo de pronto, y, haciendo un gesto al hombre que iba a sujetarle una vez más, le detuvo.

—¡Espere!

Se volvió al que parecía mandar en todos.

—¿Quiere contestarme a una nueva pregunta, señor?…

Al ver que aquél titubeaba, prosiguió diciendo:

—Me consta que Masterson, antes de morir, llevaba unos papeles guardados en el bolsillo interior de su chaqueta. ¿Ha visto si aun los tiene?

—No. Yo fui el primero en registrarle cuando llegué, y no he encontrado papeles de ninguna clase. ¿De qué trataban?

—No puedo decírselo. Yo mismo lo ignoro —mintió—; pero vi cómo se los metía en el bolsillo. Ahora comprendo por qué fue asesinado.

—Por lo que veo, usted comprende muchas cosas, joven; ¿quiere decirme ya cómo se llama?

—Dave Jory.

—Dave… ¿qué?

—Jory. Pero, por favor, tenga la bondad de escuchar unas

palabras que no quiero que oiga nadie más que usted.

Le indicó con el gesto que se alejaran un tanto, y cuando lo hubieron hecho pronunció unas cuantas frases en el oído del policía que éste escuchó con manifiesta sorpresa. Segundos después, el agente uniformado salía del museo, para volver a aparecer a los pocos minutos. Se dirigió a ellos mirando a Dave con asombro.

—Jefe —dijo—, la persona a quien me ha mandado telefonear se hace responsable de lo que haya hecho este señor, y dice que le ayudemos si él lo necesita. También ha confirmado que se llama Dave Jory.

El policía despidió al agente con un gesto y contempló al joven un segundo.

—Bien, usted tiene la palabra. ¿Qué desea?

—Ante todo, que me devuelva mi pistola; podría hacerme falta.

—¿Su pistola?

—Sí; esa «Mauser» de que le hablaba hace poco.

—No la tenía usted; por lo visto, el tipo que dejó en su bolsillo la «Schmeisser» se llevó la suya. Hay que reconocer que no era tonto el hombre.

—No; desde luego, puedo asegurarle a usted que ninguno de los que vi esta noche en casa de Masterson son tontos. Otra cosa: ¿puede dejarme leer ese cablegrama?

El policía lo sacó del bolsillo donde lo había dejado, ofreciéndoselo a Dave. Éste lo tomó, enterándose de su contenido. Decía así:

> «Geólogo enviado a ésta desapareció sin dejar rastro. Se sospecha haya sido víctima de un crimen. Proseguimos pesquisas.
>
> Firmado: Jefe de policía de…»

Se lo devolvió, dándole las gracias, y se encaminó hacia la puerta. Al llegar a ella se volvió.

—¿Detuvieron a alguien?

—No; me limité a interrogar a los invitados y a tomar sus domicilios. ¿Sospecha de alguno?

La sonrisa de Dave hizo su aparición con la frescura de anteriores ocasiones.

—Nada de eso. Tengo la completa convicción de que entre las personas por mi conocidas y que me encontré en esta casa se encuentra el criminal. Lo que no puedo decir en este momento es cuál de ellas ha sido la que disparó la pistola. —Entornó los párpados y preguntó, al cabo de unos segundos: —¿Puede enseñarme esa lista de domicilios?

Esperó a que el policía se le aproximase, y leyó minuciosamente los nombres allí consignados y los domicilios que había a continuación. Al terminar de leer, y después de grabar en su memoria las direcciones que le interesaban, devolvió la lista. Iba a salir cuando aquél le preguntó de nuevo:

—¿Quiere que le acompañen?

—¡No! Nada de compañía. Estoy acostumbrado a manejarme solo…, aunque la presente ocasión parezca demostrar lo contrario de lo que digo.

Salió, seguido del agente con uniforme, y al llegar al saloncito donde se desarrolló el baile, paseó por él la vista. Los invitados se habían retirado todos y el reducido estrado donde estuvo la música se veía igualmente libre de instrumentos y ejecutantes. Algunos criados se cruzaron con él y parecían encontrarse asustados aún. Uno de ellos se encargó de devolverle el sombrero, que era el único que se hallaba en el guardarropa. Siempre seguido por el agente, salió a la calle, donde aguardaba un coche de la policía. Los agudos ojos del conductor y del hombre que se sentaba con él al volante se fijaron un segundo en su persona, pero ninguno de ellos trató de obstaculizar su camino, gracias al gesto que les hizo el agente que le seguía los pasos. Despidióse de éste con un leve movimiento de cabeza y echó a andar. Miró en su reloj. Al ver la hora, hizo un gesto de fastidio y se aproximó al bordillo de la acera. Desde éste mandó parar un taxi que pasó cerca, introduciéndose en él. Al tiempo que se acomodaba en el asiento, procuró coordinar las ideas que le asaltaban. Ante todo necesitaba saber dónde se dirigiría primero. Decidióse por visitar a la rubia. Creyó preciso ponerse en contacto con ella cuanto antes, si no quería darlo todo por perdido. Ordenó al chófer que se pusieran en marcha, al tiempo que le daba la dirección a que debía conducirle. Zumbó el motor y el taxi rodó por el asfalto. Dave, sacando un paquete de cigarrillos, prendió fuego a uno de ellos y entornó los párpados, al tiempo que reclinaba

la cabeza sobre el almohadillado del coche. Al hacerlo, sintió dolor en la parte que recibió el golpe y se echó hacia adelante. Fumó con furia durante unos minutos, mientras se reconvenía interiormente. ¡Cómo se estarían riendo de él! Apretó los dientes con fuerza y crispó los puños. Verdaderamente, su debut en la misión que le encomendaron no había podido ser más desdichado. Se abstrajo de tal forma en sus pensamientos, que fue necesario que el chófer se volviera a él indicándole que habían llegado para que se diera cuenta de ello. Salió del taxi, dejando en las manos del conductor unas monedas. Minutos más tarde oprimía el botón del timbre del piso de Anni, esperando que le abrieran. No tardaron en hacerlo. La puerta se entreabrió unas pulgadas y oyó la exclamación de sorpresa que prorrumpió la rubia. Dave sonrió, al tiempo que la puerta se abría de par en par y Anni aparecía en ella, mirando al joven con asombrados ojos.

—¡Dave!

Éste se la quedó mirando un segundo. La rubia, envuelta en una bata de seda color fuego, que dejaba al descubierto parte del pecho y de los hombros, mostrando igualmente la maravilla de unas piernas esculturales, apareció ante él. El joven silbó prolongadamente, al tiempo que la contemplaba.

—¡Hola, nena! ¿No me esperabas, verdad?

Las cejas de Anni se arquearon un segundo y le miró entornando los ojos.

—No, no te esperaba. ¿Cómo has sabido…?

—Supongo que no pretenderás que he venido a verte para que me tengas en la escalera. ¿Paso?

Ella le hizo un mohín encantador, apartándose para que pudiera entrar. Siguióla por un estrecho pasillo, hasta llegar a una coquetona salita, donde se detuvo. Ella le indicó una butaca, a la vez que le quitaba el sombrero, que dejó sobre una silla.

—Ponte cómodo, Dave; estás en tu casa.

—Gracias, nena.

La volvió a mirar. La rubia le sonrió y le indicó de nuevo que se sentara. Hízolo así Dave y entornó los ojos, mientras hacía un minucioso examen del pisito. Los muebles eran caros. Demasiado caros para que pudiera costeárselos la secretaria de un hombre de negocios. ¡Un hombre de negocios! Demasiados negocios debían de

ser los que se llevaba entre manos Wesley. Al pensar en él se le crisparon las mandíbulas. Un ligero ruido le hizo abrir los párpados y volver la cabeza. Le había parecido que alguien andaba a sus espaldas. Anni, en tanto, se había aproximado a un pequeño mueble-bar y preparaba unas bebidas. Se acercó con dos copas donde se encontraba el joven, ofreciéndole una de ellas. Luego fue a tomar asiento en una butaca próxima, cruzándose de piernas sin hacer caso de las miradas que le dirigía Dave.

—¡Bueno!…

—Oye, guapa: ¿Quieres contarme lo ocurrido?

La rubia pareció sorprenderse por la pregunta.

—No sé lo que quieres decirme, Dave.

—¿De verdad, monada? Veo que tienes mala memoria. ¿Quién mató a Masterson?

Anni dejó la copa que iba a llevarse a los labios y murmuró, en un susurro:

—No me lo recuerdes. ¡Cada vez que pienso que la pistola estaba cargada!

—Ya. Lo que no me explico es que tú no lo supieras.

—¿Cómo iba a saberlo?

Dave vació su copa y achicó los ojos. La depositó cuidadosamente sobre una mesita y se volvió a Anni.

—Escucha, preciosa; me tiene sin cuidado el «cómo», lo que sí afirmo es que tú andas en el ajo de todo y que ha faltado un pelo para que me cargaran la faenita.

—¿La faenita? ¿Qué quieres decir?

—Digo que el que cargó la pistola sabía de antemano que tú ibas a cogerla.

—¿No irás a pensar…?

—No, guapa; tengo la buena costumbre de no pensar nunca, y eso me ha dado siempre excelentes resultados.

La rubia se levantó del asiento, aproximándose a Dave. Pasó una de sus torneadas piernas por el brazo de la butaca y se inclinó sobre él. Sus pupilas brillaban y le contemplaba fija. Rodeó con su brazo el cuello del joven, tomándole la barbilla, al tiempo que aproximaba su boca a la de éste. Le soltó de pronto, sin llegarle a besar:

—¿No querrás que te manche de carmín, verdad, Dave?

Entornó los párpados, mirándole por entre las pestañas. Preguntó:

—¿Hace mucho que conoces a Susie?

—¿Por qué lo dices?

—Por aquel beso. Parecía que era la primera vez que lo hacías.

—Temperamento, nena; yo, cuando doy algo, lo doy de veras, y no suelo ser mezquino.

—¿Nunca?

—Nunca.

—Tampoco yo. No tardarás en convencerte de ello.

—¡Ya, ya me di cuenta cuando bailabas con Masterson! Faltó poco para que el pobre muriera de una congestión.

Anni hizo un gesto de desagrado.

—No me hables de él. Cada vez que pienso en la forma cómo encontró la muerte, me horrorizo. Aun me da vueltas la cabeza.

—Lo creo; no te va ser nada fácil conservarla.

—Sobre todo estando contigo.

—¡Bah! Las chicas como tú no se enamoran del primero que llega. Tienen por corazón una máquina calculadora.

—¿Me insultas?

—¡Quía! Me atengo a los hechos. ¿Qué pretendías de Masterson, para enloquecerle como lo hiciste?

—Te lo diré luego. —Se acurrucó junto a él, apoyando la cabeza en su hombro. Le lanzó una mirada arrebatadora y le ofreció los labios.

—¿Sabes que me gustas, Dave?

—Oye, rica: déjate de pamplinas y al grano: ¿Qué era Masterson para ti?

—Nada. Te lo juro.

—Mi tía me decía que no me fiara de los juramentos. Recuerdo una vez…

—¿Es que no vas a hablarme más que de tu tía, Dave?

—Es lo único que se me ocurre cuando me doy cuenta de que quieren tomarme el pelo. Contesta a mi pregunta, guapa: ¿Qué era Masterson para ti?

La rubia palideció y entornó los ojos. Repuso:

—No tengo por qué ocultarte la verdad: «él» no era más que un amigo.

—¿Y Wesley?

Anni abrió los ojos y frunció las cejas.

—¿No te parece que preguntas demasiado?

—¡Qué quieres, nena! Me gusta enterarme del terreno que piso, por si doy un resbalón. No me ha agradado nunca meterme en cercado ajeno.

Ella volvió a sonreír.

—Siendo así, no tienes por qué preocuparte. Wesley es otra cosa.

—¿Puedo saber cuál?

—Mi jefe. ¿Te basta con eso?

—Por el momento, sí, aunque ya lo sabía.

—¿Te lo dijo Susie?

—¡Qué imaginación más portentosa tienes, monada! ¿Adivinaste algo más?

Plegó ella los labios.

—Sí; que tu tía no llegó nunca a conocer el verdadero carácter de su sobrino.

—¿Y tú?

—Me estoy esforzando por conseguirlo, y creo que lo lograré.

En aquel momento volvió a repetirse el ruido, y Dave fingió indiferencia y permaneció quieto, pero su mano cayó sobre el bolsillo de la chaqueta buscando la pistola. Al darse cuenta de que no la tenía, se volvió con rapidez y Anni, que lo observó, hizo lo mismo, lanzando una carcajada. Un precioso gatito persa había hecho su aparición y les miraba desde el recodo del pasillo. Abandono la rubia la butaca, aproximándose a el, y le acaricio durante unos segundos, mientras el joven sacaba un cigarrillo, prendiéndole fuego. De pronto Anni se lo arrebato de la boca y se le quedó mirando provocativa.

—¿No has venido nada más que a esto, Dave?

El se levantó de la butaca. La rubia, con el cigarrillo entre los dedos y la cabeza echada hacia atrás expelía el humo lentamente con los labios entreabiertos. Se acerco a ella. Anni le rodeó el cuello con los brazos y le ofreció la boca para que se la besara. Dave la cogió por la cintura.

—Sí; he venido a otra cosa y quiero que tú me la digas: ¿Quién fue el tipo que me atizó?

Las pupilas de la rubia centellearon y los brazos se le pusieron

tensos.

—Veo que me he equivocado. Me figure que venías porque querías estar conmigo.

—¡Vamos, nena! Terminemos de una vez: ¿Quien me golpeó en la nuca?

Los párpados de Anni se entornaron y una acerada luz asomó a sus ojos.

—Será mejor que te marches, Dave; tengo sueño.

Quiso apartarse de él, pero el joven la sujetó firme.

—Aun estás a tiempo, monada. ¿Vas a decírmelo?

Un ligero roce tras él le obligó a volver la cabeza, al tiempo que un objeto duro y cilíndrico se le incrustaba en el costado. Paul y Eric se hallaban a sus espaldas, y el primero de ellos le encañonaba con su pistola.

—Será mejor que no se mueva, amigo; podría dispararseme.

Dave achicó los ojos y se separó de la rubia. Lentamente se volvió a los dos hombres. En sus labios había aparecido la sonrisa de costumbre y los músculos los tenía a punto de saltar. Eric le contemplaba con una mezcla de interés y aburrimiento. El joven clavó la vista en el fondo y repuso, sin mirar a Paul a la cara:

—¡Vaya, por lo que veo nos vamos a reunir aquí todos los invitados! ¿Han venido los tres juntos o…?

Paul y Eric desviaron la mirada un segundo, y cuando quisieron darse cuenta del engaño, era tarde. La mano izquierda de Dave Jory se apoderó de la muñeca de Paul, retorciéndosela, al tiempo que su derecha golpeaba como si fuera un martillo la mandíbula de aquél. Antes de que Eric hubiera sacado la pistola que llevaba oculta, ya Dave se había hecho con la que Paul había dejado caer al suelo y les encañonaba a los dos con ella. Anni, pasado el momento de la fugaz lucha, se había echado atrás, recostándose indolentemente contra el respaldo de una butaca y se llevaba el cigarrillo a los labios mientras contemplaba al joven con un centelleo en las pupilas, que en vano amortiguaba entornando los párpados. Parecía divertida y asombrada a un tiempo.

Dave no la perdía de vista, ni tampoco a los dos hombres. Eric continuaba en la posición del que aguarda el momento oportuno para caer sobre su rival, y Paul se incorporaba en aquel instante, frotándose el mentón y abriendo y cerrando los ojos, como si

dudara de lo que estaba viendo. El joven inició un movimiento de retroceso, sin perder de vista a sus enemigos, y volvió a sonreír. Indicó con un gesto a Eric que se volviese de espaldas, y cuando éste lo hizo, se aproximó a él zigzagueando y le quitó el arma que aquél llevaba en el bolsillo. Con ella entre las manos retrocedió de nuevo. Una simple ojeada le bastó para darse cuenta de que ninguna de las dos pistolas de que se había apoderado era la suya y ello le hizo torcer la boca con un gesto de desagrado. Tomo asiento en el brazo de la butaca donde antes estuvo, mientras Paul se ponía de pie y Eric recobraba su posición normal dándole la cara.

—¡Bueno! ¿Quieren decirme ahora qué significa esto?

Al ver que los dos hombres permanecían callados, se dirigió a la rubia.

—¿No me dices nada, preciosa? Parece que tus amistades no necesitan como yo llamar al timbre para que les abran. Razón tenía mi tía cuando me dijo lo que me dijo: «Una chica guapa es como el escaparate de una tienda de lujo; los bobos lo contemplan desde el exterior; los listos se meten dentro y lo manipulan a su antojo».

Jugueteó un segundo con la pistola. Lentamente se incorporó, acercándose a Paul con la sonrisa en los labios.

—Supongo que no habrás venido para verme, ¿verdad? Tiempo tuviste de hacerlo en casa de Masterson, y hasta creo recordar que tanto tú como ese cara de palo que vino contigo no andabais muy lejos cuando se apagaron las luces y me enviaron al país de los sueños. ¿Puedo saber cómo te llamas, mico? Hasta la fecha, que yo sepa, no nos han presentado, y eso me disgusta. Como me dijo mi tía en una ocasión, lo primero es conocer a las gentes, tiempo tendrán ellas de llegarte a conocer, si es que les interesas.

Paul rechinó los dientes, pero permaneció mudo. Dave se echó hacia atrás, sin dejar de sonreír, y de pronto le cruzó la cara con un revés de la zurda.

—¿Vas a contestar, mono? Te advierto que la paciencia no es mi fuerte y se me va la mano con frecuencia. ¿Cómo te llamas?

—Paul.

—¡Vamos! Con que Paul, ¿eh? ¿Y para decir eso has tardado tanto?… Se ve que no aprecias tu físico. —Clavó la mirada en Eric. —¿Y tú? ¿Quieres decirme cómo te llamas?

El interrogado cambió una mirada con Anni y sus labios se

distendieron con el simulacro de una sonrisa.

Repuso suave:

—Eric Schwartz.

—¡Hum! Austríaco, ¿no? Bien, ahora me toca a mí. Me llamo Dave Jory. —Se volvió a la rubia un segundo, al tiempo que jugueteaba con la pistola sin dejar de apuntar con ella a los dos hombres. —Oye, guapa: ¿Podrías tú decirme a qué han venido aquí estos amigos tuyos?

Anni enseño los dientes y echó la cabeza atrás, mientras se llevaba el cigarrillo a la boca.

—¿Qué te hace suponer que son amigos míos, Dave?

—¡Pchs! ¡Qué sé yo! Por lo menos a uno de ellos vi cómo te sacaba a bailar en casa de Masterson y no creo que lo hiciera de no conocerte. ¿Acierto?

—Creo que sí.

—Entonces, dime: ¿Qué han venido a hacer aquí este par de pichones?

—¿Por qué no se lo preguntas a ellos, Dave?

—Tienes razón, nena. ¡Vamos! Ya lo habéis oído: ¿Quién de vosotros va a ser el primero en contárnoslo?

Eric volvió a sonreír de la misma forma desagradable que la anterior vez.

—No hay mucho que contar —dijo, como si recitase una lección —. Le vimos cuando entraba en casa de Anni y supusimos, tanto Paul como yo, que no le traería nada bueno. Cuando le dejamos en casa de Masterson, éste no presentaba muy buen aspecto de salud y, en cuanto a usted…, parecía encontrarse muy a gusto a su lado.

—Ya. De modo que me visteis cuando entraba, ¿eh? No está mal del todo. Y…, ¿cómo abristeis la puerta? Porque me parece recordar que Anni la cerró a mis espaldas.

—En eso se engaña, amigo: la puerta estaba abierta.

—¡Hola! ¿Tú qué dices a eso, guapa?

—Es verdad, Dave; no la quise cerrar por si pensabas irte.

—¿Precavida, no? Cada vez me vas gustando más, y ahora siento que haya tanta gente y no pueda decirte lo que se me ocurre.

Se dirigió de espaldas hacia el pasillo, recogiendo de paso su sombrero. Se lo encasquetó, sin dejar de sonreír, y sacando la pistola que quitó a Eric, la dejó sobre una mesita.

—Bueno, tengo mucho que hacer y espero que no tardaremos en encontrarnos. La próxima vez procuren anunciarse antes.

Continúo retrocediendo de espaldas, y ya iba a salir, cuando sonó el timbre telefónico. Paul y Eric hicieron ademán de abalanzarse a él, pero Dave se lo impidió con el gesto. Dando unos pasos hacia el interior de la salita, cogió el receptor. Lo iba a descolgar, cuando una voz detrás de él impidió que lo hiciera.

—Procure no moverse y suelte la pistola. Hágame caso, Dave, no quisiera matarle por la espalda.

El joven quedó con una mano en el receptor telefónico y con la otra empuñando el arma. Apretó las mandíbulas y enseñó los dientes con una sonrisa que fue correspondida por Anni, quien continuaba mirándole por entre las pestañas, reclinada en la butaca sin dejar de fumar. Transcurrieron unos segundos en silencio. Paul y Eric no se atrevían a dar un paso por temor a que Dave hiciera fuego sobre ellos, y éste parecía dispuesto a hacer alguna de las suyas. De nuevo volvió a oírse la misma voz:

—¿No me ha oído, Dave? Suelte la pistola.

El timbre telefónico sonó por segunda vez y la rubia abandonó el respaldo de la butaca y se aproximó al joven.

—¿Me permites, querido? Seguramente esa llamada será para mí.

Dave quitó la mano del auricular, dejando que ella lo cogiera. Luego soltó la pistola, tirándola al suelo, al tiempo que se volvía.

—El cazador cazado, ¿no, Wesley? Razón tenía yo antes cuando dije que terminaríamos por juntarnos todos.

El aludido avanzó hacia él sin soltar la automática. Dave se fijó en ella y sonrió de nuevo al ver que tampoco era la suya. Paul había dado unos pasos hacia adelante para apoderarse del arma que el joven dejó caer y Eric igualmente recogió su pistola de sobre la mesita. La mirada que cruzaron los tres hombres no pasó inadvertida a Dave. Éste, haciendo caso omiso del hombre que le apuntaba, había vuelto a dejarse caer en la butaca donde estuvo anteriormente y parecía interesado en la conversación telefónica que mantenía Anni. Cuando ésta terminó de hablar, Wesley cambió con ella una mirada y adelantó unos pasos. Hizo una seña a Paul y éste se aproximó a Dave con las cejas fruncidas.

—Póngase de pie.

El joven hizo lo que te decían y Paul se le aproximó por detrás, registrándole concienzudamente, pero no lo suficiente cómo para dar con el cuchillo que llevaba oculto entre el forro de la chaqueta.

—Vuélvase ahora.

Dio la vuelta, y Paul le miró fijo. De pronto la mano de éste salió disparada y Dave apenas si tuvo tiempo para ladear la cabeza y evitar el golpe. Antes de que Paul hubiera recobrado el equilibrio, la derecha del joven le alcanzó de lleno en la boca, lanzándole hacia atrás. Wesley contuvo a Eric en el momento que éste se disponía a apretar el gatillo.

—¡Quieto! —Se volvió a Dave—. Siéntese joven; tenemos que hablar usted y yo.

La rubia había vuelto a sonreír al ver salir despedido a Paul. Comentó, dirigiéndose a éste:

—Parece que la ha tomado Dave contigo.

Paul lanzó un reniego y Eric desfloró una sonrisita. Wesley se dirigió hacia la butaca situada frente al joven, tomando asiento en ella.

—Bien, de usted depende el que salga vivo de esta casa, Dave; no soy amigo de la violencia y, por lo tanto, no quisiera emplearla con usted si no me obliga a ello. ¿Quiere decirme a qué ha venido?

—No tengo inconveniente, Wesley; alguien trató de jugarme una mala pasada y ha estado a punto de salirse con la suya. Vine exclusivamente a preguntar a Anni quién había sido el tipo que me golpeó cuando se apagaron las luces en casa de Masterson.

—¿Por qué lo tenía que saber ella?

—Me pareció que era la única persona apropiada para el caso. Aquel jueguecito con la pistola de dos cañones no me gustó mucho, y si Masterson hubiera sido más prudente, no le habría ocurrido lo que le ocurrió. De todas formas, lo que no tolero es que quieran hacerme bailar cuando no tengo ganas. La pistola estaba cargada cuando la cogió Anni y el tipo que la cargó sabía de sobra que ella iba a hacerlo.

—¿Qué le induce a pensar así? La pistola podía estar cargada desde tiempo atrás y la bala que mató a Masterson pudo matar a Anni.

—Desde luego. La diferencia está en que la persona que cargó la pistola no podía prever que otra se aprovecharía de ello en la forma

que lo hizo.

—No le entiendo, Dave. ¿Quiere explicarse con más claridad?

—Veré si lo consigo. Recordarán que cuando Masterson se llevó la pistola a la sien, iba a acercarme a él para quitársela y entonces se apagaron las luces, al tiempo que sonaba un tiro, ¿no?

—Continúe.

—Quise abrirme paso hasta llegar a él, dispuesto a prestarle ayuda, y cuando creí que iba a conseguirlo, un tipo se alzó del suelo echándoseme encima. Recibí un golpe en la nuca, y cuando abrí los ojos, fue para encontrarme delante de un agente de la policía. Todos ustedes habían salido y solamente vi el cuerpo de Masterson con un agujero en la sien derecha. ¿Qué le parece el programita?

Wesley le contempló, animándole con la mirada a que prosiguiera.

—Bueno, pues…, cuando pregunté al agente si Masterson se había suicidado, me dijo que no, que la bala que seguramente tendría éste en la cabeza no era la de la pistola de dos cañones, sino de una «Schmeisser» que encontraron en mi bolsillo.

Wesley y Paul se miraron y la rubia clavó en él los ojos. Durante unos segundos permanecieron en silencio, que rompió Wesley para decir:

—Termine, por favor.

—Ya falta poco. Me costó trabajo convencer al agente que yo no iba a haber sido tan imbécil como para matar a Masterson, aprovechando la oportunidad del apagón y de que él se llevaba la pistola a la cabeza. No tuve necesidad de ser muy elocuente para hacerle ver que no pude apagar la luz y matarle al mismo tiempo, y…, además, que no veía la razón para que yo mismo me golpeara luego y, antes de perder el sentido, volviera a meterme la automática en el bolsillo, donde la encontraron, para que me cazara bonitamente la policía. Por otra parte, les dije algo respecto a mis huellas, y pudieron comprobar fácilmente que las que había en la pistola no me pertenecían en absoluto. Así, pues, me dejaron marchar, no sin tomar nota de mi domicilio, y apenas salí de allí, me dije que era llegado el momento de poner las cosas en claro y saber quién era el tipo que me golpeó y por qué motivo quiso cargarme el mochuelo.

Transcurrieron unos minutos, durante los cuales, tanto Wesley

como Paul, Eric y Anni se consultaron con la mirada. Finalmente, el primero, después de jugar unos segundos con la pistola que tenía en la mano, se guardó ésta en el bolsillo.

—Escuche, Dave: reconozco que tuvo usted motivos suficientes para venir a esta casa creyendo que Anni podría decirle lo que usted quería saber. No obstante, espero que se habrá convencido de que tanto ella como cualquiera de nosotros ignoramos lo sucedido y puedo asegurarle que la mayor sorpresa de la noche nos la llevamos nosotros cuando, al darse la luz de nuevo, le vimos al lado de Masterson. Lo que no me termino de explicar —dijo al cabo de unos instantes— es el por qué mataron a éste de aquella manera.

Dave entornó los ojos y pareció quedar pensativo durante cierto tiempo. La ansiedad con que le miraron estuvo a punto de hacerle sonreír. Ello le hizo aventurarse un poco más, y replicó, mirando directamente a los ojos de Wesley:

—Supongo que por robarle. El agente que me interrogó parecía que estaba seguro de que el asesinato debió cometerse con ese fin y se afianzó aun más en sus suposiciones cuando recibió el cablegrama.

—¿Qué cablegrama?

—Uno que enviaron a nombre del difunto y que él abrió en mi presencia.

—¿Pudo enterarse de su contenido?

—Pues…, me pareció oír algo de un geólogo muerto; y, como Susie me habló anteriormente de que Masterson estaba en una compañía petrolífera…, no creo desacertado suponer que la muerte esté relacionada con algo del petróleo. Por lo menos, el agente eso dijo a los suyos cuando yo salía, y me sospecho que iba a fisgar entre los papeles del difunto, por si faltaba alguno de ellos. Por cierto que, antes de dejarme marchar, me registraron de lo lindo; por eso me estuvo tan quietecito cuando Paul lo hacía conmigo por segunda vez.

Al terminar de hablar se llevó un cigarrillo a la boca, y mientras le prendía fuego, observó por el rabillo del ojo a sus oyentes. Exhaló unas cuantas bocanadas de humo y se repantingó en la butaca. La rubia se aproximó a él quitándole el cigarrillo, que se llevó a los labios. Dave la dedicó la mejor de sus sonrisas y sacó un nuevo cigarrillo, que encendió en la lumbre que ella le ofrecía,

manteniendo el pitillo que le quitó en la boca. Wesley había quedado en actitud pensativa y al joven le pareció que le brillaban los ojos de una forma siniestra. Paul y Eric estaban pendientes de él y Anni les contemplaba a todos con los párpados entornados. Al fin, Wesley alzó la vista para contemplar a Dave.

—Verdaderamente es extraño cuánto nos ha dicho y creo como usted que los asesinos o el asesino de Masterson le mató por apoderarse de algo que éste tenía. —Miró fijamente a Dave y prosiguió, diciendo: —Ahora me toca a mí darle explicaciones. Si mandé a Paul que le registrara no fue por otra cosa que por convencerme de que no llevaba otra arma oculta. Comprenderá que después de lo sucedido esta noche se había hecho usted sospechoso, y más aún, al verle llegar a esta casa en el momento en que nos retirábamos los tres en mi automóvil después de dejar a Anni. Le vimos apearse del taxi que le trajo, y Paul y Eric decidieron subir tras usted para enterarse de los propósitos que le guiaban al venir a tales horas. Yo quedé esperándoles, pero pudo más en mí la curiosidad y les seguí a poco, viendo que tardaban. El resto no es preciso que se lo cuente.

Dave Jory lanzó un suspiro y consultó la hora en su reloj. Luego se alzó de la butaca sonriendo.

—Acepto sus excusas, Wesley. Ya es tarde, y creo que lo mejor que puede hacer un hombre que se encuentra en mi caso es irse a descansar. Quizá mañana tenga tiempo para pensar detenidamente en lo ocurrido y, repasando los hechos, de con alguno que haga más luz en mi cerebro sobre quién pudo ser el que me golpeó y por qué causa. Aunque tarde, he de dar con él, cueste lo que cueste.

—¿Sospecha de alguno de los invitados, Dave? Quizá pudiera ayudarle en sus pesquisas si…

El joven volvió a sonreír, al tiempo que se dirigía hacia el pasillo.

—Tengo una pista para encontrar al asesino de Masterson; pero, como decía mi tía muchas veces, «es preferible callar, pudiendo abrir la boca, antes de que se la cierren a uno impidiéndole que lo haga cuando tenga necesidad de ello». Y…, ¡como mi tía sabía bastante sobre el asunto!…

Sin abandonar la sonrisa, llegó al pasillo seguido por la rubia. Se volvió para añadir:

—Buenas noches a todos. Celebraré que nos volvamos a ver en mejores circunstancias.

Echó a andar. Anni se apoyó en su brazo, descargando en éste el peso de su cuerpo. Al llegar a la puerta la abrió para que el joven pudiera salir y, al detenerse él para despedirse, le hizo dar media vuelta. Sus brazos se enroscaron al cuello de Dave ciñéndose a éste, al tiempo que le besaba en los labios como si la vida le fuera en ello. Cuando se apartó, el joven lanzó un suspiro y se la quedó mirando.

—¿Sabes, guapa? Recuerdo de una chica que me besó de una forma parecida a como tú lo has hecho y…, ¿a que no puedes figurarte lo que ocurrió después?

—No. ¿Qué fue ello?

—Que me lié a tortazos con todos los tipos que había cerca hasta que me quedé solo con ella en el baile.

Sonrió deliciosamente la rubia.

—Eres un sueño, Dave. ¿Te veré mañana?

El joven volvió a suspirar, al tiempo que comenzaba a bajar los escalones.

—Ignoro lo que me habría aconsejado mi tía si hubiera sabido que una monada como tú iba a hacerme semejante pregunta. Se murió la pobrecita antes.

Suspiró de nuevo más fuerte y dedicó una sonrisa prometedora a Anni, quien le tiró un beso antes de verle desaparecer por un recodo de la escalera. Cuando Dave llegó a la calle abrió bien los ojos antes de decidirse a avanzar. El coche de Wesley estaba parado no lejos de allí y le pareció observar que Digby, el chófer, clavaba en él la vista. Permaneció durante unos segundos parado en mitad de la acera, fumando tranquilamente, como si no se hubiera dado cuenta de la observación a que era sometido, y cuando creyó que había pasado tiempo más que suficiente para que aquél le hubiera reconocido por completo, inició la marcha. Apenas lo hizo, Wesley, Paul y Eric salieron de la casa, dirigiéndose apresuradamente hacia el automóvil. El joven, con el cigarrillo entre los labios y las cejas fruncidas, continuó durante unos minutos la marcha, dándole vueltas y vueltas a las ideas que se aglutinaban en su cerebro. Por muy buen actor que fuera Wesley, no le creía capaz de fingir hasta el extremo que era necesario hacerlo para dar a su rostro la

expresión que leyó en él cuando le puso en conocimiento de que Masterson había sido asesinado de distinta manera a como supusieron en principio. Relacionando la conversación que oyó en el despacho del difunto cuando éste y Wesley discutían sobre la importancia y compra de los títulos de propiedad que pertenecieron a Ernst Stein, y considerando la amenaza encubierta que Wesley dirigió a Masterson, no le fue difícil a Dave llegar a la hipótesis de que la escena desarrollada en el museo había sido preparada cuidadosamente en todos sus detalles. Recordó la salida del saloncito donde se bailaba segundos después que lo hicieron Masterson y Wesley, de Paul y Eric, y se dijo que uno de ellos, o quizá los dos, se introducirían en el museo para poner la bala en la pistola de dos cañones que, de una forma al parecer ingenua y divertida, tomaría más tarde la rubia entre sus manos para representar el papel que todos habían visto, sin sospechar la tragedia que encerraba. Entornó los ojos y se detuvo junto al bordillo, haciendo señas a un taxi que pasó por su lado. Al tiempo que abría la portezuela, sonrió. La cosa se le aparecía clara del todo. Paul debió ser el que cargó el arma, sin duda. De ahí que sacara a bailar a Anni poco después que Wesley y Masterson volvieron al salón, obedeciendo a alguna indicación del primero. Tenía necesidad de decir a la rubia dónde se encontraba el arma que habían destinado para que se cometiera el crimen, que en apariencia figuraría, a los ojos de los invitados, como un accidente casual, ya que los esfuerzos de Wesley por apoderarse de los títulos citados dentro de las normas comerciales corrientes, habían fracasado de una forma ruidosa. Sin haberlo visto, estaba por asegurar que la bala fue introducida en el cañón izquierdo, con el fin de dejar que la rubia pudiera apretar el gatillo derecho del arma sin el menor obstáculo y, por lo tanto, con el mínimo riesgo posible. Después…, si Masterson caía en la celada, ¡qué fácil le habría resultado a Wesley quitarle los títulos sin que nadie se diera cuenta con la confusión que se produciría en los primeros momentos!…

Cerró la portezuela con fuerza, acomodándose en el asiento del auto. Éste rodó unas yardas, antes de que Dave dijera al chófer dónde quería ir. De pronto el joven se quitó el cigarrillo de los labios y se dio una palmada en la frente. ¿Y el apagón? ¿Cómo relacionar el apagón de la luz con todo aquel cúmulo de cosas bien

ordenadas? Además… ¿Por qué emplear una «Schmeisser» cuando se había tenido tanto cuidado en la preparación de la pistola de dos cañones? Y… por último: ¿Por qué le golpearon a él en la nuca y depositaron en su bolsillo el arma? Se llevó de nuevo el cigarrillo a la boca y chupó con fuerza durante unos minutos, mientras se concentraba tratando de encajar las piezas que bailaban ante él sin ajustarse al rompecabezas que procuraba reconstruir. Algo, y este algo le hacía reflexionar profundamente, no marchaba como era debido. ¿No preparó Wesley la escena del museo sin faltar detalle? La ejecución denotaba una meticulosa preparación y un cuidado exquisito: La última tentativa por comprar los títulos de propiedad; la supresión del geólogo para que éste no hablara dando cuenta por escrito a Masterson de que los terrenos tenían el valor que éste había sospechado que tendrían, y que hasta la fecha todo el mundo ignoraba o por lo menos la opinión pública; la bien planeada conquista del director de la «South Oil Company» por Anni, hasta el punto de que aquél perdería la cabeza por hacer lo que la rubia le indicara; el magnífico plan urdido de la visita al museo, habiendo antes enviado a éste a Paul y a Eric para que preparasen el terreno y cargaran la pistola que serviría para el caso… No. Allí había algo que no marchaba bien. Tan maravilloso plan en manos de una actriz como Anni podía considerarse de completo éxito. Lógicamente, Masterson habría apretado el gatillo de la pistola sin sospechar que ésta pudiera estar cargada, y el crimen, tan formidablemente preparado, no habría dejado de ser un «accidente casual» por cuantos espectadores hubo. ¿Por qué, entonces, el apagón de la luz? Dave consideró que el apagón era una laguna en la trama que, artísticamente, no tenía defecto alguno de haberse llevado como indudablemente se tenía en proyecto. ¡Luego…, si el apagón constituía una tara en la trabazón del tejido, quería significar que…!

Volvió a fumar de nuevo rabiosamente mientras entornaba los ojos. Sacudió la cabeza como si quisiera despejarse por completo de las nebulosas que tuviera aun como consecuencia del golpe y barajó uno por uno en la memoria todos los cabos. Ni el apagón ni la «Schmeisser» terminaban de gustarle. ¿Qué necesidad tuvo Wesley de apagar la luz si esperaba que Masterson oprimiera el gatillo de la pistola? ¿Es que no hubiera podido a plena luz apoderarse de los

documentos de aquél haciendo como que corría a auxiliarle cuando le viera caer con la cabeza atravesada? Sí; desde luego, Wesley habría hecho eso y no otra cosa. Entonces… el apagón de la luz y el empleo de la «Schmeisser» habían sido hechos «fuera de programa» y, por lo tanto, por otra persona distinta que, enterada de que Masterson llevaba encima los mencionados títulos, creyó ver la oportunidad de apoderarse de ellos, ya que la ocasión se le presentaba «dibujada» para el caso. Posiblemente sorprendiera, como él, la entrevista de Wesley y Masterson en el despacho de éste, y al ver a la rubia maniobrando con la pistola en el museo y realizar el simulacro de suicidio, se dijo, ignorando que el arma estaba cargada, que le sería fácil disparar la suya en el momento que aquél se la llevara a la frente. Para ello necesitaba de un cómplice. Un cómplice que apagara la luz en el momento oportuno. Luego, él, aprovechándose de la confusión, quitaría a Masterson los papeles y… A Dave le relucieron los ojos al tiempo que aplastaba el cigarrillo en el cenicero del taxi. Ya tenía explicado el porqué le golpearon cuando se aproximaba a Masterson. El criminal, sorprendido en el momento que se inclinaba para robar los documentos, luchó con él golpeándole, y luego, de una forma instintiva, dejó en su bolsillo la automática llevándose la que encontró con el único fin de embrollar más el asunto. Al pensar en quién podría ser el asesino, un nombre acudió a sus labios: Berta. Ésta, o mejor dicho, el hombre que la acompañaba y que al parecer respondía por Joe, tenía por fuerza que haberlo hecho.

Al llegar a esta conclusión, Dave se inclinó en el asiento ordenando al chófer:

—Lléveme al «Imperial». ¡Volando!

El auto se desvió de la ruta que llevaban forzando la velocidad al tiempo que el joven entornaba otra vez los ojos y se sumía en meditaciones. Volvió a repasarlo todo en la memoria: su encuentro con Susie; la llegada a casa de Masterson; la conversación que sorprendió entre éste y Wesley; la escena del museo; su despertar después del golpe delante de la policía; la entrevista con Anni; la llegada de Paul y Eric, y, posteriormente, de Wesley; la… Al llegar a este punto volvió de nuevo a detenerse sin atreverse a seguir. Efectivamente, Wesley demostró sorpresa al saber que Masterson había sido asesinado de una forma distinta a la que él proyectó;

pero…, ¿es que no le importaba la posesión de los títulos de los que se había querido apoderar? A él, principalmente, le tenía que haber sorprendido el apagón de la luz, y estaba seguro de que habría sido de los primeros en acercarse al cadáver de Masterson para registrarle los bolsillos. ¿Cómo era posible, pues, que se mostrara, aparentemente al menos, tan tranquilo? ¿Habría conseguido adueñarse de los papeles? Cuanto más lo pensaba, más difícil le parecía que Wesley hubiera podido dominarse de aquella manera si no tuviera en su poder los títulos de propiedad de las tierras que al parecer tanto le interesaban… o interesaban a su Gobierno. Apretó los párpados con fuerza y se maldijo interiormente. Cada vez le parecía que el asunto tomaba una forma distinta y que se embrollaba más. Estaba seguro de una cosa, mejor dicho, de dos: Wesley había sido el que planeó el asesinato para apoderarse de los documentos que Masterson conservaba en su poder, contando con la complicidad de Anni; y… también estaba seguro de que el tipo que le golpeó a él era el asesino, o sea el que disparó la «Schmeisser». Ahora bien: ¿quién de los dos consiguió apoderarse de los documentos? Porque pudo ocurrir que el criminal, cuando se agachó para registrar a Masterson, encontrara que éste había sido desvalijado; y también que fuera Wesley quién se llevó chasco al hacerlo. Si era así, no podía por menos de reconocer que no había apreciado en su justo valor a este último, y, contra lo pensado anteriormente, tenía un perfecto control de todos sus actos y sus nervios aun en las circunstancias más difíciles.

Durante el trayecto que recorrió el taxi hasta llegar al hotel, Dave miró impaciente en varias ocasiones por la ventanilla ansiando llegar para salir de dudas. Conocía sobradamente a Berta para saber a qué atenerse, y estaba completamente seguro de que tan pronto cambiaran unas palabras se habría enterado de si ella o Joe tenían los documentos.

El auto paró junto a la puerta del
«Imperial'»,
y el joven lo dejó que se marchara. Preguntó al empleado del hotel por el piso que ocupaba Berta, y en el momento que iba a subir se le ocurrió una idea y se metió en la cabina telefónica. Marcó el número del hotel y esperó a que el empleado se pusiera al teléfono.

—Oiga, ¿hotel «Imperial»?

—Sí. Diga.

—Aquí, la Oficina de Aduanas, sección de control. Tenemos en nuestro poder un bulto a nombre de un tal Joe que al parecer se aloja en ese hotel. ¿Quiere decirme si es cierto? Queremos asegurarnos antes de remitírselo.

Esperó durante unos minutos mientras sonreía viendo al empleado hojear los libros de registro. Por último oyó a éste decir:

—En efecto, señor; hay un Joe Matt… —Se embarulló con el apellido —que ocupa las habitaciones del número 118. ¿Algo más, señor?

—Nada. Gracias.

Colgó y volvió a marcar de nuevo. Dijo de pronto:

—El café me…

Le interrumpió una voz sin dejarle acabar.

—¿Dónde diablos se ha metido usted? Desde que salió de casa de Masterson estoy esperando que me telefonee, y…

—Ya me lo figuro, jefe; pero he tenido que hacer algo que no admitía espera. Ha ocurrido algo grave.

—Lo sé; estoy enterado de todo. ¿Qué papeles eran ésos que le robaron a Masterson?

—Títulos de propiedad de unas tierras petrolíferas. Asesinaron también al geólogo que el director de la «South» envió para que las examinase.

—También me he enterado. ¿Qué hay de nuestros amigos y de la rubia?

—Ahí está el lío, jefe; estoy seguro de que ellos fueron quienes planearon la muerte de Masterson; pero hubo un fallo a última hora, y…

—¿Qué quiere decir con que hubo un fallo?

—Que no llegaron a matarle ellos.

—¿Quién fue, entonces?

—No lo sé aún. ¿Se acuerda de Berta, jefe? La última vez que me la encontré fue en Suiza.

Silbaron suavemente a través de la línea.

—¿Está aquí?

—Sí; se hace acompañar por un tipo llamado Joe y se hospedan en el «Imperial». Le estoy hablando a usted desde la cabina telefónica de este hotel, y dentro de cinco minutos voy a tener una

conferencia con ella.

—¿Sospecha que tenga los papeles?

—¡Hum! No sé qué decirle. Por lo pronto creo que hay mucha gente interesada en conseguirlos. Me parece que su valor es cien veces más que el de aquellos planos del invento de Atkins; ¿recuerda?

—Sí. Oiga, Dave: es necesario hacerse con ellos. Si dejamos que nos burlen como la vez anterior, nos exponemos a algo gordo. ¿Qué más sabe?

—¿Respecto al secuestro?… Nada, jefe; apenas si empecé a trabajar cuando me vi envuelto en este jaleo de mil diablos. Más adelante quizás pueda darle detalles sobre el asunto.

—Conforme; ¿necesita algo?

—Suerte. Lo demás se lo pediré cuando llegue el momento.

Volvió a colgar después de que su interlocutor lo hubo hecho. Permaneció durante unos instantes sin saber qué hacer, y de nuevo tornó a marcar en el disco. Esta vez se vio obligado a esperar unos segundos. Finalmente, le contestaron.

—Diga.

—Escuche, monada: me prometió que no se dormiría, ¿verdad?

—¡Dave! ¿Dónde se encuentra?

—En el infierno. ¿Y usted?

—Iba a acostarme.

—¡Qué sangre tiene, nena! Gelatina pura. —Oyó la risa de Susie a través del hilo telefónico. Continuó: —No se ría, preciosa; espere a que yo esté delante para hacerlo y así veré si le favorece. —Lanzó un suspiro, y prosiguió mientras la risa de ella continuaba: —Me temo que sí, que le debe favorecer bastante, y no sé por qué sospecho que se va a tener que reír a menudo conmigo para complacerme. —Cambió de pronto el tono de voz: —Oiga, encanto, ¿quiere decirme lo que ocurrió cuando dieron las luces? Yo no pude darme cuenta, ya que me encontraba muy entretenido durmiendo y no quise abrir los ojos.

La voz de Susie temblaba por la risa cuando replicó:

—¿Cómo se le ocurrió hacerlo en el museo, Dave? Creí que pensaba acompañar a la rubia.

—Lo hice para despistar, guapa; había quedado con ella en que fingiría sueño, y así sería más fácil escurrir el bulto.

—Y… ¿lo consiguió?

—No del todo. La primera parte salió bien: aproveché el apagón para buscar un sitio donde tumbarme; pero antes de hacerlo me golpearon en la nuca y ahora tengo que llevar el sombrero echado hacia atrás para disimular el resultado de la caricia. A juzgar por el tamaño del chichón, creo que he aumentado de peso.

Susie volvió a reír. La interrumpió Dave:

—Bueno; ¿quiere contestar a lo que he preguntado? ¿Qué ocurrió cuando dieron las luces?

—Se lo puede figurar: Masterson estaba en el suelo con un balazo en la cabeza, y usted no se encontraba lejos. Se armó un revuelo espantoso, y cuando quise acudir en su ayuda se me anticiparon los que se encontraban cerca. Alguien llamó a la Policía, y…

—Me imagino el resto. ¿Qué hizo Wesley?

—Nada. Tanto él como Anni y sus amigos parecían asombrados y pesarosos. Fueron los primeros en acercarse al cadáver y a usted, y… los últimos en retirarse al saloncito.

—¿No se desmayó Anni?

—¡Y de qué manera! En mi vida he visto soponcio que durase tanto. Si lo ven en la «Metro», la contratan.

—Y usted, nena, ¿no se desmayó igualmente?

—Si no lo hice no fue por falta de ganas; pero ¡como usted me dijo que no me durmiera!…

—Ya. ¿Salieron juntos?

—Anni y yo, sí; Wesley y los otros…

—¿Qué?

—Lo hicieron aparte. Les vi subir al auto como si tuviera prisa por alejarse y echar detrás de otro que terminaba de arrancar en aquel momento. Luego…

Dave no quiso seguir escuchando. Colgó de golpe el receptor y abrió las puertas de la cabina. Cruzó rápidamente el vestíbulo hasta llegar al ascensor, donde un botones aguardaba, y, metiéndose en él, dio el número de las habitaciones de Berta. Un minuto después se encontraba en el pasillo mirando los números de las habitaciones, por cuya puerta pasaba procurando no hacer mucho ruido al andar. Al volver un recodo del pasillo se detuvo un momento y volvió la cabeza. El botones había cerrado las puertas

del ascensor y éste descendía de nuevo. Entonces retrocedió unos pasos. Había dejado atrás el número 118 y le pareció que no debía continuar adelante sin antes saber si el llamado Joe se encontraba dentro. Acercó el oído a la juntura de la puerta y escuchó durante unos segundos. Dentro no se oía nada. Probó a abrir alzando el picaporte, sin conseguirlo, y entonces, sacando un llavero del bolsillo, probó con una llave de extraña forma manipulando con ella en la cerradura. Sonrió al ver que aquélla giraba sin esfuerzo de ninguna clase, y empujando la puerca con la mano, penetró en las habitaciones sumiéndose en la obscuridad. Cerró la puerta a sus espaldas sin hacer ruido, y permaneció pegado a la delgada hoja de madera sin moverse durante unos segundos que se le hicieron interminables. Luego, con las manos adelantadas para evitar cualquier tropiezo, avanzó unos pasos en el interior aguzando el oído. Nada. El mayor silencio se dejaba sentir. Se llevó una mano al bolsillo superior de la chaqueta cogiendo la estilográfica. La quitó el capuchón en la obscuridad y oprimió lo que figuraba ser la palanca de carga. Un débil rayo de luz taladró las tinieblas, y la linterna, su diminuta «Still», entró en funciones. Con ella en la mano avanzó más de prisa sobre las puntas de los pies, cuidando de hacerlo sin que las tablas del piso crujiesen. Vio una puerta a la izquierda y se aproximó a ella con el mayor cuidado. Antes de abrir, prestó oído de nuevo. El mismo silencio y la misma obscuridad. Levantó el picaporte empujando a la vez, y enfocó el hilo de luz de su linterna proyectándolo hacia adelante y a mediana altura. Las ropas de un lecho destacaron en las sombras. Desvió el haz de luz más hacia arriba y el contorno de un cuerpo surgió a sus ojos. Luego el busto de un hombre, la parte superior de un brazo desnudo, y… de pronto los pelos se le pusieron de punta y emitió un ligero silbido. Aquel hombre no respiraba. Proyectó la luz de la linterna hacia el rostro que se veía en sombras, y la cara lívida, desencajada de Joe, con los ojos turbios y espantosamente abiertos se le ofreció en toda su crudeza. Dio unos pasos hacia él y se inclinó un segundo para mirarle alumbrado por el rayo de luz de la pequeña «Still».

Joe se hallaba de cúbito supino, con las piernas encogidas y los brazos en cruz. Una gran mancha de sangre empapaba las ropas del lecho por su parte izquierda y a la altura del corazón se le veía otra mancha de sangre que iba a unirse con la primera. Junto a él, la

almohada de la cama. Dave volvió a silbar y se retiró un poco. En la alfombra y a sus pies divisó una pistola que reconoció al punto: era su «Mauser». Dio vuelta a la cama para contemplar al muerto desde el otro lado, y no pudo por menos de hacer un gesto de asentimiento al ver la perfección del trabajo que realizaron con Joe. La almohada presentaba en su centro una gran quemadura producida por el disparo, lo que indicaba que habían tirado a través de ella para amortiguar el ruido que causara la detonación. Dando la vuelta a la cama volvió otra vez al sitio de partida. Crispó las mandíbulas y rechinó los dientes. No tuvo necesidad de dirigir la luz de su linterna por el cuarto para saber que había llegado tarde. No obstante, lo hizo y sus deducciones se confirmaron plenamente. Por la disposición de las ropas que pertenecieron al difunto, por el desorden que se veía, por aquel armario abierto de par en par, por la maleta que se encontraba colocada de cualquier forma y abierta también, dedujo que el registro había sido minucioso y perfecto. Los títulos de propiedad que robaron a Masterson no estaban allí. Habían cambiado de dueño, y Dave achicó los ojos al pensar en Wesley. Sin duda de ningún género, éste, o cualquiera de los suyos, había reconocido a Berta o a Joe, o quizá a los dos a la vez, y no le fue difícil relacionar el apagón de la luz con la desaparición de los documentos que creyó encontrar entre las ropas de Masterson cuando acudió a él apenas dieron la luz de nuevo. Echó una última ojeada al macabro dormitorio, y se disponía a salir, cuando oyó un ligero roce a sus espaldas. Apagó la linterna y se pegó a la puerta de entrada dispuesto a entrar en acción. Alguien abrió por la parte de fuera y una mano tanteó en la obscuridad. Las luces se dieron y entonces Dave aprisionó la mano que terminaba de aparecer empuñando una pistola retorciéndosela violentamente al tiempo que tiraba de ella. La automática cayó al suelo haciendo un ruido sordo, a la vez que Berta hacia su aparición en el dormitorio y clavaba los ojos en Dave. Éste la empujó rudamente hacia adentro agachándose para recoger la pistola. Con ella empuñada se incorporó al punto.

—¡Vaya, vaya! —murmuró en voz baja y con tono burlón—. ¿Es así como me recibes, Berta? ¿No habíamos quedado…?

No pudo continuar. Berta, en salto de cama, con las pupilas echando fuego y los trazos de su hermoso rostro desfigurados por la

cólera, le dirigió los más terribles insultos que encontró en su extenso vocabulario producto del dominio de tres lenguas distintas. El hermoso y bien dibujado pecho se agitaba a impulso de la ira y los dedos se le engarabitaban mostrando las esmaltadas uñas que parecían dispuestas a hundirse en la carne del joven al menor descuido. Lanzaba de vez en vez miradas al contorsionado cuerpo de Joe y las volvía luego a Dave como si le quisiera traspasar con ellas. Éste dejó que Berta se fuera apaciguando poco a poco sin perderla de vista y con la automática en la mano y a punto de disparar. Cuando consideró que había pasado la crisis volvió a hablar con voz pausada y en el mismo tono que empleó anteriormente.

—¿Quieres escucharme, amorcito? Comprendo perfectamente lo que estarás pensando, pero te juro que te equivocas esta vez. Yo no lo hice. Demasiado sabes que no soy un santo, pero tampoco un demonio; y solamente un demonio ha sido el que despachó, en la forma que ves, a Joe.

—¡Hijo de perra! ¡Ca…!

—¡Cálmate, Berta! No sabes lo que me disgusta que hables así; ¿es que te has olvidado de aquellas palabras tan bonitas que me dirigías en otros tiempos? Recuerdo que me llamabas niño mío, vida mía, luz de mis ojos…

—¡Farsante! ¡Víbora!

—¡No, no! Eso no me lo llamabas. —La contempló un segundo entornando los párpados como si terminara de verla en aquel instante—. ¿Sabes, ricura? Desde que te dejé no he vuelto a ver unas piernas como las tuyas ni unas caderas tan bien hechas. —Lanzó un suspiro y la miró a los ojos fijamente—. ¡Qué tiempos aquéllos! Entonces tú y yo éramos el uno para el otro; no teníamos secretos, y…

—¡Canalla!

Dave hizo un gesto descorazonador. Chasqueó la lengua y movió la cabeza lentamente. De pronto, al ver que Berta trataba de acercarse, la detuvo con un ademán.

—Escucha, cielito; vuelvo a jurarte que yo no hice esto y puedes estar segura de lo que digo. Vine al hotel por verte, y si me metí en la habitación de Joe fue pensando que pudiera tener él ciertos papeles que robaron esta noche a Masterson. ¿Sabes de quién te

hablo, verdad? Bueno; pues, como te decía, entré aquí dispuesto a cambiar con él unas palabras y me lo encontré más tieso que mi abuela. ¡Lástima de chico! Lo mejor del caso es que más vale que haya muerto así, antes de que la Policía le hubiera cogido por lo de Masterson. ¿Comprendes, monada? Tú y él lo planeasteis, y…

—¡No me metas en eso! No sé nada de lo que dices.

—¿No? ¿Entonces por qué fuisteis al baile? Oye, rica: mi tía me decía que…

—Ignoro dónde quieres ir a parar, Ted, pero te aseguro que esta muerte me la pagas. —Enarcó las cejas y le miró como si le fuera a saltar al cuello. —La próxima vez que te encuentre me cobraré las dos deudas juntas, y cuando acabe contigo, ni esa tía de que hablas a cada momento podría llegar a reconocerte aunque volviera a nacer.

—¿Terminaste ya? Bien. Para que veas que sigo queriéndote, te voy a dar un saludable consejo: lárgate cuanto antes. En la pistola que Joe dejó en mi bolsillo, después de la faenita, están sus huellas y no tardará la Policía en confrontarlas con las de él cuando descubra su cadáver. De ahí a recordar que asistió al baile con una mujer, y que esa mujer eras tú…, no media más distancia que la que hay del suelo al piso de tus zapatos. Con que… debes ir haciéndote a la idea de abandonar estas tierras tan guapas si es que puedes, y olvidarte de que hay petróleo en el mundo.

Se dirigió hacia la puerta sin dejar de apuntar a Berta con la pistola, haciendo a la vez señas para que ella le siguiera. Luego, y cuando vio que la luz se apagaba de nuevo, dijo en un susurro, al tiempo que abría para salir:

—No es preciso que me beses, guapa; ya lo harás otro día.

Salió al pasillo y lo cruzó rápidamente. Segundos después, desde el hueco de la escalera vio cómo ella salía de la habitación de Joe dirigiéndose apresuradamente hacia las suyas, una vez convencida de que el camino estaba libre para ello.

Dave no esperó más. Bajando los escalones sin demostrar excesiva prisa, se dirigió al vestíbulo, y al llegar a éste sonrió al empleado. Iba a salir del hotel, cuando pareció que se le olvidaba algo, y retrocedió de nuevo con una sonrisa encaminándose a la cabina telefónica. Apresuradamente marcó un número. Dio la contraseña y comenzó a hablar precipitadamente.

—Oiga, jefe, la cosa se complica. Al asesino de Masterson acaban de liquidarle, y me figuro quién es el tipo que lo ha hecho. Dé orden de que vengan al hotel «Imperial», habitaciones 118. Sí, 118. Lo han despachado de un tiro con la pistola que le encontraron, y que da la casualidad que era la mía… ¡Exacto! Una «Mauser». Posiblemente no hayan dejado huellas en el arma, y en este caso no se verán más que las mías y las del muerto. Bueno, escuche: que confronten las huellas del difunto con las que encontraron en la «Schmeisser»… Sí; creo que serán las mismas. ¡Ah! Termino de tener unas palabras con Berta, y la he aconsejado que salga cuanto antes de la ciudad… Desde luego, espero que no sea tonta y que me haga caso… Sí, está complicarla en la muerte y en el robo. Pueden detenerla cuando salga del hotel, si no se entretienen… ¡No, no! En la muerte de Masterson… ¿Los papeles?… Volaron como me temía… ¡Ya sé, ya sé! Wesley es mi hombre… Desde luego, jefe, trataré de recuperarlos… ¿Cómo?… No, no tengo sueño; dormí bastante cuando me atizaron el golpe. Pienso darme un paseíto antes de irme a la cama… si es que me dejan.

Colgó el auricular y salió de la cabina telefónica con la misma sonrisa con que entró. Segundos después, una de las hojas de la puerta giratoria de entrada lo lanzaba a la calle con un chirrido lastimero.

CAPÍTULO V

Mandó parar el taxi una manzana de casa antes de llegar a la quinta de Wesley. Se aseguró de que la pistola arrebatada a Berta se encontraba en disposición de funcionar y la examinó un segundo con ojos de experto. Era una «Colt» de calibre 25 de 4,5 pulgadas, chata y minúscula. Al pensar en la sorpresa que esperaba o habría esperado a su legítima poseedora cuando ésta salió del hotel, se imaginó las cosas que habría dicho en los tres idiomas que dominaba como el suyo propio. No pudo por menos de sonreír al pensarlo, y casi lamentó no poder escuchar sus insultos y maldiciones dichos con aquel tono de voz grave de contralto que tan seductor era. Con las manos en los bolsillos y el ala del sombrero echada hacia adelante, caminó como si no tuviera prisa, observando a su alrededor. La calle era tranquila, iluminada a medias por el alumbrado público y, como casi todas las calles de los barrios elegantes en las grandes urbes, un poco solitaria. Eran contados los transeúntes que se cruzaban con él, y allá, en una esquina, bajo el foco de luz de una farola, una pareja de agentes uniformados ejercían la vigilancia. De vez en vez, los haces de luz de los faros delanteros de algún auto, ponían tonos amarillentos en el asfalto de la calzada. Pasó por delante de la quinta de Wesley, observando su estructura y lanzando una mirada a los balcones fronteros. En uno de ellos le pareció ver una franja de luz. Dio vuelta a la finca y se detuvo frente a una puerta de hierro. Le bastó un segundo para convencerse de que no era observado y poco después había franqueado el obstáculo que la puerta representaba, encontrándose en el jardín. En vez de caminar sobre la grava del sendero se metió en un macizo, bordeándolo, hasta acercarse lo suficiente a la construcción agigantada en las sombras. Ladró un perro, y Dave se llevó la mano a la parte de atrás, sacando el cuchillo al tiempo que se ocultaba tras un árbol.

El can repitió sus ladridos, pero el joven comprendió que el animal debía estar atado, ya que los ladridos no se aproximaban. No obstante, esperó unos minutos como medida de precaución, y cuando comprendió que el peligro era menor de lo que sospechó en principio, salió al claro, cruzándolo con rapidez. Los ladridos aumentaron de volumen, y una puerta se abrió no lejos de donde él se encontraba.

Dave se arrimó al muro y la sombra de un hombre se recortó a pocos pasos. Gruñó unos instantes como contestación a los ladridos, y al cabo de ellos dio la vuelta, disponiéndose a entrar. Aquel momento lo aprovechó el joven para saltar sobre él, golpeándole con la culata de la pistola de que se había apoderado en substitución del cuchillo que había vuelto a dejar en el bolsillo secreto de la chaqueta. Cogió al hombre por debajo de las axilas antes de que cayera, y lo arrastró dentro, cerrando la puerta tras los dos.

Sin soltar a su victima, que resultó ser Digby, miró a todos lados. Se hallaba en el garaje de la quinta. Una espaciosa nave de asfaltado piso, que relucía a la luz de una bombilla colocada en el centro. A un ángulo y al fondo, el coche particular de Wesley. Arrastró hasta él al chófer, y dejándolo durante unos minutos en el suelo echó una mirada circular. De la bolsa de una de las portezuelas del baquet tomó un puñado de algodón del que emplean los mecánicos para la limpieza, y con éste y un pañuelo de Digby, lo amordazó a conciencia antes de que despertara. Luego le desposeyó de la pistola de que se hallaba provisto, y quitándole los tirantes le ató las manos atrás, juntamente con los tobillos, una vez que le hubo cruzado las piernas. Lo levantó sin gran esfuerzo, y abriendo la portezuela posterior del auto, lo depositó en el piso del coche.

Digby continuaba sin dar señales de vida, y el joven sonrió pensando la sorpresa que se llevaría aquél cuando, al recobrar el conocimiento, se viera en semejante estado. Descargó la pistola que había quitado al chófer, y dejando ésta dentro de un bote de pintura tiró el cargador a un bidón de gasolina que encontró cerca.

Atravesó la nave hasta alcanzar una puerta que vio al fondo y pegó el oído a ella antes de abrir. Con la «Colt» empuñada, lo hizo sin apresurarse demasiado, pero comprendiendo que era necesario

darse prisa. Wesley o cualquiera de los hombres que estuvieran dentro podrían extrañarse de la ausencia de Digby y ponerse en su busca. Atravesó un pequeño pasillo, al final del cual se alzaban los primeros tramos de una escalera y deslizándose como una sombra más, alumbrado por la diminuta «Still», ganó la primera planta del edificio. El murmullo de varias voces, tras una de las puertas que encontró al paso, le indicó que no debía perder tiempo.

Orientándose como mejor pudo llegó por fin a una habitación ricamente amueblada, y de ésta a otra y luego a otra. Tras una puerta se paró a escuchar, y la acompasada respiración que oyó dentro le indicó que había llegado. Procediendo con más cautela aún se metió dentro, avanzando en la obscuridad. Guiado por la respiración del durmiente se acercó al lecho y al llegar a él le pareció que la respiración se detenía un segundo. Comprendiendo lo que iba a ocurrir, si es que Wesley no estaba dormido, dio un salto hacia adelante, golpeando a ciegas. Tuvo necesidad de repetir el golpe antes de que la persona que medio se había incorporado dejara de luchar. Entonces hizo funcionar de nuevo a su linterna de bolsillo, y al enfocar con su luz al hombre que yacía en el lecho se convenció de que no se había equivocado: era Wesley.

Le amarró como pudo con las ropas que le cubrían y procedió acto seguido a registrarle. Los minutos pasaban sin que los documentos que había ido a buscar aparecieran. Entonces, recordó algo. Cuando pasaba por delante de la finca vi una franja de luz. Volvió los ojos hacia el balcón del dormitorio y enarcó las cejas. Las persianas estaban subidas. Alumbrándose con la «Still», vio una puerta que comunicaba con la habitación aquélla, y la abrió sin pérdida de tiempo. Dirigió el haz de luz de su linterna en distintas direcciones para hacerse idea del lugar donde se encontraba, y no le fue difícil comprender que era un despacho.

Al ver las persianas del balcón totalmente echadas se dijo que allí debían encontrarse los papeles.

Rebuscó durante unos minutos por todas partes, sin lograr encontrar lo que quería. Vació los cajones de la mesa, tanteó y golpeó el tablero para convencerse de que no quedaba hueco alguno fuera de los que aparecían a la vista, y ya iba a dar por perdido el registro y se disponía a marchar con el rabo entre las piernas, maldiciéndose interiormente, cuando fijó los ojos en una pequeña

librería adosada a la pared que se encontraba a la izquierda de la mesa despacho. Un sexto sentido le indicó que allí estaba lo que andaba buscando.

Con los nervios en tensión se acercó a ella, tendiendo la mano para coger uno de los libros. Rechinó los dientes de coraje al ver que el mencionado no ofrecía resistencia alguna al salir del estante. Lo volvió a dejar, maldiciéndose de nuevo, y de una forma inconsciente, elevó la mano para tomar otro. Esta vez los ojos le relucieron en la obscuridad. El libro no salió. Tiró de él, y la pequeña librería se le fue hacia adelante, desprendiéndose de la pared como si fuera la hoja de una disimulada puerta.

En el muro, convenientemente empotrada, una blindada caja de caudales. Crispó las mandíbulas. Tenía necesidad de abrirla fuese como fuese. Retrocedió hasta el dormitorio de que terminaba de salir, volviendo con unas llaves que encontró en el traje de Wesley el cual se agitaba violentamente en el lecho pasada sin duda la inconsciencia provocada por los golpes que le dio. Al pensar en éste y en Digby, se dijo Dave de nuevo que era necesario terminar aquel asunto con rapidez. Se arrodilló junto a la caja, y ya se disponía a tratar de abrirla cuando se le ocurrió una idea. Acercóse al conmutador de la luz y por espacio de unos segundos trabajó en él.

Luego se dirigió al balcón, subiendo la persiana y dejándolo abierto por si lo necesitaba en caso de apuro.

Cuando terminó estas operaciones se arrodilló otra vez al lado de la caja, manipulando en ella. Sus dedos parecían haberse hecho hipersensibles y sus oídos se agudizaron al límite de la naturaleza humana. Gruesas gotas de sudor le corrían por el rostro debido al esfuerzo mental que estaba realizando, mientras el corazón le golpeaba en el pecho con vigorosos latidos. De pronto un clip le golpeó el tímpano, y los nervios se le pusieron a punto de estallar. Tiró de la blindada puerta, y ésta se abrió sin ningún esfuerzo. Afanosamente miró ayudado con la linterna en todos los departamentos de la caja. Sus ojos descubrieron una cartera de piel, y al abrirla vio en ella los títulos de propiedad que ansiaba y un pequeño cuaderno. Dejó la cartera en el sitio donde la encontró, y metiéndose los documentos en el bolsillo, juntamente con el cuaderno, se puso de pie sin cuidarse de cerrar la caja de caudales.

En el momento de hacerlo le pareció oír ruido de pasos que se

aproximaban, y ya iba a lanzarse por el balcón, descartando la idea de salir por donde había entrado, cuando la puerta del dormitorio se abrió, y un coro de maldiciones le atronó los oídos. Apenas si le dio tiempo para abrir el balcón de par en par y ocultarse tras los recogidos cortinones de la puerta de entrada al despacho. Ésta se abrió bruscamente, y alguien manipuló en el conmutador de la luz. Una blasfemia fue el resultado de que la luz no se diera, mientras Dave, pegado a la pared, con los músculos contraídos y la automática preparada para disparar sonreía, no obstante, por el resultado de la estratagema empleada. La voz de Wesley, seca y autoritaria, resonó en sus oídos.

—¡Imbéciles! ¿Qué hacéis ahí, parados? ¡Pronto! Se habrá descolgado por el balcón y a estas horas tratará de ganar la calle. Malditos seáis todos, como se escape por vuestra culpa.

—No es fácil que se escape, jefe —dijo uno—: Digby ha soltado el perro. —En efecto; abajo, en el jardín, sonaban potentes ladridos, y el ruido producido sobre la grava del paseo por unos pies que corrían. La voz del chófer se elevó hasta allí.

—¡Búscale, Wolf! ¡Búscale!

Salieron los hombres de la habitación tan precipitadamente como entraron, mientras Wesley se abalanzaba a la caja para examinar su contenido a la difusa luz que llegaba del dormitorio. Dave le oyó lanzar un juramento y patear la cartera con rabia. Los ojos del joven brillaron en la obscuridad, y apartando el cortinón que le cubría miró por la abertura que quedó libre. Wesley en pijama, y con una pistola en la mano, se había acercado en aquel momento al teléfono, y marcaba en el disco.

Transcurrieron varios segundos antes de que hablara.

—Paul, ¿eres tú? Ha ocurrido algo… Necesito que vengáis tú y Eric. Sí, a mi casa. ¿Qué?… ¿Anni? No; no es preciso. Os espero.

Colgó. Salió como una tromba y Dave lo hizo tras él. Los ladridos continuaban sonando cada vez más cerca, y ello le hizo suponer al joven que el perro había dado con su rastro. Torció a la derecha por un pasillo desviándose del camino que llevaba Wesley, quien se aproximaba a los que le perseguían, y con la mano empuñando la pistola y el oído alerta atravesó varias habitaciones tratando de ganar el ala opuesta del edificio.

De pronto, al abrir una puerta, un bulto se le echo encima. Sin

darle tiempo a que se repusiera le aplicó un formidable derechazo, incrustándole la pistola en la cara. Lanzó aquél un rugido de dolor, y a la vez que Dave desaparecía dando un salto de costado como medida de precaución por el movimiento que vio hacer, una bala zumbaba junto a su oído. Apretó los dientes mientras forzaba la carrera. El tipo que le disparó empleaba silenciador en el arma, y era de esperar que los demás hicieran lo mismo. Por lo visto no querían sembrar la alarma en la calle.

Bajó por una escalera, llegando a la planta interior, y se detuvo un momento para escuchar. El ruido de voces y ladridos sonaba cada vez mas cerca. Oyó a Wesley decir:

—¡Suelta a «Wolf», Digby! El perro dará con él.

Siguió un momento de silencio, interrumpido por el rápido golpear de las patas de «Wolf», el cual, al verse libre, había cesado en los ladridos. Dave apretó los dientes y siguió corriendo. Saltó al jardín. Cerró la puerta que terminaba de franquear para impedir que el perro le siguiera, y, aplastándose junto al quicio, oteo en las sombras. El jardín parecía desierto por aquella parte. Iba a lanzarse a el, cuando oyó unas recias pisadas sobre la grava del piso, y la figura de un hombre surgió a pocos pasos. Pensaba en la forma de librarse de él, cuando oyó a sus espaldas arañar la madera de la puerta y unos sordos gruñidos.

«Wolf» había logrado alcanzarle, y había que proceder sin perder un minuto. Los pasos se acercaban y el hombre que los producía había oído sin duda al perro, ya que se dirigía hacia la puerta precipitadamente. En aquel momento el joven, dando un salto, se le echó encima, golpeándole entre los dos ojos. Sintió como la culata de la pistola penetraba en la carne antes de que el tipo hubiera podido hacer uso del arma que llevaba en la mano, y le vio caer como un tronco golpeándose contra la pared. Salvo de otro salto el claro del paseo, metiéndose en los macizos del jardín, y al amparo de los arbustos corrió de nuevo, alejándose de aquel lugar.

Doblaba un recodo de la finca, cuando llegaron a sus oídos las voces de quienes le perseguían, amortiguadas por el zumbido del motor de un coche y la persistente llamada de un claxon. Diviso una enrejada puerta de hierro que se abría en aquel instante, para dejar entrar por ella a Paul y a Eric, los cuales se apearon de un taxi que terminaba de conducirles y que quedo fuera, y en el momento en

que el joven decidió escalar el muro del jardín al amparo de unos bustos, un bulto se le echó encima.

Dio un salto de costado al tiempo que sacaba el cuchillo, y cuando el bulto volvió al ataque de nuevo se lo clavo profundamente. Cayeron los dos como producto del encontronazo, y Dave, al ver que el perro, herido y todo, se le revolvía dispuesto a hincarle los poderosos dientes, se hizo a un lado en el suelo, repitiendo el golpe con el cuchillo. Esta vez le acertó en el pescuezo y sus dedos se hundieron en la pelambrera del animal, el cual lanzó un aullido ahogado y lastimero, revolcándose entre las matas.

El salvar la tapia del jardín le costó al joven menos tiempo del que se figuró en principio. Permaneció un segundo agachado mirando a su alrededor en la calle hasta convencerse de que se encontraba solo, y entonces se dirigió en derechura hacia el taxi, el cual parecía que se iba a poner en marcha de un momento a otro, a juzgar por el ronroneo del motor. Lo alcanzó en el momento mismo que el chófer se inclinaba para hacer el cambio de velocidades. Abrió la portezuela del coche y se metió dentro, dando al conductor la dirección de su domicilio.

Por la ventanilla posterior miró hacia atrás. La puerta de hierro continuaba cerrada, y tanto Wesley como sus hombres tardarían unos minutos aun en encontrar el cadáver de «Wolf». El auto arrancó despacio. En el momento de hacerlo, una sombra se despego del muro, yendo a colgarse de la trasera del vehículo. Dave entornó los ojos y sonrió, al tiempo que se llevaba un cigarrillo a la boca. ¡Buena se la había jugado a Wesley! Lo que mas le llenaba de contento era la seguridad que tenía de que nadie había podido verle la cara, y, por lo tanto, les iba a resultar un poco difícil averiguar quien fue el tipo que se burló de ellos, robándoles además los documentos que quitaron a Joe en el hotel. Al pensar en éste y en Berta, se dijo que ambos habían encontrado al fin lo que habían estado buscando durante mucho tiempo, y que quizá cuando ella se viera delante del piquete de ejecución no le resultara tan agradable la cosa como se figuró sin duda cuando entro en el país.

Dejó que la cabeza descansara en la almohadilla del coche, y, poniendo una pierna sobre otra, volvió a sonreír de nuevo. La imagen de Susie se le apareció, y se dijo que le gustaría volver a tener a la joven entre sus brazos como en el baile. Al pensar en ella

se imaginó la cara que pondría al ver que había cortado la comunicación bruscamente cuando le telefoneó desde el «Hotel Imperial», y se prometió, cuando llegara a casa, volverla a telefonear de nuevo para excusarse.

Dio unas cuantas chupadas al cigarrillo, y de pronto alzo los párpados. El taxi se detenía aproximándose a la acera. Salió de él, dando una buena propina al chofer, y abrió la puerta de la casa donde tenía alquilado un piso. Minutos después respiraba satisfecho al colgar su sombrero en la percha de entrada a sus habitaciones, y cuando se vio en la que le servía de dormitorio exhaló un profundo suspiro al fijar la vista en el mullido lecho.

Consultó la hora en su reloj, y silbó por lo bajo. Era más tarde de lo que creía. Se aflojó el cuello y se deshizo el nudo de la corbata. Se aproximó a la mesita de noche, donde se veía un viejo despertador y el aparato telefónico, y, sacando los títulos de propiedad y el cuaderno que encontró en la caja de caudales de Wesley, se dejó caer en la cama con gesto de cansancio. Hojeó durante unos segundos el cuaderno, dándose cuenta de la importancia que tenía, y con él y los títulos en la mano se acodó en la mesita de noche.

Permaneció un instante sin decidirse si llamar a su jefe o a Susie, y por fin decidió hacerlo a esta última. Tiempo tendría al día siguiente de presentarse a él. Marcó en el disco y espero unos momentos. Volvió a marcar. Esta vez oyó el ruido que hacia el receptor al ser descolgado a la otra parte de la línea, y la voz de la joven llegó hasta él sobresaltada.

—Diga…

—Soy yo, nena; le llamo para desearle buenas noches. Como no tuve tiempo, antes, de hacerlo…

El acento de Susie revelaba verdadera ansiedad cuando preguntó:

—¿Dónde se encuentra, Dave?

Rió él.

—Acabo de salir del infierno y estoy a punto de entrar en la gloria. No he querido hacerlo antes de ponerme al habla con los angelitos.

Oyó la risa de la joven al otro extremo de la línea.

—¿No se arrepentirá, Dave? Le advierto que hay angelitos que lo

parecen y no son.

—Ya lo sé: mi tía me tenía dicho muchas veces algo por el estilo y hasta me dio la fórmula para que llegara a distinguir a unos de otros.

—¿Sí? ¿Qué le dijo, Dave?

—Pues… que me fijara en ellos cuando los besara. Mi tía me aseguró que si era un ángel el que recibía el beso, parpadearía sorprendido: y si no lo era, entornaría los ojos para prolongar la caricia. ¿Qué le parece?

—No sé qué decirle, Dave; su tía, al parecer, sabía más que yo de esas cosas.

Suspiró él.

—Es verdad; sabía tantas cosas, que no sé cómo haré para aprenderlas. —Dejó transcurrir unos segundos antes de continuar—: ¿Qué le parecería si lo hiciéramos juntos?

Esperó la respuesta de Susie con la sonrisa en los labios, como si ella pudiera verle.

Al fin…

—Tengo sueño, Dave; mañana, si me lo recuerda, a lo mejor puedo contestar a eso. Buenas noches.

—Oiga, guapa.

—¿Qué?

—Nada. Que me gustaría verla ahora. Estoy por asegurar, sin haberla besado, que parpadea en estos momentos.

—¡Bobo!

Colgaron. Dave hizo lo mismo, y en el momento de dejar el auricular en el soporte le pareció oír un leve roce a sus espaldas. Apretó entre los dedos los títulos y el cuaderno que conservaba en la mano, y jugó ésta con rapidez y ligereza incomparables. Se iba a volver, cuando una voz le previno:

—No se mueva.

Permaneció quieto.

—Levántese y alce los brazos.

Hizo lo que le decían.

—Vuélvase.

Lo hizo igualmente. El cañón de una pistola se le hundió en las costillas y una mano hurgó en sus bolsillos, quitándole la pequeña «Colt». El cañón de la pistola se apartó de su cuerpo y la misma voz

de antes le ordenó que se volviera otra vez. Hízolo así y se encontró frente a frente de Digby. El chófer de Wesley tenía un brillo homicida en los ojos y una helada sonrisa en los labios.

—Qué —preguntó, burlón—: no esperaba verme tan pronto, ¿verdad?

Dave correspondió a la sonrisa encogiéndose de hombros, mientras trataba de bajar los brazos. Digby le impidió hacerlo.

—He dicho que no se mueva. Si quiere sentarse, puede hacerlo en cualquiera de las butacas. —Indicó una. —En ésta, por ejemplo; yo lo haré en la otra, y tendremos un rato de conversación, si quiere, hasta que vengan los otros. Me parece que no tendrá tiempo de aburrirse hasta entonces.

El joven entornó los párpados, y con las manos por encima de la cabeza se sentó en la butaca que le indicó Digby, mientras éste se dejaba caer en otra, sin dejar de encañonarle con el arma amenazadoramente. Se contemplaron un segundo sin hablar. Por último, Digby esbozó una mueca desagradable y sus facciones se endurecieron.

—Parece que la excursión de esta noche no le ha salido mal del todo, ¿eh? Primero me golpeó, atándome como si fuera un fardo y quitándome la pistola; luego se llevó lo que quiso, después de hacer lo mismo con el jefe; y, por último, mató al perro, saliendo de la quinta. ¡Lástima que haya venido yo a estropearle la marcha cuando parecía que nadie se la iba a parar!

Dave fijó en él la mirada y ahogó un bostezo.

—No sé de lo que me habla, Digby. ¿Está borracho?

El aludido se levantó de la butaca, acercándosele.

—Conque no lo sabe, ¿eh? ¿Quiere decirme lo que hace vestido?

—¡Toma! Eso no es necesario que lo pregunte, Digby; estaba haciendo tiempo a que fuera de día para marcharme de paseo. ¿Usted no ha estado enamorado nunca?

—¡Bah! ¡Paparruchas! Si se ha creído que me va a engañar, más vale que lo olvide. —Se aproximó a él. —¿Con quién hablaba por teléfono antes?

El joven sonrió.

—¿Es posible que no se haya enterado, Digby?… Tenía una conversación privada con mi tía.

La mano de aquél le golpeó de revés en la boca.

—No le hacía tan gracioso. ¿Quiere repetirlo otra vez?

El joven rechinó los dientes y apretó los labios.

—Bien; por lo que veo, es menos gracioso de lo que creía. Conteste, amigo: ¿con quién hablaba?

—Se lo diré si promete guardarme el secreto.

—¡Claro! ¿Por quién me toma, amigo? En cuestión de secretos soy un verdadero pozo. ¡Vamos, desembuche!

—Pues, en verdad, era mi tía; una tía que tengo en…

La mano de Digby le volvió a golpear con más fuerza que antes, y al ver que el joven trataba de bajar los brazos le sacudió en la frente con el cañón de la pistola.

—¡Vamos, vamos, no se mueva! Vuelva a hablarme otra vez de su tía y continuaré zurrándole.

Se alejó de él unos pasos sin quitarle ojo, apuntándole con el arma. Tomó asiento de nuevo y durante unos minutos permaneció callado. Sonrió a poco.

—¿Dónde aprendió tantos trucos, amigo? Reconozco que me ató con los tirantes como un verdadero maestro y que estuvo a pique de que me ahogara cuando me metió el algodón en la boca. Gracias a que no es la primera vez que me veo en trances parecidos y sé cómo salir de ellos sin apurarme demasiado. ¿No me irá a decir que aprendió aquí todo eso?

Dave volvió a bostezar sin responder. Digby enarcó las cejas y achicó las pupilas.

—Me estoy preguntando lo que dirá al jefe cuando éste le interrogue. ¿Sabe, amigo? Por muy tozudo que sea, y que conste que he visto tipos mejor plantados, no tardará en cantar cuando él le meta los dedos en la boca para que lo haga. Tiene bastante más experiencia de la que se figura, y por lo que oí, antes de dejar aquello, parece que no le hizo gracia el que le ataran como a un paquete después de atizarle en la «chimenea».

Dejó de hablar. Rápidamente se puso en pie, haciendo un gesto amenazador a Dave para que guardara silencio, y sin perderle de vista se deslizó hasta puerta de entrada al dormitorio. Se oyeron ruidos en la pared, colocándose de espaldas a ella junto a la escalera y segundos después pasos cautelosos que se aproximaban. Paul y Eric, con la pistola en la mano, hicieron su aparición. Digby ensanchó la sonrisa y abandonó su puesto en la pared para salirles

al encuentro.

—¡Hola! Ya me parecía que tardabais demasiado. ¿Está abajo el jefe?

Paul se limitó a cambiar con él una sonrisa sin contestarle, mientras Eric le golpeada afectuosamente en los hombros.

—¡Buen trabajo, Digby! El jefe está contento contigo.

Paul siguió andando hasta acercarse al joven.

—¿Dónde están los documentos?

—¿Qué documentos?

La contestación de Paul no se hizo esperar en forma de un puñetazo que lanzó a Dave hacia atrás, haciéndole que se golpeara la cabeza contra el respaldo de la butaca. Cuando se incorporó, Paul le miraba fijamente y Eric parecía divertido. Dijo éste, encañonando al joven con su pistola:

—Déjame a mí, Paul: una onza de plomo en la barriga no le sentará mal…, si la digiere a tiempo. A tipos como éste no se les debe pegar con la mano: tienen la cara muy dura.

—Ya tendrás ocasión de hacerlo, Eric: lo primero es saber dónde tiene los documentos que robó. —Se volvió a Digby para decir—: ¿Tú no viste donde los ocultaba?

—No; como dije por teléfono, le seguí en el taxi, y cuando llegué estaba telefoneando a alguien cuyo nombre no ha querido decirme. Le registré, quintándole la pistola, y me senté a esperar que vinierais.

Paul hizo una seña a Eric y ordenó a Digby:

—No le pierdas de vista.

Se metió la pistola en el bolsillo, y durante cierto tiempo tanto él como Eric revolvieron todo sin conseguir otro resultado que perder la paciencia sin encontrar lo que buscaban. Cuando los cajones estuvieron volcados, la cama deshecha, los trajes del armario por el suelo y los pocos libros que había tirados igualmente después de haberlos mirado hoja por hoja. Paul dirigió una asesina mirada a Dave y se aproximó a él.

—¿Quieres decirnos dónde los guardaste?

El joven enseñó los dientes.

—Es inútil que los busques; los he quemado.

—¿Ah, sí? ¿Dónde los has quemado?

—En el taxi.

—¡Miente ese cochino! —bramó Digby—. No le perdí de vista durante todo el trayecto y…

—Cálmate, Digby —aconsejó Eric—. Demasiado sabemos que no los quemó.

Paul y Eric salieron del dormitorio para continuar el registro por toda la casa. Transcurrieron varios minutos antes de que volvieran de nuevo al dormitorio. Paul cambió una mirada con Eric, y éste se colocó al lado de Digby. La sonrisa había desaparecido de su rostro y la mirada que dirigió a Dave no tenía nada de cariñosa.

Murmuró:

—Creo que llegaremos a divertirnos.

Mientras tanto, Paul había tomado asiento en la cama y marcaba un número en el disco telefónico. El joven, con las manos colocadas encima de la cabeza, le miró de soslayo. Transcurrieron unos segundos antes de que contestaran a la llamada de Paul. Éste empezó a hablar:

—Escuche, jefe; todo ha ido bien hasta ahora… Sí, le tenemos con nosotros y no creo que nos dé mucho que hacer… ¿Cómo?… No, no hemos encontrado nada… De acuerdo. Vamos hacía allá.

Colgó de golpe, y por unos segundos se quedó contemplando el receptor, tamborileando en el pie de éste con los dedos. Luego cogió el despertador y se entretuvo unos instantes en hacer sonar el timbre de la campana. Se alzó por fin, dirigiéndose donde se encontraba sentado Dave.

—¡Arriba, buen mozo! Vendrás con nosotros de paseo.

—Oye, hermano: ¿voy a salir así, con las manos en la cabeza, o te parece que puedo bajarlas?

—Bájalas, si quieres, pero llévalas delante, para que podamos ver dónde las metes. Te advierto que Eric está deseando darle gusto al dedo y que Digby no te ha perdonado lo que hiciste con él en el garaje, y que, según me contaron, tuvo cierta gracia. —Se volvió a aquél para decir: —¿No es cierto, Digby?

El aludido rezongó algo ininteligible, pero sus ojos chispearon y se le atirantaron los músculos bajo la piel. Paul se colocó a espaldas de Dave y le empujó, clavándole en los riñones el cañón de su pistola.

—Vamos, ¿qué esperas?

Salieron del piso. Fuera, en la calle, y arrimado al bordillo de la

acera, esperaba el auto de Wesley. Entraron en él. Paul se colocó junto a Dave en el asiento posterior y Eric enfrente de ellos con la pistola amartillada. Digby se sentó al volante. Volvió la cabeza un segundo, al tiempo que ponía el coche en marcha…

—¿Dónde vamos?

—Al bar de Monty. Ya sabes, por la parte de atrás.

Zumbó el motor, y el magnífico auto gris perla arrancó suave conducido por las expertas manos de Digby.

Durante el tiempo que tardaron en llegar al sitio mencionado, el joven permaneció en el interior del vehículo con los párpados prietos y como si dormitase. Sentía sobre él, justamente en el costado izquierdo, la presión de la automática de Paul, y cuando entreabría los ojos era para encontrarse con las frías miradas de Eric, cuyas pupilas parecían haberse inmovilizado contemplándole.

El auto penetró en el interior del garaje de una calleja mal alumbrada, y las puertas del mismo se cerraron apenas el coche las hubo traspuesto. Se abrieron las portezuelas del vehículo y Digby saltó del baquet, situándose al lado de una de ellas. Dave, precedido por Eric y seguido de Paul, quien se había metido la mano en el bolsillo sin soltar el arma que empuñaba, echó a andar guiado por el primero. Atravesaron varias habitaciones y siguieron luego por un estrecho pasillo hasta detenerse al fin frente a una puerta, a la cual llamó Eric de una forma particular. Se abrió la puerta mencionada y el joven fue introducido bruscamente en una reducida habitación donde se veía una mesa en el centro y sentado a ella a Wesley en compañía de un tipo desconocido para Dave. La sonrisa que Wesley le dedicó no tenía mucho de simpática.

—¡Vaya! —exclamó al verle—. Ya le tenemos aquí. Por lo que veo —añadió, acentuando la sonrisa—, tenía usted razón cuando dijo en casa de Anni que nos reuniríamos todos los que asistimos a la fiesta de Masterson. Lástima —continuó diciendo— que no puedan asistir éste ni… otras ciertas personas. Estoy convencido de que llegarían a aclararse algunos extremos que temo permanezcan obscuros para siempre…

Indicó con el gesto a Dave que se sentara y miró significativamente al hombre que estaba junto a el.

—Monty, ¿quiere traer algo para el amigo? —Se volvió al joven —. ¿Qué prefiere tomar?

Dave respondió con la mejor de sus sonrisas, al tiempo que se sentaba:

—Cualquier cosa, Wesley; tengo tanto sueño, que no distinguiría un *whisky* de un emparedado. Me sorprendió la visita de sus amigos cuando había empezado a hacerme ciertas ilusiones.

—¿Respecto a que?

—Puede figurárselo: a un mueble de cuatro patas con colchón y todo. Una verdadera delicia, si es que quiere saberlo.

—Ya. Y… a propósito, Dave. Si mal no recuerdo, la última vez que nos vimos le oí decir algo referente a un tipo que le atizó en el baile. ¿Lo encontró usted?…

El joven entornó los párpados antes de contestar. Monty había salido por una puerta que se encontraba enfrente y se le oía manipular fuera; Eric y Paul se habían situado el primero a sus espaldas y el segundo a uno de sus costados y no le perdían de vista.

Fingió un bostezo, y repuso, clavando las pupilas en Wesley:

—Aun no, pero no he perdido la esperanza de darle lo suyo.

—¿Qué entiende usted por darle lo suyo?

—Pues… no sabría cómo explicárselo, la verdad. Es algo así como…

—¿Como lo que hizo conmigo, Dave?

El joven volvió a sonreír, mirando a Wesley. Éste se había llevado la mano a la cabeza e indicaba un punto de ella con los dedos.

—No —repuso, sin perder la sonrisa—; no se trata de eso tan sólo.

—Me lo imagino, Dave. Y… dígame: ¿cómo supo que se hallaban en mi poder los documentos? Me refiero, naturalmente, a los que se llevo de la caja. Por cierto —añadió, con marcada indiferencia—, que la abrió con bastante facilidad desconociendo la cifra. No le suponía a usted tan familiarizado con las cajas fuertes.

—¡Bah! Un chiquillo lo habría hecho mejor que yo. Al principio creí que no iba a poder abrirla y tentado estuve de pedirle por favor que me ayudara; pero… como le vi tan dormido, no quise despertarle por tan poca cosa… En cuanto a saber que tenía usted los títulos de propiedad de Masterson… ¡Bueno! No creo que me considere tan tonto como para creerme lo que dijo en casa de Anni.

Demasiado sabe que no me tragué la píldora, y bien claro di a entender entonces que el jueguecito de la rubia con la pistola en el museo no me gustó poco ni mucho.

—En efecto, Dave; recuerdo que dijo eso y también algo mas; dijo que el asesino de Masterson no sabía que la pistola estaba cargada.

—¿Usted qué cree, Wesley?

—Que tenía razón: no lo sabía.

—¿Quién lo hizo?

—¿El qué?

—Matar a Masterson.

—Pues…

—¿Me dirá su nombre?

Wesley se echó hacia atrás en la silla y le miró fijamente a los ojos. Monty aprovechó la ocasión para acercárseles llevando una botella y unas copas, que dejó en la mesita junto a ellos. A una indicación de aquél, escanció el líquido y se hizo a un lado, cambiando una mirada con Paul.

Dave bebió un sorbo de su copa y esperó a que Wesley hablara. Éste bebió a su vez y chasqueó la lengua.

—Escuche, amigo; aparte de que comprendo la curiosidad que le guía para saber el nombre de la persona que mató a Masterson y le golpeó a usted, tengo también yo cierta curiosidad, fácilmente comprensible. En primer lugar, me agradaría saber por cuenta de quién trabaja usted en esto; en segundo lugar, no tengo inconveniente en ofrecerle el doble de lo que percibe por su trabajo, con tal de que lo haga por mí; y… en tercer lugar, necesito los papeles que me quitó y estoy dispuesto a pagarle por ellos la suma que indique, siempre que ésta se halle a mi alcance. A cambio de ello, prometo decirle el nombre de esa persona y… —añadió, con ironía mal disimulada —donde podría encontrarla en estos momentos. ¿Qué me responde?

—Lo pensaré, Wesley. No niego que me ha sido usted simpático. Como decía mi tía, «una sonrisa a tiempo puede ser la llave de la fortuna, si se sabe hacer uso de ella».

—¿Cuándo me contestará, entonces?

—Creo que podré hacerlo mañana, cuando despierte, si me dejan que duerma. En estos momentos no se me ocurre más que

bostezar.

—Conforme. Mañana me dará la contestación y me dirá lo que hizo de los papeles. Claro —siguió diciendo— que si mientras tanto los encuentra alguno de mis hombres, francamente, no sé lo que haré con usted en ese caso…

Se inclinó hacia él en la mesa.

—¿Por qué no me contesta ahora, Dave? Ahorraríamos tiempo y…

El joven movió la cabeza con lentitud.

—Ya le he dicho, Wesley, que tengo sueño. No sé si a usted le ocurrirá lo mismo, pero entre tanto trajín como he llevado hoy y el golpe que me dieron en la nuca, no me encuentro bien. Creo que terminaría por dormirme hablando, y, si no lo he hecho hasta ahora, no ha sido por falta de ganas.

—Bien está. —Wesley se alzó de la silla. —Confieso, amigo Dave, que tiene usted parte de razón. También yo tengo sueño, y me parece que no tardaré mucho en acostarme.

Hizo una seña a Paul, y éste y Eric se aproximaron al joven. El primero le tocó en un hombro.

—Vamos.

Dave se puso de pie.

—¡Ah, se me olvidaba! —dijo Wesley—. Sabrá usted que Anni está bastante celosa de Susie, y no me sorprendería que hiciese algo por su cuenta. Se lo advierto para que esté avisado.

—¿Qué quiere decir?

—Pues, sencillamente, que si le ocurriera alguna desgracia a su amiguita, usted tendría la culpa de ello…

—No veo cómo.

—¡Bah, Dave! Usted es un chico muy listo y no necesita grandes explicaciones. Su encuentro con Susie esta tarde pudo ser casual… o premeditado. ¡Cualquiera lo adivina! Lo único que puedo decirle es que si mañana no tengo los documentos en mi poder…, ella y usted irán a hacerse compañía juntos para toda la eternidad.



—Si mañana no tengo los documentos en mi poder...

Dio vuelta a la mesa y se le aproximó. Había perdido la compostura forzada que adoptó hasta aquel momento, y tanto los rasgos de su rostro como el brillo de sus miradas eran amenazadores.

—Escuche, Dave; es inútil crea que me está engañando. Si lo que

pretende es ganar tiempo, se equivoca. Usted no saldrá vivo de mis manos ni Susie tampoco. Mañana, caso de que no haya decidido por contarme donde están los documentos que me quitó, le haré hablar aunque tenga que arrancarle el pellejo a tiras. Métase eso en la cabeza y no sea chiquillo. En cuanto a Susie, me gustará ver la cara que pone cuando vea lo que hago con usted. Creo que va a resultar la cosa.

—Me parece que se arriesga demasiado, Wesley; la policía del país no les quita ojo y a Anni menos. Se han hecho ustedes sospechosos por lo de Masterson.

—¡Qué sabe la policía! Tiene ojos y no ve. Oiga lo que voy a decirle, Dave: le doy todo lo que resta de noche para que duerma y para que piense en el asunto. No se le molestara hasta que yo vuelva con el fin de que tenga tiempo para ello; pero si mañana a las once no tengo los documentos en mi poder, Paul y Eric se encargaran de traer aquí a Susie. Luego iremos todos a hacerle a usted una visita y quizá a la vista de la muchacha se le refresque la memoria. —Sonrió sarcástico antes de agregar—: No sé si le resultara interesante saber que tanto Anni como Paul, Eric y yo llegaremos juntos; y puedo jurarle que, aunque a ellos les vieran salir, cuando terminemos la «faena» y usted y Susie estén más tiesos que un palo, habrá infinidad de testigos que juraran y perjuraran que no se movieron de aquí, de mi lado, a la hora justa en que a ustedes dos les hacían una criba en el cuerpo. —Añadió desdeñosamente, haciendo una mueca: —Yo no me arriesgo, Dave; tomo bien las medidas para ello.

—Alguna vez puede que se equivoque.

—Posiblemente, pero usted no lo verá. Le llevo esa ventaja.

Miró significativamente a Paul y éste empujó a Dave hacia la puerta.

De nuevo se vio el joven andando por un pasillo, al extremo del cual bajaron unos escalones. Minutos más tarde llegaban a una habitación desprovista de muebles, a excepción de un tosco lecho, y después de que le hubieron atado y amordazado convenientemente, le registraron otra vez por si tuviera los documentos encima. Llegaron incluso a quitarle los zapatos para ver lo que contenían dentro. Antes de dejarle solo, Paul le abofeteo con ira.

—Me debías esto, amigo; no creas que se me habían olvidado los

puñetazos que me diste.

Salieron de la habitación, apagando la luz, y la puerta se cerró tras ellos. Chirrió una llave en la cerradura y Dave se agitó en el jergón donde le dejaron. Al pensar en la amenaza de Wesley respecto a Susie, un escalofrío le corrió por la espina dorsal, y los músculos se le pusieron tensos. ¡Bonita noche! No faltaba más que dieran con el escondrijo donde metió los títulos segundos antes de que Digby le sorprendiera al terminar de telefonear a Susie.

Al pensar en la joven, se dijo que no podía permitir que ella pasara apuros por su culpa. Contorsionándose de mil maneras lucho por espacio de más de una hora hasta conseguir sacar el cuchillo, y con ayuda de él no tardó mucho en verse libre. Se puso de pie, friccionándose las articulaciones y las rozaduras que le hicieron las cuerdas en sus esfuerzos por soltarse.

Miró la hora en la esfera luminosa de su reloj, y las pupilas le brillaron. Tenía tiempo aun para realizar lo que quería y también para dormir un rato, si pudiera hacerlo. Lo único que le detenía era el pensar que mientras el estaba allí pudiera alguno de los hombres de Wesley dar con los deseados títulos de propiedad. Necesitaba llegar cuanto antes a su casa y convencerse de que se encontraban donde los había dejado.

Se llevó la mano al bolsillo donde guardaba la linterna, y no la encontró. Entonces creyó recordar que sé le cayó en el jardín de Wesley cuando luchaba por defenderse del perro que le acometía.

A obscuras, pues, se dirigió a la puerta, y, tras probar unos segundos con las llaves que le habían dejado juntamente con el llavero, se vio fuera de la habitación. Como una sombra se deslizó por el pasillo, parándose a menudo para escuchar los ruidos que llegaban hasta el.

Al llegar junto a la puerta del cuartito donde hablo con Wesley, empujo esta suave y tanteando se acerco a la mesa. Prendió fuego a un fósforo, y, procurando velar el resplandor de la llama, recorrió la pieza, deteniéndose finalmente al lado de un mueble colocado en un ángulo y que le llamo la atención cuando allí estuvo.

En sus oídos parecían resonar las frases despectivas de Wesley respecto a la policía, y la afirmación que hizo cuando aseguro que habría infinidad de testigos para jurar que tanto el cómo Anni, Paul y Eric no se habían movido de allí en la hora justa en que a Susie y

a él mismo les hacían una criba en el cuerpo, le volvía loco.

Recordó entonces lo que oyó contar del secuestro de Atkins, y se dijo que en aquella habitación posiblemente estuviera la clave de todo. Se agachó junto al pequeño mueble colocado, al parecer, sin otro objeto que para poner encima platos, botellas y copas, y, tirando de uno de los cajones, examinó lo que había dentro. Sopló la cerilla en aquel instante porque se quemaba y prendió fuego a otra para continuar el registro. Al hacerlo, lanzó un tenue silbido de sorpresa. Continuó abriendo cajones, mirando detenidamente en ellos, y acabó por cerrarlos todos con la sonrisa en los labios.

Siempre alumbrándose con los fósforos que se vio precisado a emplear, se acercó a la puerta por donde vio salir a Monty. Al abrirla, comprendió perfectamente lo que le faltaba por averiguar en aquel asunto.

Aquella habitación hacia las veces de reservado y la separaba del bar exclusivamente la delgada hoja de la puerta que había abierto. Cerró ésta de nuevo, y, cruzando la habitación, salió de ella por el mismo sitio que lo hizo antes.

Pocos minutos después salía por el garaje a la calleja mal alumbrada por la que entraron cuando le condujeron en el auto de Wesley, y, pegándose a los muros, ganó la esquina de la calle próxima sin que hubiera llamado la atención.

Alboreaba el día cuando se introducía como un ladrón por la puerta de su casa. Al llegar al piso ocupado por él, quedó durante un rato escuchando con el oído pegado a la puerta, y cuando metió la llave en la cerradura lo hizo sin que ésta produjera el más leve roce. Una divertida luz asomaba a sus ojos cargados de sueño cuando echó a andar por el pasillo con dirección al dormitorio. Antes de llegar a él se detuvo. La voz rota de un hombre le hizo arquear las cejas.

—Te digo que no busco más; el tipo ese sabrá lo que sea, pero aquí no hay más papeles que los que hemos visto, y todos ellos, o la mayoría, no sirven ni para encender la lumbre.

—Está bien —rezongó la voz de otro—. Lo que yo no quisiera sería que el jefe nos dijera algo. Demasiado sabes cómo las gasta.

—Sí; pero él y ese Paul y Eric, así como la rubia, se dan la gran vida. En cambio, tú y yo…

—¡Cierra el pico! Ten presente que si estamos donde estamos

metidos ha sido por nuestro gusto y nada más. Cada cual tiene una misión que cumplir, y no es la nuestra de las peores.

Dave asomó un ojo por la puerta para mirar al interior. Dos hombres se encontraban dentro. Uno de ellos se hallaba tumbado en su propia cama y el otro se sentaba en un brazo de la butaca más próxima a él, en mangas de camisa y con el cuello desabrochado. El dormitorio estaba lleno de humo.

Con la mano metida en el bolsillo de la chaqueta y el índice impulsado hacia delante dentro del forro, se plantó ante ellos repentinamente.

—¡Quietos, palomitos! Al primero que pestañee, le agujereo el buche.

El que estaba en la cama se medio incorporó con los codos, y el que se encontraba sentado volvió la cabeza, sorprendido. Quiso hacer un movimiento para llevarse la mano a la funda sobaquera de la pistola, pero el joven se lo impidió colocándose a sus espaldas. Introduciéndole el dedo índice de la mano que ocultaba en el bolsillo en los riñones, le paralizó un segundo, mientras con la izquierda le quitaba el arma de la funda. Con ella amartillada, dio unos pasos atrás apuntando a los dos. Obligó al que se encontraba en la cama a que se volviera y le quitó igualmente la pistola. Les contempló un segundo, sonriente.

—¡Vaya, vaya! Ignoraba que estuvieseis aquí, muchachos. ¿Hace mucho que habéis venido?

Los dos hombres guardaron silencio.

—¡Hum! No me parece que la educación es vuestro fuerte. Por lo que veo, os habíais apropiado bonitamente de mi domicilio, y hasta creo que no os gustaban mis libros ni la forma que tenía de colocarlos. ¿Los habéis leído todos?

Nuevo silencio y una tormenta de miradas.

Dave cloqueó la lengua.

—Lo dicho: sois unos perfectos bestias…, y que perdonen vuestras madres. ¡Bien, hijitos! Como comprenderéis, no vamos a pasarnos lo que queda de la velada mirándonos los unos a los otros y tratando de averiguar quién de los tres tiene más pelos en el bigote. He llevado una noche bastante movida y necesito descansar un poco. Conque…, ¡manos a la obra! A ver, tú; acércate a tu consocio y procura atarle «correctamente» con lo que sea. La

corbata y los tirantes podrán servirte para el caso. ¡Vamos! ¡Vivo! No tengo mucha paciencia, y como se me agote vais a saber los dos lo que es un calcetín como mordaza con una tira de esparadrapo encima.

El hombre aludido, que era el que se encontraba sentado, se apresuró, aunque a regañadientes, a obedecer las órdenes de Dave. Éste vigiló sus movimientos jugueteando con la pistola, pero sin perder de vista a ninguno de los dos. Cuando creyó el joven que el hombre que se hallaba tumbado no podría sorprenderle durante cierto tiempo, hizo que el otro le diera la espalda y le ató de parecida forma a como dijo antes que hiciera. Una vez que acabó con él, examinó las ataduras del compañero, y, empujándole rudamente, le arrojó de la cama.

—Bueno, chico —dijo al que se encontraba de pie—. Ahora se me plantea una cuestión: ¿qué hago con vosotros? Podría dejaros a los dos en el suelo bien juntitos, y creo que sabríais portaros como buenos muchachos, pero, según me dijo en cierta ocasión mi tía, «si no quieres que el perro te muerda, átale: y si no tienes perro, búscate una cuerda por si acaso».

Cogió del suelo al que había tirado como si fuera un cesto y lo puso de pie junto con el otro.

Les miró de hito en hito.

—No tendré más remedio que hacer caso del consejo de mi tía. Era bastante sensata.

Amordazó a los dos para impedir, según dijo, que le turbaran el sueño, y los metió luego dentro del armario, que cerró con llave. Antes de hacerlo les tranquilizó cariñosamente.

—No os preocupéis, viditas; no pienso teneros ahí dentro por mucho rato. Voy a echar un sueño de un par de horas, y si queréis respirar podéis hacerlo a gusto hasta que despierte: dejaré una rendija para que os entre el aire.

Hizo lo que terminaba de decir, y, lanzando un bostezo prolongado, se dirigió hacia la puerta de entrada. Se aseguró de que no sería fácil que pudieran abrirla con el cerrojo puesto, y, volviendo de nuevo al dormitorio, dio unos manotazos al colchón, ahuecándole, y se dejó caer en él.

Bostezando estruendosamente se quitó la chaqueta y la corbata.

Luego consultó la hora en su pequeño reloj, y, tomando el

despertador, que continuaba encima de la mesita de noche, manipuló en él durante unos segundos, mientras sonreía, terminando por ponerle en la hora que quería que le despertase. Lo volvió a colocar donde estuvo y se quedó contemplando unos segundos más el aparato telefónico.

Rezongó:

—¡Si no fuera porque me han gustado siempre los angelitos, alborotaba a éste!…

Se quitó los zapatos ayudándose con la puntera, y se tumbó en la cama.

—Pues, señor —reflexionó mientras se le cerraban los párpados —, ¿será posible que no pueda dormir alguna vez hasta que las plumas del colchón me golpeen en las costillas?…

CAPÍTULO VI

Le pareció que un moscardón zumbaba junto a su oído y manoteó el aire durante unos segundos. Cesó el zumbido y sonrió entre sueños. De nuevo el mosconeo volvió con la misma fuerza que antes, y esta vez le pareció a Dave que con un sonido más estridente que la anterior. Tornó a manotear de nuevo, y de pronto se incorporó en la cama con los ojos abiertos y espabilado del todo. Miró al despertador. El timbre de éste no era el que sonaba. Comprendió al punto, y su mano se dirigió, mientras se llevaba la otra a la boca para ahogar un bostezo, al receptor telefónico. No lo llegó a coger. Se detuvo como si recordara algo. Tiróse al suelo rápidamente, y, yendo al armario, lo abrió de par en par. Los amordazados rostros de los hombres de Wesley le saludaron con duras miradas. Cogió a uno de ellos y lo sacó fuera, mientras le quitaba la mordaza.

—Escucha, pichón: alguien termina de llamar al teléfono, y creo que lo volverá a hacer. Vas a contestar diciendo que todo sigue igual y que te habías dormido. ¿Estamos, dulzura? De lo contrario, no tendré más remedio que meterte un perdigón de los que hay en tu pistola, en los riñones, para que se divierta con ellos jugando al escondite. Ya estás advertido. Ahora siéntate ahí, en mi cama, y a esperar a que toque la campanita.

Mientras aquél lo hacía, se puso los zapatos y se anudó la corbata. Luego se colocó la chaqueta, y, sacando de debajo de la almohada la pistola, la hizo jugar en las manos. El timbre sonó de nuevo, y, cogiendo el auricular, se lo llevó al oído del hombre de Wesley. Éste se pasó la lengua por los labios antes de decir:

—Diga.

—¿Eres tú, Jimmy? Llevo llamando hace un rato y nadie contesta. ¿Qué ocurre?

—Nada, señor; es que me dormí, sin duda.

—Pues abre el ojo; no me gustan los hombres que se duermen cuando no es necesario. ¿Disteis con los papeles?

—No; por más que hemos mirado…

—Está bien. Quedaos ahí hasta que lo diga, y si veis alguna cosa que no os guste, ya sabes: telefonea al bar de Monty. ¿Entendido?

—Conforme, jefe.

Colgaron, y Dave retiró el auricular del oído del llamado Jimmy. Golpeó a éste afectuosamente con la pistola en el hombro, y le dijo, sonriendo como sabía hacerlo:

—Perfectamente. Te has portado bies, y en premio a eso, creo que te has ganado un descanso. Voy a ponerte de nuevo la mordaza para que no alborotes cuando yo haya salido, y te prometo que no tardaréis mucho tú y tu amigo en poder dormir como dos personitas. Sé de alguien a quien le agradará veros y saber de vuestras vidas. Algo curioso es, pero, en fin, si sois juiciosos y no hacéis chistes ni tomáis a risa las cosas que él os pregunte…, ¡bueno!, pudiera ser que no salierais mal librados del todo. Depende del cariño que os tome.

Mientras hablaba había vuelto a colocar la mordaza a Jimmy, y empujándole cariñosamente, pero de una manera firme, le volvió a dejar dentro del armario, junto con su compañero. Cuando lo hubo hecho lanzó un suspiro y se despidió de ellos con estas palabras:

—Adiós, nenes: que os siente bien la purga.

Cerró el armario con llave como la vez anterior y se volvió risueño aún hacia la cama, donde tomó asiento frente a la mesita de noche. Sacando un cigarrillo se lo llevó a la boca, y, después de encenderlo, marcó un número en el disco telefónico.

Susurró, bajito y con hastío:

—Desde luego, jefe, el café me perjudica.

—¿Dónde diablos…?

Rió satisfecho y no le dejó continuar.

—Escuche: termino de levantarme de dormir un par de horitas y tengo mucho que hacer entre manos. He pasado una noche bastante divertida y no me ha sido posible comunicar con usted hasta ahora. Tengo aquí, en mi piso, metidos en un armario, a un par de pichones. Creo que lo mejor será prepararles una jaula y que vengan cuanto antes por ellos por si les da por no respirar y nos fastidian, ¿comprende? Bueno, ahora oiga esto…

Continuó hablando por espacio de diez minutos largos sin parar más que para dar alguna que otra chupada al pitillo que tenía en la boca, y cuando terminó lanzó un nuevo suspiro y colgó el receptor en el soporte. Se puso de pie, consultando, al hacerlo, la hora en su reloj de pulsera, en el mismo momento que el timbre del despertador sonaba como sí se hubiera vuelto loco de remate. Paro el timbre presionando con el dedo sobre el botón que se veía en la parte alta del anticuado despertador y lo acaricio durante unos segundos como si temiera perderlo. Luego se dirigió al cuarto de baño, y cuando salió de el parecía un hombre distinto. Lanzó un beso con la mano a los que se encontraban encerrados en el armario de su propiedad y silbando alegremente se dirigió hacia la puerta. Cogió del perchero su flexible y se lo puso, con el ala echada hacia los ojos. Luego descorrió el cerrojo de la puerta, y, abriendo ésta, se lanzo escaleras abajo no sin volver a cerrar de nuevo.

Salió a la calle y caminó durante varios minutos abstraído y con los párpados entornados como si le hiciera daño la luz. Mandó parar un taxi que vio cerca y se metió en él, dando una dirección al chófer.

Acomodado en el asiento, con el cigarrillo entre los labios y la cabeza echada hacia atrás, permaneció hasta que el auto se detuvo junto a la esquina de la calle que había indicado al conductor.

Apuro la colilla que conservaba en la boca y la arrojo descuidadamente en el cenicero que se encontraba bajo la ventanilla de la izquierda.

Sentado en un rincón del vehículo pasó cierto tiempo mirando tras los cristales, pero cuidando de que no le pudieran ver a él desde el exterior o por lo menos reconocerle. Por ultimo, y tras una espera que termino casi por hacerle enfermar de los nervios, se persuadió de que la pistola estaba cargada, y, bajando del taxi, pago al chofer el servicio.

Echo a andar. Con las manos metidas en los bolsillos se mezcló con los transeúntes mientras clavaba la vista en un auto gris perla detenido frente a la puerta de un edificio de agradable aspecto, que minutos antes había pasado junto al taxi. Al llegar a él, se convenció de que dentro del coche no había nadie, y sin pensarlo más, penetró en la casa.

Subió por la escalera, atento a cualquier eventualidad que

pudiera presentársele, y se detuvo ante una puerta, escuchando antes de meter la llave en la cerradura.

Con la habilidad que da la práctica abrió sin hacer ruido, a la vez que sacaba la pistola. Con ella en la mano continuó avanzando guiándose por las voces que llegaban hasta él. Sonrió al oírlas. Dio unos pasos más, y de pronto se detuvo de nuevo. Ante el se hallaba la entrada de una pequeña salita y no mal amueblada. Susie, ataviada para salir con un coquetón traje sastre, se arreglaba un rizo frente a un espejo; y, de pie ante ella, mirándola al parecer interesado y con la sonrisa en la boca, Paul parecía el perfecto hombre de mundo. Un poco mas lejos, sentado en un sillón, con la barbilla apoyada en el hueco de la mano y el codo en el brazo del mueble, Eric sonreía también, aunque de una manera menos perfecta.

Dave volvió a sonreír al ver el cuadro, y de pronto cubrió con su cuerpo la entrada de la salita, empuñando la pistola. Con ella amenazó a los dos hombres.

—¡Caramba! —exclamo—. Parece que he llegado a tiempo.

Susie se volvió rápida y se le quedó mirando. Paul giró en redondo como si le hubieran impulsado a hacerlo, y apretó los dientes de coraje. Eric fue quizá el único de todos ellos quien apenas si se inmutó a la vista del joven, aunque sus ojillos se achicaron y la mano con que sujetaba la barbilla le tembló imperceptiblemente.

Dave avanzó sin dejar de sonreír.

—Siento desilusionarle, Susie; estos tipos no me gustan, y, por lo tanto, no se irá con ellos en el auto. Hace un hermoso día, y si quiere salir lo hará conmigo. Daremos un paseo y almorzaremos juntos.

Paul le fulminó con la mirada. Dave se aproximó a él.

—Qué, feo: ¿vas a oponerte?

Al ver que no le respondía, continuó:

—No me fue del todo mal anoche, ¿sabes? Dormí lo mío y pensé que tú y ese mico que te acompaña os alegraríais de verme tan temprano.

En aquel momento sorprendió un centelleo peligroso en las pupilas de Paul, y antes de que éste hubiera podido tomar la iniciativa le largó un golpe con la zurda, haciendo que se

tambaleara.

La voz de Susie, trémula y asustada, rasgó el silencio producido después del ataque:

—¡Cuidado!

Se volvió con rapidez. Eric había sacado el arma y estaba a punto de disparar. Hizo fuego, mientras contraía las mandíbulas.

—¡Cochino!

Eric se llevó las manos al vientre y soltó la pistola. Dave encañono con la suya a Paul, quien se había puesto lívido, y, sin dejarle de apuntar con ella, se agacho para recoger del suelo la que había soltado Eric.

—Bueno, feo, ¿qué esperas? Vuélvete para que pueda contemplar tu tipo y no trates de hacerme ninguna mala pasada. No ésta el horno para bollos.

Se aproximó a él y le libro de la automática que ocultaba en el bolsillo. Luego le golpeó con fuerza en la nuca, y al caer le sujeto por los sobacos. A rastras le dejó sobre un sillón, no lejos del que se encontraba Eric, quien le miraba con los ojos extremadamente abiertos, y una palidez cadavérica en las facciones. Un estremecimiento le sacudió y los brazos le cayeron a lo largo de las piernas, doblándose trágicamente él sobre el brazo del mueble.

Dave se volvió a Susie.

—Gracias, nena; si no llega a ser por el aviso, me habría encontrado con algo que no esperaba. No terminaré de aprender nunca. Por algo mi tía me decía siempre que cuando empezase una cosa no me entretuviera hasta verla concluida. Ese tipo estuvo a punto de hacerme morder tierra por mirar a las nubes. No lo olvidare… hasta la próxima vez que me encuentre con angelitos.

Susie pareció que despertaba en aquel momento.

—¿Qué ha ocurrido, Dave?

—¿Ocurrir? Nada. ¿Ha ocurrido algo?

Miró hacia el lugar donde estaba muerto Eric, y, al ver la sangre que manchaba el sillón y que amenazaba con caer al suelo, hizo un gesto de desagrado y movió la cabeza.

—Lo siento, monada; cuando termine la función en la que soy parte y me haya tomado un pequeño descanso, pagare los desperfectos del sillón y enviare a alguien para que raspe el piso. No quisiera que guardara un mal recuerdo de mi primera visita.

Sin hacer caso de la mirada que le dirigió la joven, se aproximo al balcón, y, tras consultar la hora, lo abrió y lo cerró dos veces seguidas.

—¿Por qué hace eso, Dave? ¿Es una señal?

La contemplo con fingida sorpresa.

—¿Quién se lo ha dicho, guapa? Cada vez me sorprendo más de que una chica como usted, con unos ojos como los de usted, con una boca y un cuerpo como… como el de usted, tenga algo en la cabeza además de la permanente.

Miró de nuevo el reloj, y, entregando la pistola que quitó a Eric a la joven, añadió, mirándola fijo:

—Tome, encanto; no creo que tenga necesidad de usarla con ese tipo que ha quedado en el sillón como muestra de lo que puede un soporífero como el que he utilizado con él, pero…, si se ve precisada a ello, apriete el gatillo y recuerde que mi madre me trajo al mundo para que las chicas como usted se recrearan al verme.

Dio unos pasos hacia la puerta, y dijo de nuevo, a punto de salir:

—Hasta que lleguen a recoger a esas piltrafas, puede ir pensando en lo que le dije anoche por teléfono. No tengo mucho tiempo libre y me gustaría saber su opinión antes de que me salieran las primeras canas.

Echó a andar por el pasillo y fue precisamente por eso que no vio la sonrisa que animaba el pálido rostro de Susie ni el juego de ojos que hizo cuando le miró salir.

Bajó las escaleras de dos en dos, y al salvar el último rellano se tropezó con unos tipos que subían. Se hicieron a un lado para que pasara, y uno de ellos le preguntó, sin detenerle:

—Qué, ¿cómo ha ido eso?

—Bien —contestó Dave, por encima del hombro—. Uno de los pichones no creo que sirva para gran cosa, pero el otro aun puede tragar si se le remoja la garganta.

Cruzó el portal y se acercó al auto. Abrió la portezuela delantera y se acomodó en el baquet, empuñando el volante. Hizo funcionar la puesta en marcha y despegó junto al bordillo con la maestría de un profesional.

Mientras enfilaba la calle consultó nuevamente la hora y silbó por lo bajo. Aceleró la velocidad del coche y con los párpados entornados, según costumbre, permaneció buen tiempo. Minutos

antes de llegar a la calleja donde se encontraba el garaje que daba entrada al bar por la parte trasera se animó de pronto. Recorrió con la vista los coches que se hallaban estacionados no lejos de allí, y, acortando la velocidad, fue a detener el auto cerca de la puerta del mismo.

Abrió la portezuela del vehículo, saltando a la acera, y con la mano metida en el bolsillo y una firme resolución en los ojos penetró en el garaje.

Golpeó con los nudillos más fuerte. Dentro de la habitación se oían voces y risas, y, Dave sonrió también al comprender el engaño. Insistió de nuevo en la llamada con más fuerza aun, y esta vez le pareció escuchar ruido de pasos que se aproximaban. Se hizo a un lado de la puerta y preparó la pistola que llevaba en el bolsillo.

La puerta se abrió de golpe, y se encontró frente por frente de Wesley, quien se echó hacia atrás, al tiempo que iniciaba un movimiento sospechoso. El joven le apuntó al pecho y su pie fue a golpear la puerta, abriéndola del todo.

Amplió la sonrisa, y avanzó, teniéndole encañonado, hasta hallarse dentro.

—¡Hola! ¿No me ha conocido? Soy Dave. Me parece recordar que habíamos quedado en vernos hoy por la mañana, ¿no es así? —Jugó con la pistola durante un segundo y continuó mirando a Anni quién se había levantado de la silla donde estaba como si la hubieran hecho saltar de ella—. Tú, ¿qué dices, guapa? ¿No me das un beso? ¡Vamos! El amigo Wesley se tapará los ojos y hará como que no nos ha visto. Te garantizo que he aprendido una forma nueva y no me figuro que esperes a que la ensaye con él. Sería algo así como si juntara mis labios con el hocico de un sapo y los restregara con éste.

Dio unos pasos por la habitación sin perder a ninguno de los dos de vista, y, señalando hacia el mueble que se encontraba en el ángulo del cuartito, continuó diciendo, elevando la voz para que pudieran oírle:

—No les hacía tan solos, la verdad; oí tanto ruido, que me imaginé que se encontraban corriendo una juerguecita. —Chasqueó la lengua. —No me gusta ese disco, Wesley; le tenía a usted por un hombre de paladar, y me duele ver que me he equivocado. ¿Qué hace que no lo para? ¡Quieta, paloma!— exclamó, dirigiéndose a la

rubia. —Cuidadito con hacer juegos de manos sin que yo te lo mande. Cuando necesites alguna cosa me la pides, y yo encantado de haberte servido. Apártate de la mesa y deja el bolso donde está. Tiempo tendrás para ver si se te olvidó el lápiz o las pinzas.

La rubia rechinó los dientes y le dijo algo que Dave no entendió. Wesley iba a hablar, cuando la puerta de enfrente se abrió a su vez, impulsada por una mano vigorosa. Dos hombres aparecieron en el vano con las pistolas empuñadas, mientras otros contenían a la clientela del bar abriendo ancho círculo entre ellos. De los dos hombres que terminaban de aparecer, el que entró primero cambió una mirada con el joven, mientras el otro registraba a Wesley, quitándole la automática que le encontró y le ponía las esposas. Hizo lo mismo con la rubia antes de que ésta comenzara un rosario de insultos y maldiciones que iba dirigido, principalmente, a Dave Jory. Éste se guardó en el bolsillo la pistola y se dejó caer en una silla. Elevó la vista para mirar al hombre que se le había acercado.

—Bien, jefe; como verá usted, esto ha llegado al fin. Me encuentro tan cansado, que no le extrañe nada si cambio una palabra por otra o me como alguna. A veces me pregunto…

—¿Quiere hablar más alto? Con este endemoniado ruido no le entiendo apenas. ¿Quiere explicarme lo que significa el que le encuentre a usted aquí con esta pareja? Minutos antes de entrar creí que iba a encontrarme con Paul y con ese otro tipo que siempre le acompaña, y juraría que oí sus voces hasta hace un momento.

Dave se levantó sonriendo de la silla, y, aproximándose al mueblecito desde el cual salía un ronroneo parecido al pasar y repasar de un disco rayado, hurgó en el interior de uno de sus cajones. Al instante las voces de Paul y Eric sonaron claras mezcladas con las de Wesley, y Anni, oyéndose las risas de la rubia, quien clavó sus asesinas miradas en el joven. Suspiró éste al cabo de unos segundos, y, volviendo a manipular en el mueble, paró el ruido y se restableció el silencio. La puerta volvió a abrirse, y un hombre se les aproximó.

—Coronel Manning —dijo al que se encontraba junto a Dave—, tenemos ahí fuera a todos los tipos que había en la casa. ¿Esperamos a alguien más o podemos irnos?

Pueden irse, Will; llévese de paso a esos dos. —Indicó a la rubia y a Wesley. —Y deje algunos hombres por si hicieran falta.

Dave arqueó una ceja, y preguntó, al tiempo que se dejaba caer de nuevo en la silla:

—¿Cazaron a Monty, jefe?

—Sí —repuso el coronel Manning—; ahí fuera lo dejé hace poco bien sujeto.

Esperó a que les hubieran dejado solos, y cuando la puerta se cerró tras los dos hombres custodiando a Wesley y a la rubia, fijó los ojos en el joven, de nuevo, de una forma interrogadora.

—¡Bueno! —exclamó.

Dave se limitó a sonreír durante unos segundos.

—Supongo que ya se habrá explicado el truco, jefe; preparaban la coartada a base de cintas magnetofónicas, y ahora comprenderá lo ocurrido con el secuestro de Atkins y por qué cuantos se encontraban en el bar aquel día juraban una vez y otra que tanto Paul como Eric no se habían movido de aquí «precisamente» a la hora que se llevaban a nuestro hombre del hotel. El cómo le sacaron del país, no lo he averiguado aún; pero no me extrañaría saber que Wesley tiene algún tipo rápido de avión oculto en algún sitio o bien que se lo enviaban a petición suya, haciendo el piloto el vuelo de noche y aterrizando en cualquier lugar que se le señalara.

—Estamos de acuerdo; ésa y no otra es la explicación del asunto.

Dio unos paseos por la estancia como si resumiese cuánto había pasado, y, parándose de pronto, se volvió a encarar con el joven.

—¿Dónde están Paul y Eric? Me figuro que no les habrá dejado marchar.

—Ca, nada de eso. El primero estará haciendo examen de conciencia, y en cuanto al segundo, no creo que le diera tiempo, jefe; me vi obligado a hacer con él algo que no quería.

Se levantó, disimulando un bostezo, y se dirigió hacia la puerta que comunicaba con el bar. Iba a salir, cuando el coronel Manning le sujetó por un brazo, al tiempo que le miraba angustiosamente.

—¿Y los documentos de que me habló? Supongo que no habrá dejado que se los lleven. Di conocimiento al ministro de ese condenado asunto del petróleo, y no quisiera tener…

Dave se llevó una mano a la boca y bostezó de nuevo.

—¡Bah, jefe! Los tipos éstos son menos listos de lo que se figuraban. Estuvieron toda una noche registrando mi piso, sin lograr dar con ellos.

Continuó andando, y, al tiempo de salir, dijo, con voz cansada:

—Los encontrarán dentro del despertador que hay en la mesita de noche de mi dormitorio, juntamente con cierto cuaderno que encontré en la caja de caudales de Wesley.

Ya en la puerta, y al terminar de pronunciar estas palabras, se sintió empujado por su superior, el cual corrió hacia el teléfono.

Iba Dave a cruzar el umbral del establecimiento, cuando oyó a aquél que decía:

—¡Oiga! ¡Oiga! Diga al inspector Mills que se ponga al aparato… Sí, escuche: dentro del despertador que se encuentra en la mesita de noche, encontrará…

El joven no quiso seguir escuchando, y, esbozando una sonrisa, desapareció por la calle, mezclándose a poco con la multitud.

CAPÍTULO VII

La estación era un hervidero de gentes que se apretujaban las unas a las otras.

Abriéndose paso con los codos, un joven bien parecido, rubio y de sonrientes ojos, se dirigió hacia el estribo de un coche de primera. Subió por él, entregando su billete al empleado de ferrocarriles, y guiado por éste fue a acomodarse en el asiento que tenía asignado. Dejó la pequeña maleta en la red y contempló un segundo la elegante silueta de la joven que se hallaba a su lado, sin duda compañera de viaje, y que, vuelta de espaldas, sacaba la cabeza por la ventanilla, mirando el río humano de los andenes.

Iba él a tomar asiento, cuando la joven, que contempló un segundo, sacó la cabeza de la ventanilla, incorporándose, al tiempo que se volvía. Los dos abrieron los ojos, sorprendidos, y la exclamación que iba a brotar de los labios de ella quedó en suspenso ante lo inusitado y rápido de la acción del joven. Cogiéndola por los hombros, la aproximó a él, besándola con una intensidad digna de las mejores causas, ante el parpadeo de los ojos que se miraban en los suyos y las maliciosas miradas de cuantos se encontraban próximos en los asientos vecinos.

La soltó cuando se hubo convencido plenamente de la dificultad que encierra el respirar por otra boca distinta a la propia.

—¡Nena! Pero ¿es posible?

Trató de besarla de nuevo, pero ella se lo impidió, haciendo un gesto significativo, a la vez que indicaba con la vista a los mirones que habían presenciado el encuentro… y sus resultados. Tomaron asiento juntos, sin dejar de mirarse como si hiciera un siglo que no se veían, y ya iba ella a abrir la boca para hablar, cuando el joven la guiñó de una forma elocuente, y, llevándose la mano al bolsillo de la chaqueta, sacó de él un periódico que había comprado para leer durante el viaje. En el borde de la primera página escribió con un

lápiz lo siguiente:

> «No me llames Dave, guapa; llámame, si quieres, Bob».

Sonrió la joven, y, tomando el lápiz y el periódico de manos de él, escribió a continuación, con letra menuda:

> «Tampoco tú me tienes que llamar Susie; en el pasaporte que tengo expedido figura el nombre de Anna».

Sonrieron los dos a la vez, y de pronto él se quedó contemplando la primera página del periódico. Desdobló éste, interesado en grado sumo por el título que se veía en el centro, y leyó, en compañía de la joven:

GRAVES SUCESOS A ÚLTIMA HORA EN EL MUNDO

> «Comunica nuestro redactor especial en la ciudad de X… que ha sido asesinado el sultán Abdul Ben Jassiff y puesto en el trono el jefe de la familia que reinaba con anterioridad al mandato del difunto.
>
> »Se sospecha que el asesinato obedece a causas del interés, por potencias enemigas de las que apoyaban a Abdul en el trono, a la riqueza del subsuelo de tan vasta región. Se habla de inmensos yacimientos de petróleo por explotar, y los disturbios en el país, alimentados por las potencias en litigio, amenazan por degenerar en guerra, que se extendería como reguero de pólvora por esta parte del globo.
>
> »El espionaje se mueve a sus anchas, y es difícil saber a qué potencia pertenece o está vendido el que nos saluda afectuoso con la sonrisa en los labios o el que nos sirve con lacayuna humildad. Los miembros del Servicio Secreto, ese obscuro dominio que extiende sus tentáculos por el orbe entero, nunca saciado de la sangre que derrama, nos atenaza a todos por igual, a punto de asfixiarnos. El Destino dirá su última palabra, y los acontecimientos que se avecinan servirán para que la Historia juzgue a unos y a otros».

Cuando terminaron de leer el artículo, se volvieron a mirar de nuevo a los ojos. La máquina del tren lanzó un agudo silbido y el coche se puso en marcha. A los pocos minutos de haber salido de la estación, el joven rasgó en pequeños pedacitos la tira superior del borde del periódico donde él y ella escribieron a lápiz, y, asomándose por la ventanilla, dejó caer los trozos de papel a lo largo del raíl. Luego esbozó una sonrisa, y, volviéndose a la hermosa muchacha que estaba a su lado, comenzó:

—Recuerdo que mi tía me tenía dicho muchas veces: «Cuando veas a una chica reír, fíjate en ella; la risa es la válvula de escape por la que se conoce la potencia del motor que la anima». —Hizo una pequeña pausa, y añadió, clavando en ella la mirada: —¿Quieres reírte, nena? Creo que tendré tiempo de conocerte a poco que me lo proponga.

La joven apoyó su mano en el brazo de él, y replicó, sonriendo, a la vez que entornaba los ojos:

—No sabes lo que me habría gustado conocer a esa tía tuya; me figuro que sería como tú…, sin pantalones, por supuesto…

FIN

UNA POTENTE ORGANIZACION TERRORISTA

Amenazaba la producción de uranio de los Estados Unidos. Las muertes más extrañas, las destrucciones más audaces tenían en trance de paralización las actividades bélicas del más poderoso de los ejércitos. Una palabra en la mente y en los labios de todos:

¡SABOTAJE!

Unicamente Jim Kerry el prestigioso inspector del F.I.B., podía desentrañar el enigma que envolvía aquella situación, y lo consiguió tras emocionantes aventuras.

KENT MILLER

el inspirado y popularísimo autor nos describe con su maestría habitual la acción del F.B.I. alcanzando las más profundas entrañas de la tierra.

La siempre interesante

Colección SERVICIO SECRETO

conseguirá sin duda brillante resonancia y un marcado triunfo con la publicación en su próximo número de esta magnífica aventura de

KENT MILLER